Funeral en Greyfriars

El secreto de dos
almas reencontradas

Carmen Santaella

Novela

Índice

Dedicatoria
Cita
Prólogo

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV

Agradecimientos
Notas
Créditos

A ti, que has encontrado tu lugar feliz
en las personas que te han salvado la vida.

A Alberto, a Leo y a Scott por ser hogar en Madrid, en Edimburgo
y en cualquier parte si estamos juntos.

«Quien en verdad ha visto Edimburgo una vez debe volver a verla en sueños, caminando o durmiendo».

CHARLOTTE BRONTË



Prólogo



Sufro parálisis del sueño desde que tengo uso de razón. Conozco a otras personas que la padecen y, en la mayoría de los casos, es la inmovilidad propia de esta fase lo que más las aterra. En el mío, sin embargo, el miedo reside en el contenido de las pesadillas que se desarrollan entre las cuatro paredes de mi habitación, convirtiéndome en la protagonista de una película de terror que podría estar dirigida por el mismísimo James Wan. Sudo, tiemblo, lloro, y nada, absolutamente nada consigue sacarme del infierno al que mi mente me somete una y otra vez, prácticamente cada noche.

De entre los protagonistas de mis pesadillas, destaca la presencia de un señor sin rostro y con un sombrero, que permanece de pie e inmóvil en una esquina de mi cama; su presencia me hace sentir increíblemente incómoda e insegura. Otras veces suele aparecer una niña de unos diez años. Ella no tiene un aspecto tan sombrío como el del personaje anterior, pero se sienta a mi lado y me canta canciones infantiles mientras mira y acaricia el conejito de peluche que siempre lleva consigo. Parece inocente, pero yo siento que no lo es. También veo a una chica joven, de rasgos asiáticos, que camina rápidamente por el pasillo hacia mi habitación. Muchas veces acelera el paso y eso me pone nerviosa, pues pienso que, en cualquier momento, se va a abalanzar sobre mí. De hecho, una vez lo hizo, se sentó en mi pecho y sentí que me costaba respirar. A ella no parecía importarle, no hasta que apareció Agnes.

Agnes es otra señora que viene a verme, aunque estoy convencida de que su presencia tiene el firme objetivo de salvarme.

Siempre que ella aparece, el malestar se esfuma, como un soplo firme y decidido extinguiendo una vela. Ella siembra la paz en medio de la hostilidad y trae la luz a la oscuridad de mi parálisis. Agnes es una señora mayor, de unos setenta años, lleva el pelo recogido en una cofia blanca y un delantal que destaca sobre el pomposo y anticuado vestido gris, que es, claramente, de alguna época anterior a la nuestra.

¿Que por qué sé que se llama Agnes? Nunca me lo he preguntado. Simplemente lo sé.



I



Una de las cosas que más disfrutaba era empezar agosto con la mente fija en septiembre. Para mí era el principio del año; siempre me había parecido la casilla de salida, la oportunidad anual para hacer las cosas bien, para cumplir propósitos y para empezar de cero. Era profesora de inglés en un instituto, mi pasión por la Filología inglesa llevaba años manteniéndome entre las cuatro paredes de un aula llena de hormonas haciendo la conga, pero había decidido que era el momento de salir de ahí. Tras ocho años juntos, mi pareja acababa de dejarme y, como volver del colegio a una casa con sus cajones vacíos no era una opción que pudiera soportar, ni siquiera lo iba a intentar. En realidad, no tenía un plan B, pero si la vida con Pablo había terminado, lo único compatible con mi salud mental en ese momento era alejarme de todo lo que tenía que ver con él. Aunque ello implicara dejar mi casa, mi trabajo y, con un poco de suerte, también España. Mi primera idea fue pedir una excedencia. Lo hubiera hecho, pero Pablo me dejó de una forma tan fría que mi mente no se planteaba una segunda oportunidad y mi orgullo siempre había sido más fuerte que mis ganas de pulsar el botón de rebobinar. Ninguna idea me resultaba más atractiva que la de escapar de todo lo que me pudiera recordar que, en mi cabeza, siempre habíamos tenido una relación sana y feliz.

Una noche, mientras pensaba en mi estrategia para abandonar el colegio sin dar demasiadas explicaciones, sonó mi móvil. Era mi hermano, Adri. Aunque nos separaban cinco años, la diferencia de edad fue reduciéndose con el tiempo hasta convertirnos en mejores

amigos. Le echaba de menos todos los días, pues hacía cuatro años que también él lo dejó todo para irse a otro país. Ahora vivía en Edimburgo y trabajaba como guía turístico en una empresa española; siempre había sido su sueño frustrado y, aunque me hacía falta cada día, nada me tranquilizaba más que verle tan feliz. No obstante, no eligió Escocia porque sí, sino que fue por amor. Conoció a una chica irlandesa durante su Erasmus en Belfast; se llamaba Abby, y aunque yo todavía no la conocía, estaba a punto de hacerlo.

—Tan oportuno como siempre —respondí la llamada bromeando.

—¿Qué hacías?

—Pues nada. Pensar en cómo decirle a Emily que me largo sin dar demasiadas explicaciones.

Emily era la directora y, aunque teníamos una relación estrictamente profesional, le encantaba inmiscuirse en la vida de los demás, hasta tal punto que, en muchas ocasiones, me había hecho sentir incómoda.

—Pues no las des, Alba. Di que te ha surgido una oportunidad mejor, que muchas gracias por todos estos años, que estás muy agradecida y todas esas cosas que se dicen, pero que no se piensan.

—¡Uy! —No pude evitar reirme—. Tú no conoces a Emily. La tía es una cansina, seguro que va a sonsacarme hasta la razón por la que Pablo me ha dejado y no la sé ni yo.

—¿Quieres hablar de ello? —su tono cambió.

—No. Quiero irme de esta casa.

—¡Vente con nosotros unas semanas! Te he dicho un trillón de veces que vengas a verme, que Edimburgo te va a encantar y aquí tienes pensión completa.

—¿Y qué hago yo allí, Adri? —pregunté agobiada. Tengo productividad tóxica y la idea de no tener nada útil que hacer me tenía en un sinvivir.

—Pues descansar y darle un respiro a esa mente inquieta, que va a doscientas mil revoluciones por segundo.

Yo sabía que era más fácil volver con Pablo que alcanzar el estado de paz que mi hermano me proponía, pero acepté igualmente. Era

verdad que nunca había ido a visitarle, mi expareja nunca se esforzó por pedir días en el trabajo y yo siempre tuve la teoría de que mi hermano no era santo de su devoción. Siendo totalmente franca, el sentimiento era mutuo. Cuando terminó nuestra llamada, cogí el ordenador para buscar billetes de avión. Si me iba a ir, quería hacerlo lo antes posible, pero antes tenía algo que hacer: enfrentarme a mi primera dimisión.

La noche anterior a mi reunión con Emily tuve un episodio de parálisis un tanto peculiar. Ninguno de los personajes oscuros se presentó. Allí solo estaba Agnes, y en esa ocasión hizo algo que nunca había hecho. Ella siempre se quedaba de pie en el marco de la puerta, mirándome, inmóvil. Esa noche, sin embargo, dio un paso al frente. Noté perfectamente cómo se acercaba, pero cuando quise incorporarme para acortar aún más la distancia entre nosotras, sonó la alarma.

Desperté sudando y agitada. Nunca antes Agnes había estado tan cerca. Me incorporé y miré el reloj, que marcaba las 6.45 Me gustaba levantarme a esa hora para que me diera tiempo a todo lo que, en mi cabeza, siempre había sido el ritual perfecto. El patrón era el siguiente: desayuno, entrenamiento, ducha, elegir ropa, coger el coche y tomarme un segundo café antes de llegar al trabajo. Siempre me había hecho feliz cumplir con dicha rutina. Ese día no. Y es que la última vez que hice todo eso, también me había despertado al lado de Pablo, pues me había pasado las cuatro semanas posteriores a nuestra ruptura en casa de mis padres. Ese día me levanté con el fantasma de su ausencia, que nunca había pesado tanto desde la primera noche que me tocó dormir sola. Sabía que cada paso que diera ese día iba a recordarme que él ya no estaba. Aun así, hice de tripas corazón y deposité la poca energía que tenía en pensar en otras cosas.

Antes de acceder al recinto escolar, me quedé sentada en el coche mientras escuchaba «Hero» de Family of the Year, que era una de mis canciones favoritas. Después de varios segundos ensimismada por la letra, que había escuchado un millón de veces

pero que disfrutaba analizando una y otra vez, me miré en el espejo retrovisor para comprobar que todo estuviera en orden. Recuerdo que ese día llevaba una trenza de raíz algo deshecha, estaba estrenando una blusa blanca con lazada al cuello y llevaba un brillo de labios con subtono granate en los labios. La memoria de Pablo intentó jugarme una mala pasada en forma de otro pensamiento intrusivo, que fue rápidamente bloqueado por el recuerdo de Agnes. Y es que tampoco podía sacarme de la cabeza la forma en la que se había intentado acercar a mí esa noche. De hecho, analizando bien la situación, recordaba incluso cómo había esbozado una ligera pero tranquilizadora sonrisa. Pensar en ella me distraía, pero al mismo tiempo sufría al recordar que hace un mes tenía a alguien a quien contárselo. Pablo sabía de su existencia en mis sueños y, aunque siempre trató el tema con escepticismo, me gustaba contárselo. Pero él ya no estaba y yo tenía que conformarme con creer que, al menos, mi ángel de la guarda no me había abandonado.

Sacudí la cabeza, buscando deshacerme de cualquier pensamiento que no estuviera relacionado con mi misión ese día, abrí la puerta y cerré de un portazo que sonó a decisión firme oculta bajo un mar de dudas e inseguridades. Había quedado con Emily a las nueve y, de camino a su despacho, recé por evitar encontrarme a alguno de mis alumnos. Era finales de agosto y no sería la primera vez que acudían con sus padres a recoger el material escolar de ese curso. Tuve suerte, porque odio las despedidas, y llegué al despacho de la directora sin contratiempos emocionales. Titubeé unos segundos antes de dar tres golpecitos con los nudillos en la puerta, que estaba entreabierta. Me indicó que pasara y abrí para encontrarme de frente con Emily, que estaba de pie delante de su mesa.

—¡Alba! ¿Cómo estás? ¿Qué tal el verano? —me preguntó en inglés con un acento del noroeste de Inglaterra que siempre me había fascinado. Emily era de Liverpool y siempre se dirigía a mí en su idioma. No lo hacía con el resto de los profesores, pero como yo

enseñaba su lengua a varias clases de secundaria, era lógico que conmigo sí.

—Buenos días, Emily. Bien, bueno… Tranquilito —mentí.

—He de reconocer que llevo esperándome lo peor desde que recibí tu mensaje. Por favor, no me digas que dejas el trabajo.

—Lo siento —dije apretando los labios y bajando la cabeza con resignación.

—O sea que sí —respondió, acercándose a mí e invitándome a sentarme en uno de los sillones que había en la esquina de su despacho.

—No estoy pasando por un buen momento y necesito salir del país un tiempo.

Ya estaba dando más explicaciones de las que me había prometido que daría. Al fin y al cabo, no sabía mentir, por lo que maquillar la realidad con falsedades no era una opción viable. Emily se quedó mirándome en silencio con el firme objetivo de que siguiera hablando. Una vez leí que esa era una técnica muy usada por periodistas e investigadores para que entrevistados y criminales acabaran confesándolo todo. Funcionó. Al final logró que le contara que iba a visitar a mi hermano en Escocia y que, probablemente, intentaría recuperar mi vocación por la historia. Mi primera carrera fue Filología inglesa, pero después estudié Historia y me especialicé en vestuario de época por pura pasión. Aunque me gustaba dar clases, nunca había descartado dedicarme a algo relacionado con la materia en un futuro. Sonó muy razonable porque no estaba mintiendo, pero algo me dijo que Emily sabía que había una razón con más peso que esa. No me importó, pues si algo tenía claro es que no estaba dispuesta a cruzar la línea a lo sentimental.

—Pues no sé qué decirte, Alba… Me da mucha pena, pero si lo has pensado bien y es una decisión firme, no puedo hacer otra cosa que apoyarte en agradecimiento por tu labor estos años. Los alumnos te van a echar de menos.

Mierda, había dado en uno de mis puntos débiles: mis alumnos.

—Y yo a ellos —respondí con un nudo en la garganta que estoy segura de que notó.

—Bueno, aquí siempre tendrás tu casa —dijo justo antes de acercarse para darme un abrazo. Abrazo que, para venir de una personalidad tan inglesa como la suya, se sintió muy cálido.

Salí de ahí lo más rápido que pude, sin mirar atrás y, de nuevo, rezando por no encontrarme con nadie de camino al coche. Lo conseguí. Aun con la conciencia tranquila, no pude evitar preguntarme cómo reaccionarían mis alumnos a mi ausencia en septiembre. La triste realidad es que me hubiera encantado reunir el valor para despedirme, pero ya atravesaba un duelo y dudaba mucho que mi corazón pudiera soportar dos.



II



Cuando llegué a casa, preparé las maletas con relativa tranquilidad, pues mi vuelo salía a las 20.45 y aún tenía tiempo. Hice un descanso para comer con mi mejor amiga, de la que sí quería despedirme antes del viaje, que tenía ida, pero no vuelta. Julia era la única que sabía todo lo relacionado con Pablo. El día que me dejó, durmió en casa conmigo. Yo, ahogada en un mar de lágrimas, le cedí mi móvil para que borrara todo rastro de nuestra relación. No quería guardar nada, ni fotos, ni mensajes, ni siquiera los cientos de notas con nombres de restaurantes a los que habíamos ido juntos. Nos gustaba apuntarlos, darles puntuación y escribir nuestros platos favoritos para volver a pedirlos una y otra vez.

Quedé con Julia en el bar de siempre: uno a medio camino entre su casa y la mía y a cuyos dueños ya considerábamos familia. Comimos tranquilamente en la terraza, hablando de mil cosas, pero, sobre todo, esforzándonos por que no pareciera una despedida. Como yo, mi amiga detestaba decir adiós. Tanto que incluso hablar de Pablo nos pareció más emocionalmente viable a las dos.

—¿Sabes algo de él?

—No —respondí agachando la cabeza y dejando el tenedor en la mesa—. La última vez que hablamos fue cuando vino a recoger sus cosas. Ya sabes, le dejé las llaves en el buzón para no tener que verle. O, bueno, más bien para no tener que ver cómo me vaciaba el alma por segunda vez.

—Qué duro, tía… Pero bueno, ¿sabes qué? Que le jodan, él se lo pierde, se ha portado fatal.

Me encanta la sinceridad de Julia. Ella nunca me decía lo que quería escuchar, sino lo que realmente pensaba. Sí, intentaba hacerme sentir mejor, pero no disimulaba que a ella le dolía todo casi tanto como a mí. Éramos amigas desde el instituto y, aunque conservaba amistades más largas que la suya, ninguna me parecía tan auténtica. A pesar de lo diferentes que eran nuestras personalidades, encajábamos a la perfección. Ella me escuchaba largo y tendido siempre que lo necesitaba y yo procuraba que siempre fuera consciente de lo especial que era. Sobre todo para mí. Además, con ella podía hablar sin filtro. Una conversación con Julia era como pensar en voz alta.

—No, es que, ¿sabes lo que es duro realmente? Que no tuviera las santas narices de decirme la verdad. Porque tú sabes cuál es la verdad, ¿no? —No dejé que respondiera—. Que ya no estaba enamorado, Julia, tía. Que no pasa nada, que es totalmente lícito, pero, joder, si en todos estos años no me he ganado el derecho a que haya un mínimo de sinceridad, no sé qué hemos estado haciendo.

Parecía cabreada, pero estaba rota. En mi cabeza, mi relación con Pablo siempre había sido la definitiva. Para mí éramos la pareja perfecta desde el principio y jamás me imaginé un final. Empezamos siendo amigos, cosa que siempre me había parecido una ventaja en la relación. Nos enamoramos poco a poco y todo fue avanzando de una forma muy natural y, a mi parecer, demasiado bonita. Cuando me dejó se lo llevó todo, el amor que llevábamos cultivando ocho años y, por supuesto, la amistad que nos unió. Sé que suena a cliché, pero la verdad es que esa tarde de junio había perdido a mi pareja, pero también a mi mejor amigo. Había construido mi realidad en torno a algo que yo creía inquebrantable y que, sin embargo, tenía los días contados. También estaban contadas mis horas en la ciudad que nos vio enamorarnos, donde ya no era capaz de

encontrar un lugar seguro por el que pasear sin que todo me recordara a él.

Me despedí de Julia como si 1.772 kilómetros no estuvieran a punto de separarnos durante un tiempo indefinido. Así eran mis despedidas, lo suficientemente rápidas como para que el nudo que empezaba a formarse en mi garganta no se hiciera más grande. Ambas nos encendimos el que sería, al menos durante un tiempo, el último cigarrillo que compartiríamos, y nos prometimos mantenernos informadas de todo lo que pasara en nuestras vidas. Nos dimos un abrazo y, en el proceso, me sequé la única lágrima que recorrió mi mejilla esa tarde. La verdad es que no sé si lloraba por despedirme de ella, por la conversación que acabábamos de tener o porque no podía evitar sentir que estaba a punto de huir. Dicen que, cuando lloras, no lo haces por un motivo concreto, sino por un cúmulo de razones que, hasta ese momento, no habías podido sacarte del pecho.



Llegué al aeropuerto con mucha antelación, como siempre. Me agobiaba el proceso previo a pisar territorio internacional. La cola de facturación y la de seguridad me ponían nerviosa y así es como evitaba estresarme, llegando a los sitios con mucha mucha antelación. Mientras esperaba que anunciaran mi puerta de embarque, me senté tranquilamente en un asiento con buena visibilidad. La pantalla más cercana anunciaba la palabra Ámsterdam y los pasajeros iban entrando poco a poco. Cogí mi libro para que el tiempo pasara más rápido; estaba leyendo *Emma*, de Jane Austen, y aunque era una novela que me había tenido completamente abducida las últimas semanas, no logré concentrarme en sus líneas. Tuve que releer las frases una y otra vez para entenderlas, pues mi cabeza se encontraba en otro lugar y ese, definitivamente, no era la Inglaterra de la Regencia.

Cerré el libro esperando reencontrarme con él dentro de la cabina. Tuve mucha suerte y en la puerta que previamente anunciaba Ámsterdam, ahora aparecía Edimburgo, por lo que revisé que llevaba el pasaporte en el bolso y me uní a la cola que esperaba frente a la puerta. A las 20.15 ya estaba sentada, con el cinturón abrochado, los auriculares sonando a todo volumen y el cansancio propio de un día de agotamiento emocional. Mientras esperaba el despegue, sonó una canción de The Proclaimers, un grupo de música escocés. Me lo tomé como una señal y, por primera vez en ese día, se me dibujó una sonrisa de tonta que contuve en cuanto fui consciente, por temor a que la persona que tenía al lado pensara que estaba loca.

En algún momento del trayecto me quedé dormida y soñé con Agnes. Nunca antes había ocurrido de aquella manera, pues siempre que la había visto había sido en mitad de un episodio de parálisis. No interactuábamos, pero siempre tuve la sensación de que podríamos hacerlo si ambas nos esforzábamos. Por eso supe que estaba inmersa en un sueño convencional. Un sueño en el que, por primera vez en mucho tiempo, yo era una mera espectadora. Esta vez ella no me miraba, no me veía, pero yo a ella sí. La encontré en una casa de techos altos, con paredes cubiertas de un papel gris decorado con pájaros y flores. Creo que eran colibríes y ramitos de lavanda. También había una ventana enorme adornada con una cortina de terciopelo verde. Sobre una mesa de madera muy larga, una lámpara de queroseno alumbraba la habitación. A su derecha, bajo otra ventana del mismo tamaño, vi a una chica sentada frente a una especie de tocador. No le veía la cara, pero sí la larga melena pelirroja que caía sobre un vestido de muselina blanca. Agnes se acercó a ella, llevaba el mismo atuendo con el que visitaba mi habitación cada noche: el vestido gris marengo con el delantal y la cofia a juego. Parecía una especie de sirvienta, pues le ofreció a la chica una taza de té antes de coger un cepillo de plata. Empezó a cepillarle el cabello con suma delicadeza y, después, la ayudó a vestirse con lo que, según recuerdo, parecía de la segunda mitad del

siglo XIX. Le ajustó el corsé justo antes de colocarle una crinolina, que ató en varias vueltas con un lazo blanco alrededor de su cintura. Encima de esta colocó unas enaguas de color hueso que introdujo por su cabeza mientras la chica levantaba los brazos. Por último, ella misma se puso una chaqueta corta y unos guantes de terciopelo blancos que, adornados con detalles de encaje, combinaban a la perfección con la blusa y la falda. En los pies, unos botines de cuero de color negro que Agnes acordonó con paciencia mientras ella descansaba en un taburete que había junto a la cama.

Ambas demostraban una gran complicidad, que percibí fácilmente al ver cómo se reían. Aunque estaba cerca, las escuchaba lejos, por lo que no conseguí descifrar de qué hablaban, pero reconozco que me hubiera encantado. Me transmitían felicidad, paz y la calidez de un hogar. Cuando volví a prestar atención a los detalles de la habitación, de repente, empezó a resultarme terriblemente familiar. Incluso el olor de la estancia despertó algo en mi subconsciente, envolviéndome en una sensación que no sabía que se podía experimentar en la fase REM. Olía a té recién hecho y a jazmín. Mientras mis cinco sentidos se centraban en vivir el momento, la música que nunca había parado de sonar se detuvo. Fue entonces cuando escuché una fuerte respiración acompañada de susurros que parecían proceder del otro lado de la sala, a la que yo daba la espalda en ese momento. Me giré despacio, pero no vi nada. Solo una puerta con grandes y redondos pomos dorados. Volví a girar en un intento por averiguar dónde habían ido a parar las protagonistas de mi sueño, y ahí estaban. Justo delante de mí, mirándome con un semblante que denotaba tristeza, o quizás preocupación, no lo tuve claro. Quise acercarme a ellas cuando comprendí que había dejado de ser una espectadora y que, de alguna manera, formaba parte del argumento que había creado mi subconsciente. Entonces Agnes extendió el brazo, señalando la puerta a la que acababa de dar la espalda, pero esta vez no me dio tiempo a darme la vuelta. Me desperté jadeando, con las mejillas empapadas y en Edimburgo.

Miré el reloj y comprobé que el vuelo se había retrasado un poco. Me agobió pensar que Adri me estaría esperando, por lo que me di prisa por acceder a la zona de recogida de equipajes tras pasar el control de pasaportes. Una vez recuperé mis maletas, de camino a la salida me fijé en las paredes del aeropuerto, las cuales estaban forradas con fotos de la ciudad que no me detuve a mirar, pues prefería contemplar la escena real al día siguiente, en vivo y en directo. Adri siempre me había dicho que Edimburgo era una de las ciudades más bonitas del mundo y, por el material que había enviado cada semana por el chat familiar, intuía que me encantaría. Pero no podía llegar a imaginar cuánto. Tras varios minutos caminando, por fin alcancé las puertas automáticas que, al abrirse, me dejaron ver a mi hermano y a Abby.

—¡Por fin! —exclamé al mismo tiempo que Adri y yo nos fundíamos en un abrazo de una duración directamente proporcional al tiempo que llevábamos sin vernos.

—¡Bienvenida a Escocia! —dijo Abby mientras me acercaba a saludarla. Era la primera vez que nos veíamos en persona, pero había oído hablar tanto de ella que era como si la conociera desde hacía años. Me hizo ilusión el esperado encuentro, así que la abracé con cariño justo antes de que se ofreciera a ayudarme con el equipaje. De camino al aparcamiento hablamos del retraso en el vuelo, de lo que nos agobiaban los aeropuertos demasiado concurridos y del frío que hacía fuera. El avión nos había dejado en mitad de una pista, donde nos recogió un autobús que nos llevó a la terminal. En el corto trayecto del avión a dicho vehículo, entendí el frío húmedo del que tanto hablaba Adri, pero no me resultó desagradable. Todo lo contrario. Volví a disfrutarlo antes de subir al coche.

Adri y Abby se acababan de comprar una casa en lo que me pareció un vecindario muy tranquilo y acogedor. Era una vivienda unifamiliar con un pequeño jardín en la parte delantera, un columpio con forma de banco y varias macetas con flores de muchos colores. La fachada, de ladrillo gris, resaltaba una bonita cristalera en forma

de semicírculo a través de la cual se podía intuir una sala de estar. Después me fijé en que las casas de alrededor tenían la misma estructura y, como la de mi hermano, eran bajas y sencillas, pero muy bonitas. Los tejados, también grises y con manchas de humedad, hacían que fuera fácil ubicarse rápidamente en algún lugar de la isla británica. En la esquina de la misma calle, observé una iglesia rodeada por un camposanto. De nuevo, señal inequívoca de que no podía estar en ningún otro lugar. Estábamos a punto de entrar cuando percibí el más peculiar de los olores. Uno que, aun sin saber su origen, me resultó conocido. No sabía por qué, pero inspiré hondo varias veces para retenerlo. Fue entonces cuando, mientras Abby abría la puerta, le pregunté a mi hermano:

—¿Qué es este olor?

—¡Ah, sí! —contestó sonriendo al saber exactamente a lo que me refería—. Huele a fermento de whiskey. Todo Edimburgo huele así, ya lo verás. Es una mezcla de levadura y cebada. A mí me encanta.

A mí también me encantó. No solo eso, sino que su carácter nostálgico me llevó a intentar hacer memoria. Quería averiguar dónde había olido yo antes a levadura y cebada y por qué solo quería quedarme ahí fuera para atraparlo en lo más profundo de mis pulmones. Me rendí y entré rápidamente a la casa tras darme cuenta de que Abby sujetaba la puerta para cederme el paso. Me bastó un simple vistazo para notar la calidez que desprendía el hogar que mi hermano había construido junto a su novia. Las paredes eran *beige* y el suelo enmoquetado lucía un patrón de tartán en tonos azules y verdes oscuros. Cuando entramos al salón, me encantó ver que tenían una enorme chimenea de ladrillo blanco y varias fotos adornando la repisa.

—Espero que tengas hambre, porque tu hermano se ha pasado toda la tarde cocinando —afirmó Abby, señalando una mesa que no había visto, adornada con velas, copas de vino y una vajilla de estilo rústico que me robó el corazón.

—Estoy hambrienta, la verdad —respondí mirando a Adri.

—Genial, pues disfrutad de la cena. Yo me voy a la cama —contestó Abby mientras dejaba su abrigo en un perchero de la entrada.

—¿En serio? —pregunté con clara desilusión.

—Por desgracia, sí. Me levanto temprano y eso es algo que no se me da muy bien.

—Ah, bueno, pues que duermas bien, Abby. ¡Ah! Y muchas gracias por recogerme en el aeropuerto.

Antes de retirarse, se acercó para darme un abrazo. A mi hermano le plantó un beso que no pude mirar. Estaba en esa fase de la ruptura en la que toda muestra de cariño entre parejas se sentía como un dardo en el corazón. Aparté la vista disimuladamente y, cuando escuché sus pasos alejándose, me giré para mirar a mi hermano con una sonrisa, que me devolvió compasivo.

—¿Cenamos? —me preguntó separando la silla de la mesa.

—Por favor.

Adri había preparado un *risotto* de setas, que siempre había sido su especialidad y mi plato favorito cuando vivíamos juntos. Durante mi época universitaria en Madrid mi hermano todavía trabajaba en la capital, por lo que pudimos compartir cuatro entrañables años de convivencia que, a día de hoy, todavía recuerdo con muchísima felicidad. Me sirvió una copa de vino tinto y nos pasamos las dos horas siguientes poniéndonos al día. Y sí, ponerse al día también implicó volver a lo que había venido a olvidar.

—¿Estás bien? —me preguntó estirando el brazo por un lateral de la mesa para alcanzar mi mano.

—No mucho, la verdad. Pero bueno, a eso he venido. A estarlo —dije sin estar muy convencida e intentando disimular con un trago de vino. No me apetecía hablar del tema, pero la preocupación en la cara de mi hermano consiguió que dijera algo más tranquilizador.

—Has hecho superbién, Alba. Sé que es un tópico, pero de verdad que creo que todo pasa por algo. Y, ojo, que no es porque no aguantara al tío ese… —comentó cambiando a un tono más despectivo.

A Adri nunca le gustó Pablo. De hecho, le bastó la cerveza que tomamos en la presentación oficial para vaticinar que eso no iba a acabar bien. Y, a pesar de tener el instinto de hermano protector hiperdesarrollado, siempre nos había respetado. Un respeto que yo asocio a mis verdades selectivas, pues, como sabía que no era santo de su devoción, siempre había tratado de ahorrarme las discusiones, los enfados fuera de tono y los desplantes continuos por su parte. En ese momento empecé a entender que quizás no estaba protegiendo a Pablo de Adri, sino a mí misma de la verdad, que se reía en mi cara con excesiva frecuencia. ¿Es que nunca debimos estar juntos y no quería verlo? Me tranquilizó pensar que muchas cosas empezaban a estar cada vez más claras.

—Al final no ibas tan mal encaminado con respecto a Pablo —añadí riéndome, pues los dos sabíamos que si algo se me daba mal era reconocer que no siempre tenía razón.

Ambos nos reímos y agradecí profundamente que cambiáramos de tema justo después. Mi hermano me contó que no trabajaría al día siguiente, que había pedido el día libre para enseñarme la ciudad. Me alegró saber que iba a tener una ruta turística privada y, tras recoger la mesa, quedamos en salir de casa relativamente temprano.

Quise conciliar el sueño pronto, pero me fue imposible. Estaba cómoda, pero mucho más concentrada en observar el cuarto de invitados en el que me quedaría unas semanas que en dormir. Al igual que el resto de la casa, era pequeño pero acogedor. Tenía un armario empotrado, un escritorio y una cama individual. Frente a esta, había una enorme ventana, pero el vaho no me dejaba observar el exterior. Cuando asumí que no conseguiría quedarme dormida, cogí mi novela y leí durante varias horas; esta vez, sí logré concentrarme en lo que Austen relataba. Me quedé dormida en algún momento entre los capítulos veinte y veintiuno.



III



Mi alarma sonó a las ocho. Sabía que no saldríamos de casa hasta las diez. Bajé a la cocina y me hizo ilusión comprobar que Abby había dejado la cafetera lista, así que busqué una taza, me serví un café con leche y salí al jardín. Era finales de agosto, pero hacía el frío británico que buscaba. Me senté en el balancín del porche, me abracé las piernas para entrar en calor al mismo tiempo que me reencontraba con el olor de la noche anterior. Inspiré profundo porque me daba paz. Llamé a mis padres y me tomé el café sin prisa mientras hablaba con ellos.

A las nueve, mientras lavaba los platos de la cena como si estuviera en mi propia casa, oí la alarma de mi hermano. La pospuso varias veces y, aunque eso era algo que antes me cabreaba bastante, ahora sabía que lo había echado de menos. Aproveché su remoloneo para ducharme. Cuando acabé él todavía seguía dormido, así que me dirigí a su habitación con paso firme.

—¡Adri! ¿Cuántas veces calculas que vas a posponer la alarma en las próximas horas? —le increpé al mismo tiempo que lo desarropaba.

—Que ya voy… Dame cinco minutos.

—¡Adrián! —insistí con decisión maternal—. Son las 9.25. No te he dado cinco minutos, te he dado veinticinco.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —Se incorporó para observarme con los ojos todavía adormilados—. ¿Ya estás duchada?

—Duchada y a dos minutos de estar lista. Date prisa que me voy sin ti, ¿eh? —dije bromeando mientras salía de la habitación.

Aprovechando que él aún estaba desperezándose, me dirigí a mi habitación para prepararme. Me maquillé de forma sencilla, pues el sol veraniego me había dejado unas bonitas pecas en la zona de la nariz y no era mi intención disimularlas. Todos los años aparecían, pero su visita era tan breve como esperada. Me apliqué polvos bronceadores para enfatizar mi color natural, rubor para elevar las mejillas y un delineador marrón chocolate que, después de tantos años, se había convertido en algo así como mi seña de identidad. Después abrí mi maleta para decidir qué quería ponerme que fuera compatible con el clima escocés. Este amenazaba con regalarnos unas cuantas gotas al final de la tarde, por lo que escogí unos vaqueros rectos, un jersey de punto azul marino a juego con una cazadora acolchada y mis zapatillas favoritas. En el pelo me hice un semirrecogido que sujeté con un fino lazo blanco. Ya estaba lista y, para mi sorpresa, Adri también. Es lo bueno que tiene él, que tarda mucho en procesar lo que tiene que hacer, pero en cuanto se pone a ello, es rápido. Por eso, y por muchas cosas más, nos complementamos bien.

Aun así, salimos de casa cerca de las diez de la mañana. El cielo de Edimburgo nos recibió azul y prácticamente despejado. Reconozco que, aunque prefiero los días nublados por su carácter nostálgico, el sol es el mejor acompañante para hacer turismo. Ambos lo comentamos, pero Adri enseguida me advirtió de que nunca podría fiarme del tiempo en Edimburgo. Según me aseguró, muchos días él mismo había experimentado las cuatro estaciones del año en menos de dos horas. Del sol a las nubes, de las nubes a la lluvia, de la lluvia al granizo intenso y del granizo al viento huracanado que se llevaba las nubes de nuevo.

De camino al centro de la ciudad me fui fijando en todas las cosas que la oscuridad de la noche anterior no me había dejado observar. Al principio, todo eran viviendas unifamiliares alternadas con locales comerciales. Después, vi varias mansiones de estilo victoriano, con jardines en la parte delantera, ventanales enormes e imponentes tejados de pizarra negra. Pude adivinar que nos acercábamos al

casco antiguo por el cambio drástico en la arquitectura. De repente, todo eran cafeterías, tiendas y pubs integrados en edificios que parecían del siglo XVIII. El ladrillo gris con manchas de humedad era el protagonista de todos ellos. Eso y los tejados a dos aguas con su remate de cruz, que terminaban los edificios de la forma más característica. Además, empezaba a notar una mayor afluencia de gente, así como de coches, autobuses y hasta un tranvía. Llegamos a un concurrido cruce a cuya derecha se encontraba Haymarket, una de las estaciones de tren más importantes de la ciudad, según me contó mi hermano. Desde ese punto, la calle adquirió un tinte más señorial. Los edificios, de estilo georgiano, se erguían imponentes alrededor de pequeñas plazuelas con césped, flores, bancos y pequeños bulevares por los que la gente paseaba con tranquilidad.

Mientras me encontraba distraída por la belleza de una capital muy diferente a todas las que había visitado anteriormente, aparcamos y por fin comenzamos a caminar. Me crucé el bolso por encima de la cazadora y seguí a mi hermano por una calle que descendía hacia Princes Street, una de las arterias principales de la New Town. Según me iba contando Adri, se le llama New Town al ensanche que construyeron a finales del siglo XVII ante la saturación de habitantes en el casco antiguo, al cual nos dirigíamos en ese momento. Yo le escuchaba atentamente, pero no pude evitar distraerme cuando sonó mi móvil. Era Pablo. Cuando la melodía cesó, me entró un mensaje suyo. Me temblaban las piernas, pero Adri me llamó la atención con un codazo para que observara las vistas que nos recibían en Princes Street. Entonces, un intensísimo escalofrió recorrió mi columna vértebra a vértebra cuando nos detuvimos a admirar mi primera vista panorámica de la capital escocesa. Una sensación que nada tenía que ver con el nombre en la pantalla.

Elevado sobre una colina rocosa, el castillo de Edimburgo me dejó completamente paralizada. Apenas podía parpadear, pues la

fortaleza medieval me atraía, infundiendo en mí una sensación de nostalgia mezclada con un doloroso, y extraño, sentimiento de tristeza.

—Alba, ¿qué te pasa? —Adri me volvió a dar un codazo para hacerme reaccionar.

Pero no contesté. No sabía qué decir. Me limité a apartar la mirada, sonriendo en un titánico esfuerzo por aparentar normalidad. Y así, sin más, emprendimos la marcha por la calle principal, construida a la sombra del solemne castillo que no podía dejar de mirar. La recorrimos casi entera, hasta un monumento de aspecto gótico que me sonaba de algo. Le dimos la espalda para cruzar el puente de Waverley mientras mi hermano me contaba que se trataba de un monumento en honor a sir Walter Scott, un reconocido escritor que basó su vida y su obra en Edimburgo. Recordaba haber leído *La dama del lago*, una de sus novelas más reconocidas, durante mis años de universidad.

El puente que atravesamos, y que recibía el nombre de otra estación de tren, separaba la New Town de la Old Town. No hizo falta que Adri me explicara lo antigua que era esta zona de la ciudad, pues sus edificios y el empedrado de sus calles me transportaron a la Edad Media inmediatamente. Mi entusiasmo aumentaba por momentos. Todo era tan bonito que ni siquiera el mejor de los escritores podría encontrar las palabras para dar con una descripción exacta. Subimos por Cockburn, que intuía que se iba a convertir en mi calle favorita por sus locales con café de especialidad y por muchas cosas más. Mi interés vocacional por la historia hizo que me fijara en todas las fachadas, que parecían haberse quedado congeladas en el siglo XIX. La cuesta por la que comenzamos a subir daba paso, poco a poco, a unos bonitos edificios de arenisca roja y marrón, característicos de la arquitectura de la era Estuardo del Reino Unido. Los tejados con gabletes en escalera, los arcos ojivales de las ventanas y la ornamentación tallada en piedra hacían que fuera imposible no disociarse en el

espacio-tiempo. A pie de calle, los carteles de los negocios actuales te devolvían, bruscamente, al siglo XXI.

Mientras pedíamos un café para llevar en uno de los locales favoritos de mi hermano, tuvimos la conversación que, en algún momento, tenía que afrontar.

—Oye y… ¿hasta cuándo planeas quedarte? Que no me lo has dicho.

—No lo sé, pero tranquilo, no voy a ocuparos la casa mucho tiempo.

—Puedes estar el tiempo que necesites.

Lo decía porque era mi hermano mayor y su instinto protector le obligaba, pero yo sabía que había sacado el tema para saber una fecha más precisa.

—Todavía tengo que decidir si me quedo, si viajo por Reino Unido, si me doy una vuelta por el mundo… No te preocupes, que en cualquier caso no es mi intención invadir vuestra intimidad de manera indefinida.

—Abby está encantada, si lo dices por ella.

—Lo digo por los dos, pero vamos, que a ver si piensa lo mismo después de una semana aguantándonos a los dos —respondí entre risas.

—Somos soportables. No te pases.

Adri es soportable. Yo sé que no lo soy. Hay algo en mi personalidad que me convierte en un ser extremadamente complejo, contradictorio a veces. Mi mejor amiga, que es una loca de la astrología, lo atribuye todo a que soy acuario. Yo de eso no estoy tan segura, pero sí sé que esa complejidad que me define acabó agotando la paciencia de Pablo. Él, que tanto adoraba mi forma de ser al principio, terminó enfadándose con frecuencia. Decía que tenía un carácter insoportable, le encantaba disfrazar su toxicidad de preocupación, preguntándome: «¿Por qué tienes que ser así?». A veces, incluso, llegó a decir que «odiaba cómo me ponía». Hay que ver lo jodidamente estúpida que era al normalizar ese tipo de comentarios. Como si odiar algo de alguien a quien amas fuera lo

más normal del mundo. Como si esas críticas tuvieran el bondadoso propósito de «mejorar nuestra relación». Una relación que, por supuesto, siempre había sido más mía que nuestra. Me daba pena a mí misma ser consciente de todo eso ahora. Ahora que, después de dárselo todo, me había quedado sin nada.

Mi mente no daba abasto, me agotaba estar pensando siempre en lo mismo, así que me esforcé por concentrarme en lo que me rodeaba en ese momento. Unas calles con absolutamente todo lo necesario para ser el set de grabación de cualquier película ambientada en la época medieval. Me fijé en un cartel que indicaba que nos encontrábamos en High Street, la cual intuía que sería otra de las calles principales del casco antiguo. Los edificios me parecieron bastante altos para proceder de la Edad Media, y los pequeños y estrechos callejones ejercían de separadores entre unos y otros. Había un montón y hasta tenían nombre propio. Las tiendas de *souvenirs* reinaban en la concurrida calle, donde los peluches con forma de vaca peluda y las bufandas de tartán eran el mayor reclamo de los cientos de turistas que se detenían a comprar recuerdos. Tras pasar por la puerta de St. Giles, la iglesia gótica que presidía la Milla Real, cruzamos un paso de peatones hacia la fotogénica Victoria Street. De esta calle sí había oído hablar antes, pues tenía entendido que había sido la inspiración de J. K. Rowling para crear el Callejón Diagón. He de decir que yo no vi clara la referencia, pero las fachadas azules, rosas y naranjas en contraste con los edificios de ladrillo marrón me robaron el corazón. Al final de la calle, cuya cuesta desembocaba en un pequeño monumento con más edificios medievales de fondo, se encontraba Grassmarket. Una plaza alargada en la que recuerdo notar una de las sensaciones más dolorosas hasta el momento. Y esta vez la sentí en el corazón.

De la nada, mi estómago se encogió y tuve náuseas. Otro escalofrío recorrió mi cuerpo, aunque este fue diferente. Este se sintió frío, agudo, como un calambre. Dolió tanto que no lo pude disimular. Me paré en seco y apoyé mi mano sobre el hombro de mi hermano, que se asustó al verme palidecer.

—¡Alba! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No —no pude mentir—. Dame un segundo, por favor.

No recuerdo ese momento con nitidez, pero creo que cerré los ojos y respiré hondo con dificultad. Sentía la mirada de preocupación de mi hermano en todo momento. De hecho, me consta que seguía hablándome, aunque su voz fue sonando más lejana poco a poco. Supe entonces que me iba a desmayar, pero no sin antes extender el brazo para señalar la silla de una terraza, en la que me ayudó a sentarme rápidamente. Una señora, que pasaba por nuestro lado, se percató de la situación y acudió a ayudar. A ella tampoco la escuchaba con nitidez, pero creí ver cómo se sentaba a mi lado. Segundos después, aunque a mí se me hizo eterno, mi hermano apareció con un vaso de agua que había pedido en el pub cuyas sillas ocupábamos. Le di un sorbo y empecé a encontrarme mejor, aunque me sentía bastante ridícula. Miré a la señora y sonreí como supe. Poco a poco, la voz de mi hermano fue aclarándose, insistía en saber si estaba bien. Por educación a la persona que nos había ayudado, contesté en inglés.

—Estoy bien, no os preocupéis.

—En este pub son muy amables —aseguró la señora señalando a la fachada de The Last Drop—. ¿Por qué no entras y comes algo? Te sentará bien.

Si algo no tenía en ese momento era hambre, más bien todo lo contrario. Pero sí necesitaba con urgencia un lavabo en el que refrescarme la nuca. La señora nos acompañó amablemente hacia el interior y ambos nos acercamos a la barra para pedir indicaciones.

Cuando llegué al baño, me miré al espejo y me asusté. Nunca antes me había visto tan pálida. La máscara de pestañas se me había corrido hacia la ojera e intenté deshacerme de los restos con un poco de agua y jabón. Realmente daba miedo. No me hubiera sorprendido si la gente me hubiera confundido con un cadáver, pues es justo lo que parecía. Aunque lo cierto es que la única que de verdad creía estar viendo un fantasma en ese momento fui yo, pues en el reflejo del espejo me pareció intuir la silueta de una señora en

el marco de la puerta. Me mojé la nuca de forma insistente, por si todavía no había vuelto en mí, pero ahí seguía cuando levanté la cabeza para secarme. Sin pensarlo demasiado, me giré para mirar directamente detrás de mí. Pero no había nadie. Pensé que seguramente estaba perdiendo la cabeza, así que deseché cualquier rastro de sugestión y me recogí el pelo en una coleta alta.

Me encontraba mejor, por lo que me dispuse a salir del baño y, cuando crucé la puerta que lo separaba del pub, di un salto al notar cómo alguien estaba a punto de chocar conmigo. No había nadie, tampoco impacto físico, solo un aire gélido que me atravesó las entrañas sin compasión. Me detuve varios segundos, esforzándome por encontrar una explicación medianamente plausible a la situación, pero no se me ocurría nada. Apoyé mis manos sobre el lavabo, parpadeé bruscamente, incrédula, y cuando me di la vuelta para buscar a mi hermano, me volví a chocar. Esta vez fue real. Miré hacia arriba y juro que casi me vuelvo a desmayar. Era un chico alto, con el pelo castaño claro, una barba de varios días y los ojos verdes más bonitos que había visto en mi vida. Ese momento lo viví a cámara lenta, como en una de esas películas ñoñas que tanto había aborrecido, pero seguramente solo pasó un microsegundo hasta que su voz interrumpió la comedia romántica que se estaba grabando en mi cabeza.

—¡Perdona! ¿Estás bien? —preguntó sujetándome ambos hombros.

—Sí, sí, tranquilo. Estoy bien. —Podría haberme avergonzado, pero me encontraba en semejante estado de *shock* que ni sentido del ridículo tenía en ese momento.

—Tu novio está preocupado —continuó señalando con la cabeza a Adri, al cual encontré tomándose una pinta de cerveza en la barra y, según me pareció, cero preocupado. Me dio vergüenza.

—Es mi hermano. Y no me parece muy preocupado —le corregí en un tono divertido—. Me llamo Alba, por cierto.

—Alba, ¿eh? ¡Vaya! No conozco a mucha gente que se llame así por aquí. ¿Sabes que tu nombre significa «Escocia» en gaélico? Por

cierto, yo soy William —se presentó mientras extendía su brazo para estrechar mi mano.

Quise hacerme la sorprendida, pues era un dato que no tenía y que me encantó saber, pero mi única preocupación era parecer una persona decente. Por el rabillo del ojo espié a mi hermano acercándose a nosotros. Cuando llegó, le dio la mano a William y le dio las gracias antes de guiarme hacia la salida del pub. De camino a esta, me detuve a observar la decoración del pub. Las vigas de madera no solo le aportaban un toque inequívocamente rústico, sino que parecían indicar que nos encontrábamos en un edificio de alto valor histórico. También me sorprendieron las paredes, que estaban repletas de cuadros que enmarcaban fotos antiguas, recortes de periódicos y sogas de horca. Quise pararme a leer algunos de los textos, pero decidí mirar a William por última vez. Él ya se encontraba tras la barra, inmerso en sus labores y ajeno a mi flechazo. Esbocé una sonrisa, que tampoco me fue correspondida y la borré inmediatamente cuando vi que la señora que había visto en el reflejo del espejo estaba detrás de él. Me miraba fijamente, pero apartó la vista para depositarla en William, como señalándole. En ese momento, mi hermano me dio un pequeño golpe en el hombro que desvió mi mirada y, cuando volví a mirar, se había esfumado.



IV

Nos disponíamos a cruzar Grassmarket cuando Adri me paró en seco.

—¿Me explicas qué acaba de pasar? —preguntó casi enfadado.

—Es guapo, ¿eh? —Reaccioné así, en parte, para quitar hierro al asunto.

—Alba… —dijo en un tono de aviso.

—¡Que estoy bien! No te preocupes.

—Pero ¿te has mareado, o qué?

—Creo que sí. Bueno, es que no lo sé. Ha sido una sensación rara.

—¿Qué sensación?

—Me encantaría explicártelo bien, pero lo único que sé es que me han entrado unas ganas de vomitar terribles. Eso y un escalofrío superintenso, casi doloroso, ¿sabes? No sé explicarlo mejor.

—A ver si te ha sentado mal algo del desayuno…

—Siento mucho que tu intento de envenenarme se haya quedado en eso, en un intento —bromeé, sin más fin que el de detener las ganas que tenía de contarle lo que había sucedido después.

Mientras seguía a mi hermano por la extensa plaza, no podía parar de pensar en la señora que había visto tras la barra. Se parecía a Agnes, mucho. Me esforcé por convencerme a mí misma de lo contrario, pues era rotundamente imposible que una figurante de mi imaginación pudiera aparecerse en la vida real. Llegué a la conclusión de que me estaba sugestionando y preferí no darle vueltas. A pesar de que Adri sabía de su existencia, pues era, junto a

Pablo, la única persona con la que me sentía cómoda hablando de ella, no le conté nada. La voz de mi hermano interrumpió mis pensamientos por decimoquinta vez en un solo día, con el firme propósito de retomar el *tour*. Como si nada hubiera pasado.

Adri me contó que Grassmarket había sido, durante siglos, el escenario más concurrido de las ejecuciones públicas. El pueblo de Edimburgo acudía entusiasmado a ver cómo los criminales agonizaban, no solo en la horca, sino de muchas otras formas y seguramente más sangrientas. Me regaló un montón de datos curiosos y, entre ellos, el del año de la última sentencia de muerte en plena calle. El señor Robertson fue el protagonista del cierre de este oscuro capítulo de Escocia en 1954. Fue acusado de asesinar a su mujer y terminó, como muchos otros asesinos antes, con el cuello destrozado y una ciudad entera aplaudiendo.

Yo tenía una retorcida debilidad por este tipo de historias, pero las muertes en la horca eran algo que siempre me había infundido un respeto superior. Siempre achaqué semejante trauma a películas como la de Oliver Twist, en las que los malos morían ante los ojos de una niña que solo esperaba ver un clásico del cine en familia. En cualquier caso, mostré curiosidad y Adri siguió contándome anécdotas. Una de ellas, de hecho, tenía que ver con el pub en el que acabábamos de estar. Me dijo que su nombre, The Last Drop, hacía alusión al último trago de whiskey que los condenados a muerte tomaban antes de afrontar su cruel destino.

—Oye, ¡pues qué consideradas las autoridades escocesas! ¿No? Eres un criminal y mereces morir, pero toma, un güisquito para pasar el mal trago —reaccioné, sarcástica.

—Cuando sepas la razón que hay detrás no te van a parecer piadosas.

—Ya sabía yo…

—El objetivo era que estuvieran relajados. Así la soga conseguiría romper los huesos del cuello y…

—Vale, vale vale. Lo he entendido —dije evitando que siguiera. Adri cambió de tema señalando otro pub, uno que se encontraba a escasos metros de The Last Drop. Este tenía una fachada de color verde oscuro y, en la parte superior, unas letras doradas escribían un nombre: Grace Cunningham.

—Retrocedamos en el tiempo a la primera mitad del siglo XIX, a la era victoriana. En ese momento, las chicas de clase alta, como Grace, solo tenían un triste objetivo en la vida y era el de encontrar un marido digno de su estatus. Su padre, viudo desde que Grace tenía seis años, no paró hasta encontrar al hombre perfecto para su hija, pero llegó tarde. Para cuando dio con un candidato ideal, Grace ya estaba locamente enamorada de un joven al que el señor Cunningham jamás aceptaría. Su nombre era Thomas Gilbert y era todo lo contrario a lo que se esperaba de ella. Venía de una familia de pescadores muy humilde y residía, como la mayor parte de la población de clase baja de Edimburgo en esos años, en la Old Town. ¿Y qué crees? ¿Que la desaprobación del padre impidió que la pareja se quisiera? Obviamente no. Ambos contrajeron matrimonio en secreto y ella quedó embarazada poco después.

—¿Les descubrieron? —pregunté, entusiasmada por la historia.

—Al principio no. Ambos consiguieron fugarse juntos a Kelso, donde consiguieron trabajo en una posada.

—¿Y el bebé? —pregunté intrigadísima.

—Grace se puso de parto mientras Thomas estaba en el pueblo de al lado y dio a luz prematuramente a un bebé muerto. Intentó depositar su cadáver en el río Tweed, pero la pillaron y fue devuelta a Edimburgo sin que su marido pudiera hacer nada. La condenaron a morir en la horca por adulterio y ocultación del embarazo. Dos delitos bastante graves en el siglo XIX, que acarreaban la pena capital.

—¿Y Thomas?

—De él no se supo nada, aunque cuenta la leyenda que no lo soportó y se suicidó el mismo día que el amor de su vida era ejecutado a ojos de todos.

Me quedé helada. No esperaba que una historia antigua fuera a afectarme tanto como lo hizo. Pero mi hermano no me dejó pensar demasiado y me llevó al pub al que daba nombre Grace. Lo bautizaron así muchos años después, a principios del siglo XX. Adri insistió en que entráramos para mostrarme documentación gráfica que, como en The Last Drop, decoraba sus paredes. Al final de la taberna había un marco de madera y, dentro del mismo, un documento muy antiguo. En él figuraban los nombres de Grace Cunnigham y Thomas Gilbert, era la firma de un matrimonio ilícito. El papel, amarillento por el paso del tiempo y con las esquinas rotas, leía:

To the cross.
To the prison.
To the grave.
To the sky.[1]



V



Eran las dos de la tarde y, aunque en Reino Unido el almuerzo se hace mucho antes, nosotros decidimos atrasarlo para así poder comer con Abby. La novia de mi hermano era periodista y escribía en la sección de cultura de *The Scotsman*, un diario local cuya sede se encontraba en el corazón de la ciudad. Quedamos con ella cerca de la redacción, en un concurrido restaurante llamado Deacon Brodie's Tavern, ubicado justo en la intersección entre Lawnmarket y Bank Street. Me fijé en que el edificio que acogía dicho restaurante era algo diferente a los colindantes, pues la fachada me pareció más georgiana que medieval. La pintura escogida, blanca y negra con detalles rojos y dorados, me llamó la atención casi tanto como la figura de un señor que adornaba el cartel principal y que, intuí, sería el que daba nombre al negocio. En el interior, entre las amplias ventanas de marcos oscuros, la pared estaba forrada con extractos de manuscritos. Justo cuando me fijaba en esto, y mientras esperábamos a Abby, Adri resolvió mis dudas contándome la última historia del día, la del señor Deacon Brodie.

—A esta gente le encanta poner nombres de personas célebres a los sitios, ¿eh? —comenté tras escuchar la historia del señor Brodie, que me había recordado a una novela que había leído hacía años—. Esta historia me suena, por cierto.

—Sí, Robert Louis Stevenson se inspiró en Deacon Brodie para la novela de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* —dijo Adri, confirmando mis sospechas.

Tras otra interesante conversación que mezclaba mis dos grandes pasiones, literatura e historia, por fin llegó Abby. Se acercó empapada a la mesa, pues justo acababa de empezar a diluviar. Nos encontrábamos sentados junto a una ventana, por lo que me encantó lo acogedora que se sentía la situación. El cielo de Edimburgo se tiñó de gris y las calles no tardaron en llenarse de chubasqueros. Observaba desde la comodidad de un restaurante al que no le faltaba detalle. La moqueta, las paredes rústicas, las mesas de madera irregulares, ilustraciones del señor Brodie en la pared, fragmentos de la novela de Stevenson enmarcados, un menú de cocina escocesa que estaba deseando probar y una amable camarera española a quien Adri saludó cariñosamente. Comimos *haggis*, salmón al horno y pollo Balmoral. Tras una breve sobremesa, Adri sugirió volver a casa, argumentando que estaba cansado. Por muy tentadora que sonara su propuesta, la rechacé. Me apetecía seguir descubriendo rincones de la ciudad sola. Siempre he tenido la teoría de que los lugares se ven mucho mejor y con mucha más atención cuando vas a tu aire, sin hablar, sin distracciones. Abby, que ya había terminado su jornada laboral, se ofreció a quedarse conmigo, pero yo insistí en que volviera a casa con mi hermano y así lo hicieron. Me despedí de ellos a la salida del restaurante y, bajo un cielo que poco a poco dejaba ver algún claro de luz, escuché las recomendaciones de mi hermano.

—Yo te recomiendo que vayas a Greyfriars. Es uno de los cementerios históricos más famosos de la ciudad y está a cinco minutos de aquí. Aunque antes, si te apetece, pásate por The People's Story Museum, al final de la Royal Mile. A nosotros nos encanta, ¿verdad, Abby? —dijo dirigiéndose a su novia, que asintió con entusiasmo—. Suele tener exposiciones temporales muy interesantes, aunque todo gira en torno a la vida cotidiana de los habitantes de Edimburgo a lo largo de los siglos.

—No me digas más —respondí atraída por lo que me contaba—. Voy al museo primero y luego me paso por Greyfriars.

—¿No te da miedo ir sola? —preguntó Abby—. Tu hermano ha omitido esa parte, pero es que Greyfriars es el cementerio con más actividad paranormal registrada del mundo, Alba.

Se notaba que no me conocía bien todavía, pues si había algo que despertó mi interés, aún más, fue ese dato. Por alguna razón, y aunque nadie lo adivinaría, siempre me había sentido muy atraída por el mundo de los fantasmas, los exorcismos, las posesiones, las localizaciones embrujadas y demás argumentos de novela de terror. De hecho, ir al cine a ver películas de miedo era mi plan favorito en solitario. Pablo las detestaba, por lo que casi siempre me tocaba ir sola a los estrenos que más me interesaban. Eso no se lo dije, pero sí tranquilicé a Abby pidiéndole que no se preocupara por mí, que iba a tener cuidado y todas esas cosas que siempre se dicen.



Bajé por la Royal Mile sin prisa, deteniéndome cada dos por tres a observar los callejones, sus nombres, los diferentes comercios y a dos o tres gaiteros vestidos con el traje regional. Hice una breve parada en una tienda de *souvenirs* cuyo reclamo residía en los artículos de lana escocesa de la más alta calidad. No pude resistirme a adquirir dos bufandas de tartán. Una con base celeste y líneas *beige* y blancas; otra roja con líneas azul marino y verdes. Casi al final de la larga avenida, di con el museo rápidamente atraída por el edificio que lo acogía. Sus ladrillos grises y la arquitectura de su azotea no desentonaban en absoluto con los colindantes, pero sí lo hacía la torre del reloj; también había un letrero que indicaba que había llegado a mi destino. Este leía «*The People's Story*» bajo la escultura tallada de un señor que, periódico en mano, parecía estar pregonando algo a viva voz.

Me adentré en el recinto y el característico aroma de Edimburgo, cuya compañía tanto disfrutaba desde que había puesto pie en el país, fue difuminándose a favor de uno que también me encantó percibir. Olía a biblioteca, a libro antiguo. Atravesé la puerta y me

topé con la taquilla; en su repisa había un montón de boletines con información sobre el museo. También me percaté de la presencia de un cartel que anunciaba la exposición del mes, la cual los recepcionistas me recomendaron encarecidamente. No fue necesario que me convencieran, pues la temática me atrajo al instante. Cogí uno de los folletos informativos y leí que se trataba de una colección de fotografías *post mortem* del siglo XIX. Hacía tiempo que había leído un reportaje sobre el tema y recordé haberme quedado con ganas de saber más. Así que seguí la flecha que guiaba hasta dicha exposición, haciendo caso omiso al resto de las señales.

Tras subir unas escaleras enmoquetadas, llegué a una pequeña sala iluminada por una luz muy tenue. Era una habitación pequeña, pero las paredes contenían cientos y cientos de fotografías antiguas, muy antiguas. Algunas de ellas se encontraban en un dudoso estado de conservación, pues presentaban manchas, cortes y rasguños demostrando el paso de los años. Decidí observarlas una a una, pero no sin antes leer el texto explicativo que sujetaba un atril en medio de la sala. Tal y como recordaba de aquel reportaje, la fotografía *post mortem* era una práctica habitual entre las más adineradas y supersticiosas familias de la clase alta en la era victoriana. Y es que, según la ficha, estas tenían la creencia de que las almas de sus difuntos seguirían viviendo en las fotos, por lo que tras la muerte de un ser querido, inmortalizaban su imagen. En muchos casos incluso posaban junto al mismo. El resultado, al menos ahora mismo, me parecía de lo más macabro, pues apenas podías diferenciar al vivo del muerto. Y es que el objetivo era precisamente ese, conseguir que no pareciera que habían pasado a mejor vida. Para ello les sentaban en sillas y hasta les abrían los ojos. Los había incluso de pie y haciendo algún gesto, evidentemente, forzado. Siempre llevaban sus mejores galas y solía haber arreglos florales para disimular el olor que desprendían, así como objetos de valor para el difunto y otros detalles decorativos.

El resultado era una colección de fotografías familiares con un tinte muy oscuro, sobre todo para quien pudiera identificarlas como

post mortem. Estaba a punto de adentrarme en una exposición cuyos protagonistas no eran otros que los residentes más distinguidos de la ciudad de Edimburgo entre los años 1837 y 1899. Al final del cartel que leía con interés, la organización del museo agradecía a los descendientes de sus protagonistas que hubieran donado dichos bienes para la exposición.

Alcé la vista para empezar mi ruta por la colección fotográfica más macabra que había visto en mi vida. Las que más me impactaron fueron las que mostraban los cadáveres de niños, incluso de bebés. Los padres, con rostros casi apáticos, sujetaban a los pequeños en sus brazos y, a veces, se sentaban al lado de la cuna que los acogía para posar como si no acabaran de perder lo más valioso de sus vidas. También era habitual ver a personas claramente accidentadas, aunque sus ojos abiertos conseguían confundirte. Los difuntos carecían de expresión, a pesar de los intentos estéticos por parecer seguir con vida, el *rigor mortis* les delataba. Algunos de los familiares apoyaban su cabeza en el hombro del ser querido que, aun ahí físicamente, ya no estaba con ellos. Mi sensación durante todo el tiempo que estuve en esa sala fue un claro ejemplo de la dualidad que me representaba: me sentía atraída a la par que conmovida. Como graduada en historia, el interés por dicha costumbre victoriana era superior a los escalofríos que me provocaba mirar a los ojos a todas esas personas, que casi parecían devolverme la mirada.

Seguí mi recorrido por la exposición y podría haberme pasado toda la tarde en ella si no tuviera una ruta turística que continuar, hasta que una fotografía muy concreta me dejó helada. En dicha instantánea figuraban tres personas. En el lado izquierdo, de pie, se erguía un señor con bigote, vestido con un traje compuesto por un abrigo largo hasta la rodilla, de faldones rectos y ligeramente entallado. Bajo el mismo, lucía una camisa con un cuello alto y rígido y un chaleco de cuyo bolsillo asomaba lo que parecía un reloj de cadena. A su lado, sentadas en un banco de hierro, había dos mujeres. La del centro era joven y, a pesar de ser claramente el

cadáver, me pareció preciosa. Llevaba un vestido blanco con cuello *perkins* y volantes de encaje en los puños de las mangas, y el pelo recogido en una corona de trenzas. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de la señora que se sentaba a su lado. Esta llevaba un vestido oscuro, una camisa blanca con cuello alzado, una cofia y un delantal. Apenas podía analizar su cara, pues alguien había intentado sabotear su imagen en la fotografía, arañándola a la altura de los ojos. Sin embargo, había algo en ella que me resultaba familiar. Con la vista borrosa por la impresión, me dirigí a un miembro del personal para preguntarle si podía hacer fotos. No me lo permitió, por lo que esperé a que abandonara la sala para hacerlo igualmente. Mis manos temblorosas sacaron el móvil del bolsillo y capturé a la familia primero y a la señora de los ojos borrados después. Estaba a punto de darme la vuelta para abandonar la exposición cuando, de nuevo, algo más llamó mi atención. En la etiqueta identificativa que habían colgado bajo el retrato leí:

Callum Cunningham, su hija Grace y su sirvienta, 1843.

Entonces, por un momento, recordé que no era la primera vez que veía el atuendo de la sirvienta y que mi hermano me había contado la historia de Grace esa misma mañana. Era la joven a la que ejecutaron en la horca injustamente. Pensé que, para ser una fotografía con tan alto valor histórico, pasaba desapercibida entre el resto. No tardé en salir del museo y volver a la brisa fría y húmeda de la calle, deseando ver a mi hermano para contárselo, con la imagen de Agnes, mi Agnes, rondándome la cabeza todo el tiempo. Me senté en el primer banco que vi, delante de Canongate Kirk, una iglesia cuyo jardín estaba repleto de lápidas. Eso me recordó la recomendación de mi hermano de ir a Greyfriars. No estaba segura de que un paseo por el cementerio me ayudaría a ordenar mis pensamientos, pero emprendí la marcha hacia mi nuevo destino igualmente.

El trayecto fue tan bonito como todos los que había realizado ese día. Volví sobre mis pasos hacia High Street y, esta vez, me detuve unos minutos a admirar la catedral de St. Giles, que se erguía señorial en mitad de la avenida medieval más bonita que había visto en mi vida. Quise acceder al recinto, pero había una larga cola que casi daba la vuelta al templo, por lo que me prometí a mí misma volver al día siguiente. Después llegué a George IV Bridge, un puente convertido en calle muy cerca de Victoria Street. Bajé de nuevo la colorida calle hasta Grassmarket, recordando la extraña experiencia que había tenido en la plaza. De hecho, muchas de las calles que me había pateado esa tarde eran tremendamente familiares para mi subconsciente. No me detuve a pensarlo mucho, pero sí me sentía inexplicablemente acogida por un paisaje que, en teoría, nunca había visto.

Crucé Grassmarket con la imagen de la sirvienta perenne en mi cabeza y comencé a subir por una cuesta en cuya primera curva encontré una enorme verja de hierro negro bajo una sucesión de arcos de ladrillo. En ella se leía el nombre de Greyfriars Churchyard labrado sobre el mismo material y, a través de los barrotes que terminaban en una puntiaguda forma de flecha, confirmé que se trataba del recinto que acogía el cementerio más turístico de Edimburgo. Hubiera accedido por ahí, pero un cartel que estropeaba el goticismo de la entrada indicaba que debía hacerlo por la puerta principal, a unos metros de donde me encontraba. Me dirigí a la misma por Candlemaker Row, una calle en pendiente en cuya acera, a ambos lados, había varias tiendas de ocultismo, brujería, encantos, tarot y libros para hacer hechizos. También había una tienda de ropa *vintage*, pero esta me interesó menos.

Unos minutos después llegué a la entrada que buscaba, escondida entre dos edificios que sobresalían por delante de la misma. La localicé rápido gracias a un establecimiento de nombre Greyfriars Bobby's Bar. Entonces recordé que mi hermano ya me había hablado de Bobby por teléfono. Ambos éramos fervientes amantes de los animales, por lo que fue de las primeras cosas que

me contó cuando llegó a la ciudad. Si algo tengo es buena memoria, por lo que recordaba al dedillo la historia del perro que, tras el fallecimiento de su amo a causa de una terrible tuberculosis, permaneció al lado de su lápida catorce años hasta su propia muerte. John Gray era el guardián del cementerio y Bobby su más fiel compañero. Tras las enormes verjas, en una especie de rotonda peatonal construida delante de la iglesia de Greyfriars, se encontraban la estatua del pequeño *skye terrier* y una lápida. En ella leí:

Greyfriars Bobby
Died 14th January 1872
Aged 16 years
Let his loyalty and devotion be a lesson to us all[2]

La historia recuperó uno de los más dolorosos recuerdos que conservo, el de mi perrito, Bowie. Hacía un año que había perdido a mi mejor amigo a causa de un tumor que, en la clínica veterinaria a la que le llevábamos, no supieron detectar a tiempo. Tenía seis años y yo no estaba preparada para el momento en el que, en esa fría sala que nunca olvidaré, le abrazaba con fuerza mientras su corazón dejaba de latir. Fue el momento más doloroso de mi vida y, a pesar de los esfuerzos de Pablo y de los empleados de la clínica por despegarme de Bowie, no lo consiguieron. Todos salieron para dejarnos algo de intimidad y entonces, antes de que diera su último suspiro, le di las gracias por haberme querido toda su vida y le dije que le echaría de menos el resto de la mía. Permanecí apoyada en él varias horas, las suficientes como para dormirme y soñar que todavía seguía conmigo. Recordarlo hizo que se me humedecieran los ojos y que una lágrima descendiera rápidamente por mi mejilla. El corazón me dolía de la misma forma en que lo hizo ese día, pero me consolé pensando que, con un poco de suerte, algún día nos reencontraríamos donde quiera que acabemos después de morir. También me gustó pensar que Bobby y John ya lo habrían hecho.

—En realidad, Bobby no está enterrado aquí —dijo una voz detrás de mí, provocándome así un pequeño pero vergonzoso sobresalto. Me giré y era William, el chico al que había conocido esa misma mañana en The Last Drop.

—¿Ah, no? ¿Y dónde está entonces? —respondí, esforzándome mucho por disimular el temblor de piernas que suscitaba en mí.

—Justo en la entrada del cementerio —aseguró señalando la gran verja negra que había atravesado minutos antes—. Los habitantes lo querían tanto que propusieron enterrarlo con el señor Gray, pero como los animales no pueden ser sepultados en camposanto, decidieron dejar sus restos lo más cerca posible de su amo, dentro de los límites religiosamente éticos.

—Seguro que hay humanos más animales que Bobby enterrados en la comodidad de un mausoleo —pensé en voz alta.

—De hecho, en este mismo cementerio hay varios —comentó, adentrándose en las profundidades del recinto y, en cierto modo, invitándome a que le acompañara.

¿Acaso mi plan de turista solitaria estaba a punto de convertirse en una especie de cita improvisada con el escocés más guapo de Edimburgo, o tenía que pellizcarme más fuerte? Evidentemente no se me ocurría un plan mejor, así que le seguí por un camino embarrado que rodeaba la iglesia de Greyfriars. Mientras caminábamos y yo admiraba el camposanto que rodeaba la iglesia de Greyfriars, William me contó que fue la reina María I de Escocia la que encargó construir todo aquello. Hice cálculos y llegué a la conclusión de que nos encontrábamos en un cementerio de, con toda seguridad, la segunda mitad del siglo XVI.

—¿Y es un plan habitual en tu calendario venir a pasear entre los muertos en tus ratos libres? —le pregunté, haciendo acopio de una confianza que todavía no teníamos.

—De hecho, sí. Pero no es ocio, es trabajo.

—¿Trabajas aquí? —pregunté parándome en seco y fantaseando con la idea de que fuera el guardián de la garita que había a la entrada o, mejor, un restaurador de lápidas antiguas.

—Estoy haciendo un trabajo de investigación acerca del *poltergeist* de la antigua cárcel de los Covenanters —aseguró mientras señalaba una localización más adelante.

—¿*Poltergeist*? Pero ¿qué estudias tú? ¿Ciencias paranormales? —cuestioné con ironía ante la incredulidad de una respuesta positiva por su parte.

—Se llama parapsicología.

—Ah, pero ¿que lo dices en serio? ¿Existe el grado en Parapsicología? —demandé saber más, parándome en seco de nuevo.

—En realidad es una optativa de dos años para nosotros, los alumnos de Psicología.

—Perdona si te he ofendido, pero es que jamás había oído hablar de la parapsicología como enseñanza académica. Pensaba que esa era una carrera extinta o que solo existía en las novelas.

—Tranquila —dijo riéndose—. Es normal. La Universidad de Edimburgo es la única que ofrece esta optativa dentro de una carrera al uso.

—Alucino… —murmuré en castellano, bajito y aprovechando que se había dado la vuelta para seguir el camino—. ¿Y qué dices que vienes a investigar?

—La antigua cárcel de los Covenanters. La cerraron al público en 2003 —indicó mostrándome una cadena y un candado, ambos oxidados.

—No sé si quiero preguntar por qué la cerraron al público… —En realidad me moría de ganas por saberlo.

—Porque hay mucha carga energética aquí. La actividad paranormal era constante y los turistas y los guías se quejaban continuamente. Ahora mismo solo hay una compañía de *tours* con acceso al recinto.

Estaba alucinando. Nunca he sido una persona escéptica con respecto a estos temas y por eso alucinaba más, porque me lo creía. Además, William lo contaba con rigor y sonaba muy convincente, por lo que enseguida deseché la idea de que estuviera bromeando.

Entonces se produjeron unos minutos de silencio, que respeté cuando vi que sacaba una libreta en la que comenzó a hacer apuntes. Me moría por leer lo que anotaba, pero respeté su labor y disimulé la incómoda tentación girándome para seguir observando el cementerio. Saqué mi móvil para hacer algunas fotos y, tras percatarse de ello, William me advirtió que podía hacer todas las que quisiera pero que me recomendaba abstenerme de retratar una tumba muy concreta.

Señaló un mausoleo que teníamos a la izquierda. Era enorme y, ciertamente, bastante perturbador. Estaba construido en ladrillo gris y era circular, con columnas y arcos intercalados por todo el diámetro y una enorme cúpula en la parte más alta. El acceso consistía en una puerta gris sellada a conciencia por varios candados y tenía dos pequeñas ventanas que dejaban ver el interior. Quise asomarme, pero me detuve cuando William me contó que se trataba de la tumba de *Bloody* MacKenzie, el responsable del *poltergeist* con más actividad paranormal de la ciudad y, probablemente, del país.

—Se llamaba George MacKenzie y era un abogado de la corte a cargo de la política persecutoria de Carlos II contra los Convenanters presbiterianos y, por lo tanto, responsable de las muertes de miles de escoceses que hoy intentan descansar en este pequeño cementerio aislado —añadió William, señalando el recinto que venía a observar—. De ahí su apodo de «*Bloody* MacKenzie».

Antes de guardar mi móvil en el bolso, pues había decidido abstenerme de fotografiar el mausoleo maldito, me di cuenta de que no tenía batería. Eso iba a dificultarme la comunicación con mi hermano, que, conociéndole, se pondría histérico si no daba señales de vida en las próximas horas. Ante la situación, William sugirió que fuera al pub donde le conocí. Me dijo que le comentara a sus compañeros que iba de su parte, para que así pudiera cargar el móvil sin necesidad de pedir algo. Le di las gracias y, aunque quise despedirme de una forma más afectiva, recordé que, aunque sentía que le conocía de toda la vida, no era cierto. Pero justo cuando estaba a punto de darme la vuelta de la forma más digna, fue

William el que se acercó a abrazarme. Duró poco, pero lo suficiente como para que su presencia empapara mis cinco sentidos, arrasando con la poca cordura que me quedaba. Me hubiera empadronado entre sus brazos si hubiera podido. Mi instinto, ajeno a lo políticamente correcto, parecía indicarme que ahí era donde había venido a estar. Cerca, muy cerca. Cuando nos separamos, me di la vuelta casi sin poder mirarle a la cara, como si todo lo anterior hubiera sido un pensamiento en voz alta y ya no fuera un secreto que quería quedarme con él. Me alejé con la poca dignidad que yo intuía que me quedaba ese día, pero volví a girarme cuando gritó:

—¡Oye, nos vemos!

—*Aye!* —exclamé.



Esa noche dormí muy poco, pues William fue el protagonista de mi insomnio y Agnes de mi fase REM. Esta vez, ella estaba muy cerca. Tanto que ya no solo distinguía sus rasgos, sino también la expresión de un rostro claramente marcado por la frustración y el dolor. La tristeza la consumía. Creo recordar que casi rompe a llorar antes de señalar al techo de la habitación, pero desvié los ojos hacia el mismo. La parálisis solo me permitía este pequeño movimiento, y lo que vi a continuación todavía no lo puedo explicar. Sobre mí, caían los pies de una persona que se balanceaba lentamente. Parecía una chica, pues llevaba un vestido con blondas, y colgaba de la lámpara de mi habitación. No sé cuánto tiempo duró ese momento, pues es difícil determinarlo con exactitud en esas circunstancias, pero se me hizo eterno. Por alguna razón, no podía apartar la vista del cadáver que se mecía sobre mi cuerpo, cada vez más rápido. Recuerdo incluso el ruido de la soga que, intuí, llevaba alrededor del cuello. Poco a poco, el perturbador sonido derivó en lo que parecía una inminente rotura, pero no llegó a caer. La alarma de mi móvil sonó con fuerza, poniendo así fin a la primera escena en la que, después de tantos años, Agnes había dejado de transmitirme paz.



VI



Con cada semana que pasaba, mi deseo de extender mi estancia en Edimburgo se intensificaba. Me gustaba la vida que estaba construyendo allí y, además, sentía un fuerte sentimiento de pertenencia en la ciudad, asentado en mí desde el primer día que puse un pie en la calle Princes. Ante todo, necesitaba vivir en un lugar en el que el otoño existiera. En Madrid pasamos del verano al invierno sin apenas transición y había echado de menos vivir entre colores ocres y mostazas de mi infancia, pasear pisando hojas húmedas y leer junto a una ventana golpeada por la lluvia. Sin embargo, mi mente controladora y sobreproductiva me impedía dar el paso, pues si finalmente decidía quedarme, tendría que ser con unos ingresos estables. Deseaba intensamente que lo que empezó como un periodo sabático desembocara en un nuevo capitulo de mi vida fijo, seguro y, sobre todo, feliz. Mientras averiguaba qué quería hacer y de qué forma, seguí ocupando la habitación de invitados en casa de Adri y Abby. No puedo negar que me pasaba las noches pensando en que empezaba a ser un estorbo para ellos. Ninguno de los dos me lo dijo, claro, pero no hacía falta. También me producía un insomnio terrible pensar en mi vida en Madrid, en lo mucho que me gustaba quién era allí, en mi controlada rutina, en lo mucho que echaba de menos tener mi propio espacio y a mi mejor amiga a dos paradas de metro. Pensaba en Pablo y en lo diferente que sería todo si no me hubiera dejado, en mis padres, en el resto de mis amigos… Pero la imagen de William arrasaba con todos estos pensamientos de la misma forma que entró en mi vida, en cuestión de segundos.

No negaré que él era el motivo principal por el que quería quedarme en Edimburgo. Ni siquiera podía dar nombre al tipo de relación que teníamos y, aun así, le había convertido en la centralita de mis decisiones impulsivas. Eso nunca lo dije en voz alta, pero, aunque me sentía ridícula, había algo que me decía que mi sitio estaba donde estuviera él.



Al día siguiente, mientras desayunaba, decidí buscar piso. No tenía intención de lanzarme a por uno, simplemente quería valorar mis opciones y averiguar así cómo de viable sería quedarme. Estuve un buen rato abriendo y cerrando pestañas en el navegador, percatándome de lo caro que era todo teniendo en cuenta que, en la mayoría de los casos, se trataba de pisos o estudios muy pequeños y algo antiguos. Ese día Abby no trabajaba, así que tomamos un segundo café juntas y, tras contárselo todo, decidí enseñarle mis favoritos. Todos ellos se concentraban en dos o tres zonas céntricas de la ciudad, a las que ella dio el visto bueno. Lo que no le convenció tanto fue la selección de viviendas, pues, como decía antes, el estado de muchas de ellas era más bien cuestionable. Juntas fuimos descartando opciones hasta que me quedé sin nada. Estaba triste y decepcionada, pues aunque había empezado a buscar sin ningún fin más allá de tantear la situación, en el fondo deseaba encontrar algo y encontrarlo ya. Estaba a punto de cerrar el navegador cuando Abby me detuvo y, tras pedirme permiso, le cedí el ordenador. Su búsqueda nos llevó a un portal inmobiliario que no conocía, del cual dijo que, precisamente por ser menos conocido, tendría más ofertas disponibles. Así fue.

Después de escasos minutos viendo pisos, a ambas nos llamó especialmente la atención uno de ellos. Se trataba de un pequeño pero acogedor estudio en pleno corazón de la Old Town. Una habitación, un baño, una cocina unida a la sala de estar y enormes ventanas rectangulares en cada una de las paredes. Estaba situado

en Cowgate, a escasísimos minutos andando de Greyfriars, de Grassmarket y, por qué no decirlo, del pub en el que William hacía turnos todas las semanas. El simple hecho de tenerle tan cerca consiguió que los detalles del piso me importaran más bien poco y, como Abby me animó a ello, solicité una visita. La inmobiliaria contestó enseguida, pero nos informó de que tenía el horario de visitas cubierto ese día y, además, una tentadora oferta que la propietaria se planteaba aceptar. Aunque el agente me aseguró que me avisaría si la situación cambiaba, la desesperanza se volvió a apoderar de mí y cerré el portátil con un claro gesto de decepción.

Decidí dar una vuelta por el centro, donde deduje que podría encontrar carteles de «SE ALQUILA» con los que probar suerte. Y es que, como dice mi madre, cuando algo se me mete a la cabeza, es más fácil cortármela que sacarlo de ella. Me abrigué bastante, pues la niebla era la protagonista del día y las máximas no superaban los nueve grados. Elegí un conjunto de punto *beige*, un abrigo de lana del mismo color y unas botas militares a juego con una bandolera negra con detalles dorados. Me puse una bufanda de pata de gallo y una boina y, aunque sabía que era probable que lloviera, decidí ir andando. Dos largos barrios residenciales después, llegué a la estación de Haymarket.

Paseé por la zona, deteniéndome cada dos por tres para volver a observar sus imponentes pero sofisticados edificios de corte gregoriano, con ese tinte oscuro y tenebroso que tan bien define Edimburgo. Cuando llegué a Princes, justo antes de doblar la esquina hacia la calle St. Andrews, me percaté de un edificio enorme al que nunca antes había prestado atención y que, sin embargo, en ese momento la atrajo por completo. Parecía un antiguo centro comercial, abandonado a su suerte en el centro de la ciudad. La oscuridad de sus ventanas reflejaba la arquitectura medieval de la Old Town y pensé que todo aquel que un día trabajó con esas vistas de fondo había sido un afortunado. Algún día, quizás, podría ser mi caso. Me recorrí el perímetro de la plaza St. Andrew hasta llegar a Rose, una calle repleta de pubs y restaurantes, pero cuyos pisos más

altos eran claramente residenciales. Por desgracia, solo me topé con un cartel inmobiliario y, además, el agente que atendió mi llamada me aseguró que justo acababa de alquilar la vivienda esa misma mañana. Había llegado tarde otra vez, pero no me importó tanto como cuando, horas antes, me había imaginado en vano una vida en aquel estudio, pequeñito pero romántico, de Cowgate.

Decidí dirigirme a la Old Town y, cuando comprobé que era la una del mediodía, llamé a mi hermano para ver si estaba libre para comer conmigo. Me citó en el Howies de Victoria, su restaurante favorito para degustar la más exquisita pero sencilla cocina escocesa. Llegué antes, así que entré para elegir la mejor mesa, una al fondo del restaurante, en una acogedora esquina con bancos de piel a modo de asiento y un enorme ventanal con vistas a la calle. Mientras esperaba, observé el espacio. La pared era rugosa, rústica y amarillenta, y en ella habían colgado láminas, cuadros y pinturas que representaban la ciudad de formas muy diversas. Realistas, abstractas, a color, en blanco y negro… Da igual como la pinten, Edimburgo siempre es preciosa. No había mucho ruido, por lo que, si me concentraba un poco, podía escuchar perfectamente cada una de las conversaciones que tenían lugar a mi alrededor, todas con marcado acento escocés. No me dio tiempo a hacerlo, pues enseguida vi a mi hermano acercándose a la mesa. Vino acompañado de Abby, lo cual me hizo sentir mal por no haberla avisado yo misma. Comimos tranquilamente, pues, aunque Adri tenía un tour a las tres, Abby estaba libre esa tarde. Ambas compartimos una botella de vino y nos la terminamos entre conversaciones banales y productivas a partes iguales.

—Adri, por cierto, estoy pensando en quedarme a vivir aquí. Con lo desastre que eres, me da pena que la pobre Abby tenga que aguantarte sola —le conté, justificando mi decisión con una broma que ignoró por la sorpresa que le causó la noticia.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. No pienso volver a Madrid.

—¿No vas a buscar trabajo primero? ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana? —De nuevo, mi hermano tomando las riendas de una conciencia que yo misma empezaba a olvidar que tenía.

—Bueno, poco a poco. Primero voy a mirar algunos pisos y, si tengo suerte y consigo instalarme más pronto que tarde, reflexionaré sobre mi futuro laboral a corto plazo. No me agobies, ¿eh?

Aunque se lo dije a él, en el fondo me lo estaba diciendo a mí misma. Me hacía ilusión quedarme a vivir en Edimburgo, averiguar lo que se sentía haciendo rutina en esta ciudad que me tenía enamorada, decorar un piso a mi gusto, vivir sola… Pero, obviamente, seguía teniendo un pie en la tierra y sabía perfectamente que tendría que encontrar trabajo en tiempo récord. A pesar de las dudas, creía estar tomando una buena decisión. Entre otras cosas, porque el simple pensamiento de volver a Madrid me deprimía soberanamente. ¿De vuelta al piso que una vez compartí con Pablo? ¿A las calles por las que paseábamos de la mano? ¿A hacer siempre los mismos planes? ¿Presentarme en el despacho de Emily con el rabo entre las piernas? Ni loca. Mientras mi hermano hablaba con Abby, aproveché para establecer un plan de acción: primero buscaría piso y después trabajo. ¿Qué podía salir mal? En otras circunstancias no sería mi *modus operandi*, pero desde que mi relación se partió en dos, nada en mi cabeza seguía el patrón habitual.

Fue entonces cuando, animada por la esperanza que todavía me quedaba, le hablé del piso que Abby y yo habíamos visto esa mañana y que tanto nos había gustado. Justo estaba contándole que probablemente me lo quitarían cuando sonó mi móvil. Un número con prefijo británico ocupó la pantalla y, al no esperar ninguna llamada del país, presentí que se trataría de alguna inmobiliaria. Así fue. Al otro lado del teléfono estaba el agente con el que había hablado horas antes, me informó de que alguien había cancelado su visita y que contaba con un hueco para ver el estudio, si es que todavía estaba interesada. Acepté sin pensarlo y pedí la cuenta a

toda prisa, les invité y les pedí por favor que me acompañaran a verlo. Había quedado con el señor de la inmobiliaria en quince minutos y, por suerte, solo tardaríamos la mitad. Desafortunadamente, Adri tenía que volver al trabajo, así que fue Abby quien me acompañó.

Cuando llegamos a Cowgate, una calle no peatonal cuyo elemento más llamativo es el puente que pasa por encima, buscamos el número del edificio al que nos dirigíamos. Lo encontramos, de hecho, justo antes de atravesar la arcada de la imponente construcción, en un estrecho edificio de ladrillo marrón. Allí nos esperaba un señor vestido de traje que, antes de abrir la puerta de hierro que teníamos delante, nos advirtió de que se trataba de un tercero sin ascensor. Al parecer, era un edificio protegido y, debido a su delicada estructura, las labores de restauración eran algo complicadas. No me importó lo más mínimo y mucho menos cuando, varias escaleras después, llegamos al estudio. Lo primero que vimos cuando accedimos fue la sucesión de ventanas que ocupaban, prácticamente, cada milímetro de las estrechas paredes. Eran las tres de la tarde y empezaba a anochecer, pero el agente nos comentó que, al tener orientación este, podría contar con luz natural durante toda la mañana. Eso me encantó casi tanto como las vistas que tendría, a la calle Cowgate de frente y al cementerio de Greyfriars a la derecha. Nos recorrimos el pequeño estudio en pocos minutos y, aunque me gustaba todo lo que estaba viendo, cualquier cosa me hubiera valido con tal de mudarme lo antes posible. Además, Abby parecía encantada con el piso y su opinión era importante para mí.

—Me gusta mucho —me dijo acercando su hombro al mío.

—A mí también —contesté, rezando para que la inmobiliaria me lo ofreciera. Abandonamos el edificio junto al agente, con el cual nos quedamos hablando un buen rato en la puerta. Según nos contó, la propietaria de la casa, la señora Margaret Garfrae, era muy exquisita con sus inquilinos. Tanto, que había pedido entrevistar personalmente a cada uno de ellos antes de firmar contrato alguno.

Nos dijo que era una señora de unos 60 años que, tras perder a su marido trágicamente, había decidido abandonar la capital para mudarse a las Tierras Altas. Me recordó un poco a la historia de amor de la reina Victoria, quien, tras perder al príncipe Albert repentinamente, también encontró un cálido refugio donde pasar el doloroso duelo al norte del país. De hecho, la señora Margaret se había mudado a Ballater, justo la localidad en la que se encuentra desde 1853 la residencia oficial de la monarquía británica, el castillo de Balmoral. Se me pusieron los pelos de punta.

Tras despedirnos del amable señor, el cual me confirmó que la señora Garfrae me llamaría esa misma semana, también me despedí de Abby. Le comuniqué mi intención de ir a ver tiendas por el centro y ella me propuso volver a reunirnos para cenar. Cenábamos juntas todos los días, normalmente en algún pub o restaurante. Por lo que aproveché la oportunidad:

—Pues… ¿The Last Drop a las siete y media? —sugerí entrecerrando los ojos porque sabía perfectamente cuál iba a ser la reacción de Abby.

—The Last Drop, ¿eh? ¿No hay más sitios en todo Edimburgo?

—¡Porfi! —supliqué juntando las manos e imitando la voz de una niña pequeña que quiere ir al parque de bolas.

A Abby le hizo gracia y, tras aceptar la propuesta, me dio un abrazo y se alejó en dirección a una parada de autobús que había cerca. Esperé a que cruzara la calle y yo también me fui, satisfecha con la visita y con todas mis esperanzas depositadas en que Margaret no tardara en llamarme.

Era principios de octubre y mi época favorita del año ya empezaba a teñir la ciudad de los colores otoñales más acogedores. Me recreé en un paseo que, sin darme cuenta, me llevó de nuevo a la New Town. Caminé por varias tiendas hasta que una, repleta de bolsos de firma adornando su escaparate, me sedujo a entrar. Se trataba de una tienda de artículos de lujo de segunda mano y, aunque los precios eran significativamente inferiores a los de venta habitual, no podía permitirme nada. Solo unos pendientes estilo

botón de Saint Laurent, cuyo origen databa de finales de los años ochenta, según me contó la dueña. Me los compré ilusionada, sabiendo que se trataba de una joya que amortizaría en tiempo récord. Contenta por haberme cruzado con ellos sin buscarlos, seguí paseando por Queen Street hasta que llegué a Howe, una calle perpendicular. Era una avenida amplia, con el suelo empedrado, casas de ladrillo marrón y locales comerciales en el sótano de estas. Algo de esta calle me atrapó de tal forma que decidí sentarme a observarla desde los escalones de una de sus viviendas. Dejé en el suelo las bolsas de lo que había ido comprando, apoyé la cabeza sobre mis manos, mis codos sobre las piernas y cerré los ojos unos segundos. De nuevo, una poderosísima sensación de estar en casa invalidó por completo el resto de mis pensamientos. Mirara donde mirara, todo me parecía conocido. Las esquinas, el suelo con piedras incrustadas, los tejados grises, el campanario de la iglesia que había al final de la calle… Después de un incalculable rato disfrutando de una sensación que no podía explicar, emprendí la marcha de nuevo.



Para volver a la Old Town, crucé por el puente de Waverly, que, para mí, tenía las vistas más fotogénicas del casco antiguo. Sus edificios medievales, apiñados unos junto a los otros, pedían a gritos un reportaje panorámico. Subí Cockburn, desde el primer día mi calle favorita por sus cafeterías y por los inesperados callejones que derivaban en la Royal Mile. Pocos minutos después, llegué a Grassmarket; me había pasado la totalidad del camino fantaseando con la idea de que Pablo pudiera verme brillando otra vez. Me producía satisfacción pensar que, de alguna forma, alguien pudiera contarle que me había ido para no volver y que, por fin, volvía a ser feliz. Me cambió la cara cuando me di cuenta de que eran eso, fantasías absurdas y totalmente innecesarias para mi recuperación emocional. Entonces me acordé de William. Llevaba días sin verle, pero mentiría si dijera que no tenía la esperanza de hacerlo.

Llevaba todo el día fuera de casa y no me sentía demasiado presentable, por lo que, como quedaba media hora para mi cita con Adri y Abby, me colé en la primera cafetería que vi para retocarme. Una vez en el baño me solté el pelo, intensifiqué la dosis de colorete y me puse brillo en los labios. Terminé antes de lo que tenía previsto, así que me dispuse a hacer, una vez más en veintisiete años, gala de mi sobrepuntualidad. Llegué a la puerta de The Last Drop y, antes de entrar, aproveché para enviar un mensaje de voz a mi mejor amiga.

—Julia, escúchame —ordené, como si tuviera alternativa. Ya se había quejado en alguna ocasión de la longitud de mis mensajes de voz, pero yo seguía enviándoselos porque ella hacía exactamente lo mismo—. He conocido a un chico tan guapo que te morirías si le vieras. Se llama William y, a ver, no ha pasado nada entre nosotros. Todavía… De hecho, el día que nos conocimos fue bochornoso, ya te contaré, pero creo que le voy a ver otra vez. Ahora mismo. O sea, no lo sé, pero tengo la sensación de que sí. No hemos quedado ni nada, ¿eh? Ya me gustaría, pero es que he obligado a mi hermano y a Abby a que vayamos a cenar al pub en el que trabaja algunos días. ¿Es muy patético que William piense que voy para verle? A ver, él sabe que yo sé dónde trabaja, pero ni que me supiera sus turnos, ¿no? Espero no parecer una acosadora o, peor, ¡una fan! ¿Crees que parezco una fan acosadora, Julia? Ay, Dios, tendríamos que haber quedado en otro sitio… —En realidad no era un audio, era una conversación conmigo misma. Como siempre, estaba utilizando a Julia para pensar en voz alta—. Bueno, tarde, porque ya estoy aquí. Luego te cuento.

Bloqueé el móvil y, tras titubear unos segundos frente a la puerta principal, finalmente entré. Lo hice lentamente y anduve hasta la barra mirando al suelo, presa de una timidez totalmente justificada. Cuando logré llegar al final del local sin chocarme con nadie, me armé de valor para buscar a William entre la gente. No tuve suerte, y eso que di un paseo por todas partes haciendo como que buscaba a alguien. No encontré a Abby, tampoco a él. Volví a la barra aún

más avergonzada, pero esforzándome mucho por disimular. Allí me atendió un camarero de mediana edad, con barba pelirroja, camisa de cuadros y la mirada amable que caracteriza a los locales. Le pedí una copa de vino y esperé sentada en un taburete, haciendo como si estuviera en medio de una interesantísima conversación telefónica. Ese era el más útil de los recursos para introvertidas como yo. Sin embargo, no estaba del todo cómoda, por lo que, tras pagarle la copa, la cogí y salí a la terraza. Una vez fuera vi que había empezado a llover, me resguardé bajo el toldo, sentada en un barril alto que había pegado a la fachada. Apoyé mi bebida, saqué un cigarro del bolso y lo encendí cuando, sin esperarlo, escuché:

—¡No sabía que fumabas!

Desconozco de dónde saqué la agilidad mental para identificarle y, al mismo tiempo, para encontrar una respuesta coherente.

—No sabía que por estudiar a los muertos te daban un título universitario.

—Es parapsicología —rebatió cuando me giré para mirarle.

—Y esto es un cigarrillo social.

Ahí estaba, tan insuperablemente guapo como siempre. Llevaba una camiseta blanca, una cazadora de pana verde oliva, unos vaqueros rectos y el perfume que, para ese momento, ya se había apropiado de mis horas de vigilia.

—¿Estás sola? —preguntó mirando alrededor.

—No… Bueno, ahora mismo sí, pero estoy esperando a alguien. —Enseguida me di cuenta de que sonó a que tenía una cita, así que rectifiqué rápidamente—: Estoy esperando a mi hermano y a su novia. Hemos quedado aquí para cenar.

—¡Ah, genial! Yo voy a cenar aquí también con unos compañeros de la universidad, así que… ¡Nos vemos luego!

—¡Nos vemos! —respondí nerviosa al mismo tiempo que William abría la puerta del pub. Interpreté ese «nos vemos luego» como lo que es, una forma de hablar. Obviamente me hubiera encantado que fuera una propuesta de cita, pero igual era mucho pedir teniendo en cuenta que la película me la estaba montando yo solita y sin

financiación. Di una última calada al cigarro, que apagué a la mitad, di un trago a la copa de vino y saqué el móvil para llamar a Adri. Justo cuando dio tono, los vi al otro lado de la plaza, moví la mano para que me vieran y esperé a que la atravesaran. Después de los abrazos reglamentarios, mi hermano sujetó la puerta del pub y Abby y yo pasamos al interior. Atravesamos la sala y localicé a William, que estaba sentado con unos amigos al lado de la única mesa que quedaba libre: la nuestra.

—¿Ese no es…? —me preguntó mi hermano mientras colgaba su chaqueta detrás de la silla y miraba de reojo en dirección al grupo.

—Sí. Cállate y deja de mirar.

Adri siempre había sido muy descarado y me ponía histérica que mirara a la gente como si esta no pudiera darse cuenta.

—¿Le has saludado?

—Que sí, pesado.

—Vale, vale… —contestó alzando las manos, como dándome a entender que se disponía a dejarme en paz.

Me cuesta admitirlo, porque odio que otras personas lo hagan, pero esa noche monopolicé la conversación. Estaba muy nerviosa y la verborrea era otro de mis recursos contra mis más que evidentes emociones. Mi psicóloga siempre me decía que mi lenguaje no verbal era poderosísimo y, desde que fui consciente de ello, me esforzaba mucho por parecer desenfadada en mis gestos. Les conté a mi hermano y a Abby, con pelos y señales, todo lo que había hecho y comprado esa tarde. Hablamos del estudio de Cowgate, de la viuda exiliada en las Tierras Altas y de lo mucho que deseaba que me considerara una inquilina apta para ocupar el hogar que, una vez, compartió con el amor de su vida. El momento que viví en Howe Street, sin embargo, decidí ahorrármelo. En todo ese rato, mis ojos buscaban cruzarse con los de William y, una vez conseguido, apartaba la mirada tímidamente. Repetimos ese patrón hasta siete veces, incluso le seguí con la mirada cuando se levantó para ir a la barra y uno de sus compañeros me pilló infraganti.

—Yo es que creo que ese estudio tiene mi nombre —le dije a mi hermano disimulando ante la bochornosa situación, mientras le enseñaba las fotos que Abby y yo habíamos hecho esa tarde.

Entonces William volvió a su mesa y yo me quedé esperando un octavo contacto visual que nunca se produjo. Pidieron la cuenta, todos se levantaron y se fueron. Él también, mostrando así una indiferencia que dolió, dolió mucho. Tenía razón al pensar que ese «nos vemos» era una frase hecha. Me cambió la cara y mi hermano, que es la persona que mejor me conoce en el mundo, lo notó. Entonces se giró para comprobar que William se alejaba.

—¡Vaya! Pues se ha ido… —apuntó, como si le preocupara lo más mínimo.

—¡No me digas! ¿Sí?

—Lo superarás —declaró, mientras extendía su brazo por el centro de la mesa para tocar mi mano.

—Eres tontísimo —le dije rechazando el gesto.



VII

Era doce de octubre y todavía no había recibido noticias del piso. Empezaba a estar impaciente, pues mi cabezonería se había centrado en descartar el resto de las viviendas a favor de la única con la que había tenido un flechazo. También me desesperaba la idea de no tener nada que hacer, por lo que me prometí buscar trabajo esa misma semana. El tiempo sabático estaba durando demasiado y, lejos de cumplir su cometido, empezaba a tornarse contraproducente. Desde que pasear por Edimburgo era mi única actividad, Pablo había vuelto a ocupar gran parte de mis pensamientos, una y otra vez. Esa tarde, mientras Abby y Adri trabajaban, decidí salir a dar un paseo y disfrutar del otoño. Aunque llevaba más de un mes allí, todavía tenía localizaciones que tachar de la lista. Hacía frío, así que me puse unos pantalones de pana marrón chocolate, un jersey de punto rosa pastel, un par de botines de borreguillo y un abrigo de plumas blanco. Decidí que era un buen momento para estrenar los pendientes de Saint Laurent. También me puse una bufanda de tartán y unos guantes.

Me dirigí primero a las escaleras de The Vennel, un callejón con las mejores vistas del castillo. Había algo en la fortaleza medieval que me dejaba sin aliento cada vez que la miraba. Bueno, más que sin aliento, digamos que me atraía fuertemente, dejándome siempre embobada durante varios minutos, ajena completamente al mundo que me rodeaba. La perspectiva desde esa localización era perfecta, no solo por lo bien que se veía la construcción, sino también por sus escaleras empedradas e irregulares y sus casas a orilla de estas, tan

románticas y oscuras al mismo tiempo. Edimburgo era eso para mí, una dualidad perfecta entre lo romántico y lo tenebroso.

Para mi sorpresa, apenas encontré turistas en The Vennel esa tarde. Para ser una de las zonas más concurridas de la ciudad, ese día reinaba la paz. Por eso aproveché para sentarme en uno de los fríos escalones mientras disfrutaba de un café. Después de media hora a solas con mis pensamientos, me levanté y busqué en mi móvil la siguiente parada. Abby me había recomendado The Meadows, un parque precioso que en otoño lo es aún más. Sin embargo, estaba demasiado lejos como para arriesgarme a caminar tanto rato bajo un cielo que amenazaba con lluvia. Cambié mi rumbo hacia el cementerio de Greyfriars que, por alguna razón, era una de mis zonas de confort en la ciudad desde el día que conocí a William.

Del camposanto me gustaba todo; en especial la sobriedad propia de un lugar donde había miles de personas enterradas, pero que, durante el día, también se convertía en un parque al uso por el que pasear sin miedo. Todo el mundo lo hacía, obviando el hecho de que caminaban sobre siglos de historia enterrada bajo un frondoso césped que, a esas alturas del otoño, ya estaba completamente cubierto de hojas de todos los colores. Esa tarde, al contrario que las escaleras de The Vennel, Greyfriars estaba abarrotado de locales y turistas. Había familias con niños, grupos guiados en *tour*, perros jugando con sus dueños, incluso jóvenes haciendo pícnic entre las lápidas. Yo también me disponía a disfrutar del lugar a mi manera; había mucho en lo que fijarse, las tumbas, los nombres de los difuntos que las habitaban y los años de sus muertes, en las dedicatorias de los familiares, los imponentes mausoleos, los barrotes que protegían las lápidas del suelo y en las calaveras que, en muchos casos, se encontraban talladas en los sepulcros. Mi hermano me había contado que esta era una práctica funeraria habitual durante la peste bubónica, pues se creía que los cadáveres seguían contagiando después de morir. De esa forma, no solo alejaban al resto de los mortales de una muerte segura, sino que también mantenían a raya a los profanadores de tumbas. No me

extrañaría que, en muchas ocasiones, la calavera no tuviera el propósito de indicar el motivo del fallecimiento, sino que actuaba de escudo protector contra el robo de cadáveres entre los siglos XVIII y XIX.

Mientras subía una pequeña cuesta en dirección a la iglesia del recinto, una ráfaga de aire frío tiró mi café al suelo. Me agaché para recoger lo que quedaba de él y, cuando alcé la vista, me percaté de la presencia de una mujer al final del camino de tierra. Se encontraba frente a un mausoleo, arrodillada en sus fríos escalones de piedra con las manos entrelazadas y sujetando un rosario plateado. Miré alrededor para comprobar que, de repente, éramos las dos únicas personas en esa zona del cementerio. Algo me atraía hacia ella, así que caminé lentamente en su dirección. Conforme me acercaba, me fijé en su ropa. No parecía muy contemporánea, como tampoco lo era su estética en general. Me detuve en seco, a escasos metros, cuando me di cuenta de que se parecía a Agnes. La había visto tantas veces durante tantos años, que no me cabía ninguna duda y, justo cuando un gélido escalofrío recorrió mi cuerpo, giró la cabeza para mirarme. Quise seguir acercándome, pero abandonó el rezo cuando se percató de mi presencia. Se levantó lentamente, sin apartar la mirada de mi cara, y desapareció por la esquina en la que se encontraba el mausoleo frente al que rezaba.

Titubeé unos segundos antes de decidir que tenía que seguirla. Si realmente era ella, había llegado el momento de descubrirlo. Mi mente quería frenarme, pero mis pies avanzaban por inercia y empecé a acelerar el paso. Me temblaba todo, pues no tenía ni la menor idea de lo que pretendía con esa persecución. Corrí como pude cuesta arriba, alcanzando la esquina por la que Agnes había desaparecido instantes antes y, cuando giré, ya no estaba. No había nadie, solo lápidas enmohecidas bajo un cielo gris que amenazaba con cubrir el cementerio de agua. Me quedé inmóvil, mirando de un lado a otro en busca de la señora del vestido gris a la que me había propuesto alcanzar. De repente, un cuervo voló muy cerca de mi cabeza, graznando desesperado como si quisiera llamar mi atención.

Sobresaltada, me giré para seguir su trayectoria con los ojos. Me guio hasta el mausoleo en el que rezaba Agnes. Entonces supe que, si no había podido encontrarme con ella, quizás la tumba que estaba velando me daría pistas sobre lo que estaba sucediendo. Cuando me acerqué, se me heló hasta la última gota de sangre que corría por mis venas al leer la inscripción tallada en el mausoleo:

In loving memory of the Cunningham Family
Gone but not forgotten[3]
Aileen Cunningham 1804-1827
Grace Cunningham 1825-1843
Callum Cunningham 1801-1862

Haciendo un titánico esfuerzo por mover alguno de los músculos de mi cuerpo, saqué mi móvil del bolso para buscar la foto que, semanas antes, había sacado en el museo de Canongate. Esa en la que aparecía parte de la familia Cunningham. Grace, su padre y una señora cuyo rostro, aun mancillado, casi pude adivinar. Y, de repente, todo tuvo sentido. Si la mujer a la que acababa de ver me recordaba a Agnes y esta me había esperado frente al mausoleo familiar, no era una locura pensar que su fantasma velara los cuerpos de la familia a la que había servido siglos atrás. No tenía duda de eso, pero me costó procesar que la persona que cuidaba de mi sueño desde hacía años no era producto de mi imaginación, sino que se trataba del espectro de una persona real. Lo corroboré cuando me fijé en una humilde lápida que había a las puertas del imponente mausoleo, en la que encontré tallado el nombre de Agnes Borthwick.

—¡Has encontrado a Grace! —Una voz familiar interrumpió mi estado de *shock*.

Una vez más, justo de la misma forma en que nos habíamos encontrado semanas antes en Greyfriars y pocos días después en The Last Drop, William apareció de la nada. Me giré rápidamente, pero lo último que podía hacer en ese momento era articular

palabra. El único esfuerzo que mi cuerpo me permitió realizar fue el de esbozar una sonrisa que no logré mantener más de tres segundos. William se dio cuenta de que me pasaba algo y su semblante cambió al mismo tiempo que se acercaba. Una vez delante de mí, me cogió la barbilla suavemente con la mano.

—Alba…, ¿estás bien?

—Necesito sentarme —murmuré con voz débil.

Hice el amago de sentarme en los empapados escalones del sepulcro de la familia Cunningham, pero William impidió que lo hiciera y me guio hacia el banco más cercano que encontró. Me ayudó a sentarme, pues entendió que aún seguía en estado de *shock*, y se colocó a mi lado, muy cerca. Yo sabía perfectamente que, si había fantasmas ahora mismo en Greyfriars, mi cara hubiera pasado completamente desapercibida entre ellos. Me incomodaba que William me viera en ese estado, pero no lo podía evitar, necesitaba explicaciones. Estaba tensa, tenía el cuello rígido, las manos heladas y los ojos como platos. William entendió que necesitaba un momento para pensar y no dijo nada. Se limitó a abrazarme en silencio, esperando pacientemente a que pudiera decir algo. Cuando conseguí escapar de la parálisis que me atrapaba, mi mente fue capaz de razonar que si había alguien a quien podía preguntarle sobre estos asuntos, era a él. Me armé de valor y, arriesgándome a parecer una loca, le pregunté:

—William, ¿es posible que esté viendo muertos?

—Ya lo creo que es posible —contestó esforzándose por no sonreír demasiado. Tras ver que no iba a añadir nada más, siguió—: Greyfriars es uno de los lugares con más actividad paranormal registrada del país. Si en algún lugar de Escocia puedes ver y sentir fantasmas, es aquí, Alba. No quiero aburrirte con lecciones parapsicológicas, pero como sé que no eres una escéptica, tienes que saber que la Universidad de Edimburgo ha decretado el grado tres de actividad paranormal en este sitio.

—¿El grado… tres? —contesté con el interés que mi estado me permitió en ese momento.

—Sí, hay tres grados. El grado uno se establece cuando se escuchan cosas. El grado dos es cuando se oyen y se ven. Greyfriars está catalogado con el grado tres porque se pueden sentir, oír y ver.

Es extraño, pero eso me tranquilizó. O bueno, al menos le dio algún tipo de razonamiento lógico a lo que acababa de ver. Estuvimos hablando un buen rato, me interesaba saber si acaso yo era una persona sensible a ese tipo de fenómenos o si cualquier mortal es capaz de percibir el grado tres del que me hablaba por el simple hecho de encontrarse en Greyfriars. William me confirmó que, por norma general, tenía que ser una persona sensitiva o, en su defecto, alguien a quien el más allá intenta enviar algún mensaje. Me quedé en silencio, atando cabos y preguntándome si el espectro que habitaba mis noches desde hacía años tenía el propósito de trasladarme algún tipo de información. No estaba segura de si quería contárselo, pero insistió en saber de qué se trataba y me sentí lo suficientemente cómoda para hacerlo. Cuando accedí, propuso acercarnos a The Last Drop para hablar tranquilos. Acepté, claro.

Una vez en el pub, pedimos algo para beber y nos sentamos en la mesa del final de la sala, desde la que el cristal húmedo nos dejaba ver parte de Grassmarket. Llovía con fuerza, por lo que la taberna comenzó a abarrotarse de personas que buscaban cobijo. Ya no estábamos solos, pero el rincón donde se encontraba la mesa me transmitía la intimidad suficiente como para desahogarme tranquila.

—A ver… —comencé intentando ganar tiempo para encontrar las palabras adecuadas—. ¿Seguro que no tienes nada mejor que hacer?

—La verdad es que no —contestó con una sonrisa que casi me hace perder el hilo. William tenía algo que me hacía sentir nerviosa, pero cómoda; excitada, pero tranquila. Había algo en él que me transmitía una inmensa sensación de estar en casa.

—Prométeme que no vas a pensar que soy carne de psiquiátrico —le exigí haciendo gala del poco sentido del humor que me quedaba esa tarde.

—Alba… —Extendió el brazo para alcanzar mi mano, infundiendo en mí, de nuevo, esa curiosa sensación de paz—. ¿Recuerdas que he elegido parapsicología como optativa? Quiero decir… Si crees que necesitas ingresar en un sanatorio mental, me pido la litera de arriba —contestó logrando que se me escapara la risa.

No lo pensé más y comencé a contarle todo desde el principio. Le hablé de mis episodios de parálisis del sueño; de la presencia de una señora en ellos que creía haber visto varias veces fuera de la fase REM desde que estaba en Edimburgo; de que sabía que se llamaba Agnes y que creía haberla visto velando los cuerpos de la familia Cunningham esa misma tarde. En todo ese rato, William permaneció en silencio, atento a todo lo que soltaba por la boca. No parecía extrañado, solo interesado y, de vez en cuando, miraba hacia arriba claramente analizando alguna de mis frases. Después del monólogo, que duró varios minutos, o al menos dos copas de vino mías y dos pintas de cerveza suyas, me preguntó:

—¿Y estás completamente segura de que es la misma señora que ves durante tu parálisis por las noches?

—Estoy segura. ¿Me estoy volviendo loca?

William insistió en que no había perdido la cordura en absoluto. Pero, antes de ofrecerme la opinión que necesitaba, me pidió más información, así que seguí hablando un buen rato. Incluso le enseñé la foto del retrato *post mortem* que tenía en mi galería. También busqué alguna foto de los dibujos que había hecho de ella cuando era pequeña, pues solía retratarla a menudo. Me devolvió el móvil tras observar detenidamente ambas imágenes y, por fin, rompió mi verborrea.

—Hace unas semanas tuvimos un seminario que… Bueno, mira —dijo enseñándome la pantalla de su móvil. Lo cogí para ver que se refería a una conferencia cuyo título era el siguiente: *Parálisis del sueño y fenómenos paranormales: relación, causas y casos de estudio*.

—Dios mío, William —susurré mientras me tapé la boca con la mano que tenía libre.

—Quería que terminaras la historia antes de adelantarme, pero creo que podemos estar ante una situación de esta naturaleza.

—Estoy cero tranquila ahora mismo.

—Relájate, que ya no vamos a tener que solicitar una plaza en el psiquiátrico —contestó, procurando quitar hierro al asunto.

Después, me pidió permiso para hablarle de mí a uno de sus profesores, un reputado doctor en Psicología de la Universidad de Edimburgo que llevaba a cabo sesiones de regresión con alumnos y voluntarios. William me contó que la regresión es una práctica cuyo propósito reside en averiguar datos, sucesos y traumas de vidas pasadas. ¿Vidas pasadas? ¿Cómo habíamos pasado de los sueños a los fantasmas y, de repente, a la reencarnación? No entendía nada, pero confié en su criterio pues no tenía nada que perder y cualquier ayuda para resolver el enigma era como ver luz al final del túnel, la posibilidad de conciliar el sueño en algún momento de mi vida. Atraída por esa idea, le di luz verde para hacer las gestiones que considerara oportunas, salvo una.

—¿Has hecho espiritismo alguna vez?

—¿La *ouija*, dices? —respondí asustada y completamente reacia al simple hecho de planteármelo—. ¡No! ¡Nunca!

—Haces bien. ¿Te importaría que yo mismo intentara contactar con la tal Agnes Brothwick? Mientras muevo hilos para que puedas conocer al doctor Blackwood, creo que es una buena forma de obtener más información.

—¡William, ni se te ocurra! —me negué horrorizada por la idea. Como buena aficionada al género de terror, sabía que la *ouija* no era ningún juego. No sabía realmente qué repercusión real podía tener una sesión de esas características, pero prefería no averiguarlo. William no rebatió mi decisión, simplemente se giró para pedir otra ronda justo antes de que mi móvil comenzara a sonar. Era mi hermano.

—Hermanita, ¿qué haces?

—Sí —respondí sin escuchar la pregunta.

—Sí no, que qué haces.

—¡Ah! Nada, aquí. —Si estaba intentando ocultarle algo, no lo estaba consiguiendo.

—Alba, ¿aquí dónde? ¿Qué dices?

—Estoy dando una vuelta —mentí tranquila, pues sabía que William no entendía ni una palabra de castellano—. ¿Qué quieres, pesado?

—No, nada, que como la pesada eres tú y no has dado señales de vida en toda la tarde, me preguntaba qué hacías.

—Ya te lo he dicho, dar una vuelta. —Tenía cierta urgencia por colgar pues, aunque mi acompañante me observaba entusiasmado, seguramente por el exótico idioma de cuyo vocabulario solo entendía «hola», «adiós», «paella» y «sangría», me parecía de mala educación tenerle esperando.

—Vale bueno, pues avísame cuando llegues a casa.

—Vale, papá. —respondí bromeando antes de colgar.

De esa tarde tengo recuerdos borrosos, pues había absorbido demasiada información relevante como para centrarme en cómo pasamos del vino a la hamburguesa, pero cenamos juntos. Yo tenía la necesidad de pasar tiempo con él y algo que me decía que él también quería estar conmigo. William hacía vida en Edimburgo desde que era pequeño, por lo que no le faltarían los planes y, sin embargo, ahí estaba. Frente a una apenas conocida, demasiado habladora y algo preguntona. La cena trascurrió con la normalidad propia de quien olvida que ha visto a un fantasma. Ambos nos adentramos en una conversación muy personal, donde intentamos averiguar el máximo posible sobre nuestras respectivas vidas. Él me contó que había nacido en Edimburgo, que su madre murió de cáncer cuando solo tenía doce años, que tenía dos hermanas, Olivia y Mia, y que él era el menor de los tres. Su padre, destrozado por la pérdida del amor de su vida, había montado una destilería de whiskey cerca de Aberdeen, una ciudad al noreste de Escocia a la que prometió llevarme. Eso me recordó a mi casera, quien también había abandonado la capital motivada por encontrar la paz en las Tierras Altas tras su propia pérdida. Fantaseé con la idea de

conocerlas algún día, por supuesto, por motivos diferentes a los de estos dos viudos.

—¿Y vives solo? —le pregunté.

—Sí, ahora sí. Antes compartía piso con un amigo, pero le ofrecieron un buen puesto en Londres y se fue hace tres meses. ¿Y tú? ¿También vives sola?

—Sí, ahora vivo sola también.

—¿Antes no?

Mierda. El fantasma de Agnes había abandonado la conversación, pero el de Pablo estaba a punto de aparecerse en ella. No me atraía nada la idea de hablarle de él, así que me limité a decirle que, en España, vivía con mi expareja. Y lo dije con la frialdad propia de quien casi ha dejado de darle importancia a su última ruptura. Por desgracia, William mostró el interés esperado.

—¿Lo dejasteis hace mucho?

—Sí —mentí.

Muy a mi pesar, el nuevo camino que tomó la conversación me devolvió a una charla que tuve con Pablo hace meses, semanas antes de la ruptura, concretamente. La relación pendía de un hilo para ese momento, por mucho que yo me negara a verlo. Supongo que es un mecanismo de defensa del subconsciente, que rehúsa aceptar que alguien puede desenamorarse de ti cuando tú ni siquiera has empezado a planteártelo. Ahora sé que, aunque dejarme ya entraba en sus planes, necesitaría más días para verbalizarlo. Recuerdo que intenté por todos los medios abandonar la conversación en la que él mencionó cómo, si algún día no estábamos juntos, querría verme feliz aunque ello implicara que conociera a otra persona. Esas palabras se quedaron clavadas en mi corazón, pues en ese momento no concebía una vida en la que él no fuera el centro de mi universo. Además, me lo estaba diciendo con una indiferencia que hacía que me culpara a mí misma por no haber visto claros los indicios mucho antes.

Por suerte, William no tardó en cambiar de tema. Había algo que también parecía hacerle sentir incómodo, pues no se esforzó

demasiado en extraer más detalles. Lo agradecí y, tras insistir en pagar la cuenta, también se ofreció a acompañarme a casa. Traté de explicarle que no hacía falta, que la casa de mi hermano estaba lejos y que no era necesaria la caminata de ida y vuelta. Se mantuvo firme en su intención de hacerlo y, honestamente, es justo lo que quería que sucediera. Por el camino, la conversación no cesó ni medio segundo. Me interesaba cada sílaba que salía de esa boca, aunque no podía parar de pensar en lo mucho que deseaba que, además de palabras, en algún momento saliera un beso. Tardamos un rato en llegar a casa, pero se me pasó volando. Tras señalar la puerta de mi hermano, y aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, intenté evitar que se produjera el incómodo momento de despedirnos sin saber cómo. Sin pensarlo dos veces, me lancé a darle un abrazo, que el correspondió enseguida. Me rodeó con los brazos y sentí el calor de sus enormes manos en mi espalda. Tuve la suerte de perderme de nuevo en el olor de su camiseta, así que cerré los ojos para disfrutar del momento y le pedí al universo que detuviera el tiempo. No sucedió. Nos separamos y yo, avergonzada por haberme recreado más tiempo de lo británicamente aceptable, me di la vuelta y le dije adiós dándole la espalda. Busqué las llaves, nerviosa, temblando y esforzándome mucho porque no viera la cara de tonta que se me había quedado. Sin embargo, volví a girarme cuando la puerta ya estaba abierta y vi que ya se disponía a cruzar el paso de peatones, camino a casa. En el último momento se giró para decirme:

—*See ya*, *lass.* —*Lass* significa «chica» en escocés, así que le respondí en el mismo dialecto.

—*Aye!*

Vi cómo se alejaba y, antes de girar hacia la esquina por la que habíamos venido segundos antes, se dio la vuelta para mirarme e hizo un último gesto con la mano. Al principio no lo entendí, pero no tardé en darme cuenta de que quería cerciorarse de que entraba en la casa. Me sentí un poco ridícula por haberme quedado paralizada, así que accedí avergonzada e intentando asimilar que, de alguna

forma, sentía la necesidad de cuidarme. Casi me choco con Adri en un descuido, por lo que intuí que nos había estado espiando vete tú a saber cuánto rato.

—¿En serio te ha acompañado a casa?

—Pues… ¿No ves que sí? —contesté intentando disimular el temblor en las piernas, que persistía.

—Es un caballero escocés de los pies a la cabeza, ¿eh? —me chinchó mi hermano.

—¿Ha habido beso? —preguntó Abby mientras se acercaba hacia nosotros en su paso del salón a la cocina.

—No, tía… —respondí haciendo un puchero con gesto de pena.

—Pues eso. Un caballero —repitió Adri mientras iba a ayudar a Abby con los platos.



VIII

Cuando sueño con Agnes, suelo acordarme con una preocupante nitidez. A la mañana siguiente, revivo cada segundo de cada minuto como si de una película que he visto mil veces se tratara. Es cierto que con el paso de los días las imágenes empiezan a perder claridad y, sin embargo, la presencia de Agnes nunca se difumina. Esa noche la situación volvió a tomar un giro muy drástico y, a mi parecer, casi agresivo. Al contrario que en otras ocasiones, en las que simplemente abro los ojos para encontrarla mirándome, esa vez fue un ruido el que me dio un toque de atención. Supongo que fue un crujido de la casa de mi hermano, a cuyos sonidos todavía no estaba acostumbrada. Fuera lo que fuera, consiguió que me encontrara con los ojos abiertos, como siempre, mirándola. Ella, que me devolvía la mirada como cada noche, me sorprendió girando la cabeza hacia la ventana. Me incorporé y la imité para averiguar qué quería mostrarme, pero solo vi la calle principal, vacía, sin ruido y muy oscura.

Al no dar con algo que pudiera aportarme la información que buscaba, volví a girarme para comprobar que ya no estaba. Acto seguido, me tapé la boca con las manos al darme cuenta de que no me encontraba en medio de una parálisis. Me había incorporado para mirar por la ventana y eso significaba que no estaba dormida. Lejos de asustarme, pues ya tenía indicios suficientes como para pensar que había empezado a ver fantasmas reales, me senté en la repisa de la ventana que Agnes quería que mirara. No tuve miedo, solamente mucha intriga por saber qué me estaba intentando decir.

El viento hacía que la lluvia golpeara fuerte sobre el grueso cristal de la habitación y, al fondo, lo único que veía era alguna de las lápidas del cementerio que teníamos a escasos metros. De vez en cuando, los relámpagos alumbraban el camposanto y la luz azul se proyectaba sobre un césped cada vez más mojado y embarrado.

Desconozco cómo pude conciliar el sueño esa noche, pero a la mañana siguiente amanecí extremadamente cansada. Tanto que ni fui consciente de haber pospuesto la alarma varias veces antes de que, por fin, me devolviera a la consciencia. Me desperté de un sobresalto, agitada al darme cuenta de que llegaba tarde. Había quedado con Adri para dar un paseo por Dean Village, un antiguo pueblo convertido en barrio que, como el resto de la ciudad, parecía haberse quedado congelado en el tiempo. Me vestí en tiempo récord para evitar dar explicaciones de por qué, de repente, era la persona más impuntual del mundo. Lo conseguí por poco.

Mi hermano y yo caminamos un buen rato por la orilla de Water of Leith, el río que desemboca en el puerto de la ciudad. Sin prisa, distraídos por una conversación fluida en la que consideré que era hora de implicar a Agnes, pero hacía mucho tiempo que no la mencionaba y me costó arrancar.

—Adri, tengo que contarte algo —no dejé que reaccionara—. ¿Te acuerdas de Agnes?

—¿La señora oscura de tus parálisis? Cómo olvidarla. ¿La sigues viendo?

—Sí. Bueno, de hecho, ya no solo la veo en sueños, Adri.

—¿Qué quieres decir? —Se detuvo en seco.

—No te rías de mí, por favor, esto es serio —le pedí, anticipándome a lo que sabía que podía suceder.

—¡Que no! —aseguró en un tono de voz no muy convincente.

—Tú sabes que yo siempre he pensado que era producto de mi subconsciente, pero estoy prácticamente segura de que no es un sueño, sino un fantasma.

—¿Cómo que un fantasma? ¿De los que dicen «bú» y arrastran los pies?

—Te sorprendería saber que los fantasmas reales no son como los de los dibujos animados, pero sí.

—¿Me estás vacilando? —preguntó y acto seguido soltó varias carcajadas que me molestaron bastante.

—¡Te he dicho que no te rías, Adrián, que es en serio!

—¡En ocasiones veo muertos! —citó a modo de burla.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas? —exclamé exasperada.

—Perdóname, es que ya sabes que soy muy escéptico.

—Me la suda tu escepticismo, tío. ¿Te estoy hablando de algo que para mí es serio y reaccionas riéndote? Luego te quejarás de que no te cuento las cosas…

En ese momento yo ya estaba enfadada con mi hermano y, por mucho que insistió en que siguiera contándole cosas de Agnes, me negué. Me lo llegó a suplicar, pero le pedí que lo olvidara, que ya no tenía ganas de hablar de ello. Cuando pude pensar fríamente, entendí que le hiciera gracia. Al fin y al cabo, no todo el mundo cree que los fantasmas existen y no podía culparle de ello. Me tranquilizó saber que al menos tenía a William para desahogarme del tema.

Dejamos el río, pasamos por un barrio que parecía sacado de un cuento de hadas y al poco llegamos a Stockbridge. Esta era otra zona de Edimburgo que me encantaba, pues sus casas victorianas convivían en placentera armonía con las de estilo georgiano. La sucesión de adosados me recordaba mucho a Notting Hill aunque, al contrario que el carísimo distrito londinense, este tenía ese aire oscuro y casi lúgubre que tanto me gustaba. Después de un rato caminando, hablando de cualquier cosa que no implicara a Agnes, a William o a Pablo, decidimos sentarnos a comer en un antiguo banco convertido en restaurante en George Street.

Mientras tanto, mi cabeza bailaba sola; me agobiaba ser consciente de que tendría que poner los pies en la tierra tarde o temprano. Haber encontrado mi lugar en el mundo podría dejar de ser suficiente en cualquier momento. Pero, claro, asentarme era necesario si quería una excusa más razonable para mudarme

permanentemente o, al menos, de forma indefinida. Adri tenía un puesto muy importante en la agencia de *tours* en la que trabajaba, y estaba segura de que bastaría una llamada para hacerme hueco como guía turística. Al fin y al cabo, era bilingüe, historiadora y una apasionada de Edimburgo. Reunía todas las cualidades para desenvolverme sin problema y, quizás por eso, no descartaba esa opción. Lo único que me frenaba era que mi hermano se sintiera presionado a hacerme un favor, y yo odiaba pedirlos.

De vuelta en casa, me picó la curiosidad por saber qué más puestos relacionados con la historia ofertaban en las webs de empleo escocesas, así que encendí el ordenador para tantear la situación. Después de un buen rato buscando por las diferentes páginas, di con el nombre de una institución cuya existencia conocía gracias a William. La oferta la publicaba Koestler Insistute, la facultad donde se encontraba la Unidad de Parapsicología de la Universidad de Edimburgo. Según leí, buscaban historiadores que pudieran respaldar las supuestas apariciones de turistas e investigadores. Me divirtió saber que estaban en búsqueda activa de alguien que, además de saber historia, también tuviera cierto conocimiento en vestuario de época. Esto no lo especificaban en el titular de la oferta, sino en un pequeño texto explicativo más abajo. Por increíble que pareciera, se trataba de algo real y no dudé en hacer captura de pantalla. Yo misma me había especializado en vestuario de época durante mi grado universitario, pero no estaba interesada en el puesto. El objetivo era tener una excusa para hablar con William.

Por suerte, no tuve que esperar mucho. Dos días más tarde, mientras tomaba algo con Abby en una terraza de Grassmarket, le vi pasar. Él no me vio, así que aproveché para observarle detenidamente. Era la primera vez que podía hacerlo sin que se diera cuenta, así que me recreé en la necesidad de inspeccionarle de arriba abajo. Su ropa, sus gestos, su forma de caminar… Todo en él

era, para mí, el halo de luz y felicidad más inexplicable de mi vida. Abby se dio cuenta de que había parado de conversar con ella por algún motivo, así que se giró para comprobar a dónde se dirigía mi atenta mirada.

—Es William, ¿no?

—Sí —respondí con timidez antes de apartar la vista por vergüenza.

Abby se quedó callada, esperando a obtener más información.

—¿Sabes lo que pienso? Que estabais destinados a encontraros una y otra vez. No sé… Creo que el primer encuentro no fue casual, que de alguna forma es lo que tenía que pasar.

—Yo tengo la misma sensación —confesé mientras observaba cómo desaparecía de nuestra vista.

De todas las cosas que adoraba de Abby, la forma en que siempre contribuía a que fuera feliz allí era mi favorita. Haciendo gala de ese empeño, sugirió tomar un cóctel en The Last Drop, pues ambas habíamos visto cómo William entraba al pub minutos antes. Ni siquiera esperó una respuesta por mi parte, que hubiera sido claramente afirmativa, y tras pagar la cuenta del restaurante en el que nos encontrábamos, nos dirigimos al pub. Fue entonces cuando llamó a mi hermano para que se uniera a nosotras y me gustó la idea al pensar que, si conseguía tener otro momento con William esa tarde, Abby no se quedaría sola.

Entramos al local sin parar de hablar, que era justo lo que necesitaba para disimular la vergüenza que me producía pensar que él creyera que le perseguía. En realidad, lo estaba haciendo, por lo que no era descabellado que lo pensara. La conversación con Abby fue perfecta para mantenerme concentrada en sus palabras al mismo tiempo que buscábamos mesa. No tuvimos suerte, así que decidimos sentarnos en la barra. Nos apoyamos en los taburetes altos que había bajo la misma y, en ese momento, los nervios empezaron a apoderarse de mí. No le veía, pero sabía que él a mí sí. Era imposible que tras recorrernos el pub de arriba abajo no se hubiera percatado de mi presencia. Justo en el momento en el que

creía sentirme observada, una mano se apoyó en mi hombro izquierdo haciendo que un sudor frío recorriera mi pecho. Pensé que podría ser William, claro, pero era mi hermano. Me dio una palmadita en la espalda antes de inclinarse para besar a su novia. Me sentí estupidísima otra vez.

—¡Vaya, vaya! Aquí otra vez, ¿eh? ¡Qué sorpresa!

—¡Que conste que la idea ha sido suya! —afirmé señalando a Abby, que corroboró mi acusación asintiendo.

Ambos empezaron a hablar de sus cosas y aproveché para desconectar unos segundos. Se me ocurrió que, si volvía a recorrerme el pub, el inevitable encuentro se produciría y así acabaría con la agonía de verle. Entonces, tras avisar a mi hermano de que quería salir un momento, cogí mi copa de vino y sin esperar respuesta me aventuré a la puerta, intentando no mirar demasiado a mi alrededor. Ya en la calle, me senté en una de las mesas de la terraza y cerré los ojos para absorber la poca vitamina D que Edimburgo nos dejaba disfrutar. Mientras buscaba el mechero en mi bolso, vi unas zapatillas acercarse para detenerse frente a mí. Alcé la vista rezando porque fuera él y, casi como si le hubiera llamado, acerté.

—*Hey, lass*. —Me encantó que ya tuviera un apodo cariñoso para mí.

—Hola, William —respondí manteniendo la compostura.

—He pensado mucho en ti estos días y quería escribirte, pero no tengo tu número.

—¡Es verdad! —exclamé como si nunca antes hubiera pensado en pedírselo.

Tras intercambiarnos nuestros teléfonos me quedé mirándole, esperando que me aclarara qué era lo que había hecho que pensara en mí. Me gustaría haber escuchado otra razón, pero era evidente que tenía que ver con la conversación que tuvimos hace dos días.

—He estado buscando información sobre lo que hablamos y he encontrado cosas interesantes —afirmó sentándose en la silla libre.

—¡Ay, genial! —exclamé con excesivo entusiasmo—. ¿Y bien?

Se quedó en silencio mientras se encendía un cigarro. Me puse aún más nerviosa. Durante esos segundos, que se me hicieron eternos, aproveché para mirarle detenidamente. A esas alturas ya estaba completamente convencida de que no había visto una persona más perfecta en mi santa vida. La atracción que sentía hacia él estaba a otro nivel, hacía que me temblara hasta el músculo más pequeño e insignificante. Tenía una estructura facial muy marcada, una barba de cinco días que me encantaba y unos ojos color verde bosque en los que no me importaría perderme cada día de mi vida. Todo ello adornado por un perfume agradable y, seguramente, cuidadosamente escogido. Para mí, William ya era oficialmente la persona más irresistible sobre la faz de la tierra. Quizás fue el instinto animal que despertaba en mí lo que me impulsó a querer dar el temido paso que, a esas alturas, ya tendría que haber sucedido. Se me adelantó.

—¿Me invitas a una pinta y te cuento? —sugirió.

—¡Claro! ¿Aquí o vamos a otro sitio? —Quería que eligiera la opción B, pues Abby y mi hermano estaban dentro y allí no contaba con la intimidad que ansiaba.

—Conozco un sitio perfecto.

La felicidad que infundió en mí esa corta frase me tuvo flotando entre las nubes varios segundos antes de entrar a despedirme de mis acompañantes. No me apetecía darles demasiadas explicaciones, así que no tardé en salir del pub, esforzándome mucho por ocultar lo nerviosa que estaba. William me esperaba fuera. Cuando nuestros ojos se reencontraron, él hizo una señal con la cabeza para que le acompañara. Me dejé guiar porque poco me importaba el destino elegido, solo la compañía. Al cabo de unos diez minutos que llenamos con conversaciones que nada tenían que ver con el propósito de nuestra primera cita oficial, llegamos a la parte nueva de la ciudad y, poco después, a la puerta de un hotel. Intuí que no íbamos a una habitación, pero solo el hecho de imaginármelo bastó para convertirme en el más bochornoso manojo de nervios. Me costaba tragar saliva, la verdad. Entramos por la puerta principal,

que se abrió automáticamente al detectar nuestra presencia. Pasamos de largo por la recepción y, tras un rápido y cortés saludo a los empleados del lugar, llegamos a un ascensor. Esperamos a que llegara en un silencio que mantuvimos también en el interior. Pero, lejos de ser incómodo, a mí me resulto sexualmente tenso. Tras montarme otra película en mi cabeza, llegamos al séptimo piso.

Las puertas se abrieron y caminamos por un largo pasillo hasta una azotea. Las vistas de la ciudad me encogieron el corazón una vez más. Desde donde nos encontrábamos, podíamos ver el horizonte, plagado de edificios medievales, el castillo sobre el volcán extinto y un atardecer que casi parecía un decorado artificial. Las nubes se habían esfumado, abriendo paso así a un degradado de azul oscuro a naranja intenso que podría haberme quedado mirando horas, pero esa noche tenía algo más bonito que observar. William buscó una mesa relativamente íntima, escondida tras una esquina y, por lo tanto, separada del resto. Hacía frío y apenas sentía las manos, pero no me importó. Me acomodé en una silla frente a él y me arropé las piernas con una manta de lana que el personal había colocado en el respaldo para los huéspedes. Mientras colocaba mi bolso sobre la mesa, William se acercó a la barra para pedir una pinta y la copa de vino que ni me hizo falta solicitar. Ya me conocía y eso me encantaba. Tras el reglamentario brindis, retomamos nuestra conversación.

—Alba. —Me encantaba que pronunciara mi nombre—. Tengo razones para pensar que hay una explicación para todo lo que estás viviendo, pero antes necesito hacerte unas preguntas. Si en algún momento te sientes incómoda o abrumada, paramos.

Se notaba que lo suyo con la psicología era pura vocación. Tenía mucho tacto, lo cual hacía que fuera comprensivo y amable. La forma en que se estaba cerciorando de que estuviera a gusto en todo momento me daba la paz necesaria para saber que, de alguna forma, se estaba convirtiendo en lo más parecido a mi lugar seguro. Así que asentí, tranquila, esperando a que empezara.

—¿Cuándo fue la primera vez que viste a Agnes?

—No sé decirte una fecha exacta. La veo desde que tengo uso de razón.

—Sin embargo, dices que su presencia es más recurrente desde que estás aquí.

—Lo es —contesté convencida, antes de corregirle—. Bueno, en realidad, no es que sea más recurrente, es que creo que se presenta de una forma distinta. Antes pensaba que era producto de mi imaginación, de mis sueños. Ahora la veo de verdad.

Se quedó callado esperando, supuse, a que me explicara mejor. Fue entonces cuando le conté que, hasta mi llegada a Edimburgo, Agnes siempre me había observado de noche, de lejos y mientras dormía. Bastó con que pusiera un pie en la ciudad para que acortara distancias de forma brusca. Tanto, que incluso creía haberla visto por la calle; tras la barra del pub donde nos conocimos; en Greyfriars, y, por supuesto, en mi habitación. De repente, la señora que regentaba mis sueños era más real que nunca.

—¿Y estás completamente segura de que es ella? —preguntó después de un rato atento a cada palabra que salió de mi boca.

—Completamente. Como te digo, lleva tantos años conmigo que podría dibujar su cara de memoria. Ojalá su nombre también hubiera figurado en el tarjetón. Podríamos salir de dudas fácilmente, aunque yo simplemente lo sé. Sé que se llama Agnes.

—Creo que no estás enfocando bien la pregunta —me corrigió—. ¿Por qué deberías tú saber que se llama Agnes? Porque Agnes fue real, Alba. Y tú con ella. En otro momento.

No contesté porque necesitaba hacer un análisis sintáctico de esa frase. En realidad, lo más confuso que había escuchado en mi vida parecía tener todo el sentido del mundo. Di un trago a mi copa y dejé que siguiera hablando. Mi capacidad de reacción en ese momento era nula.

—Otra pregunta: ¿por casualidad cuando llegaste a Edimburgo sentiste que no era la primera vez que estabas aquí?

Me quedé muda. Eso era exactamente lo que había sentido en Princes Street el primer día. Eso me transmitió cada fachada, cada tejado, cada calle por la que mi hermano creía guiarme por primera vez. Eso era exactamente lo que se apoderó de mis sentidos cuando percibí el peculiar olor a cebada y levadura. Eso era lo que me pasó en Grassmarket, donde cada fibra de mi cuerpo sintió una nostalgia inexplicable.

—Es posible, sí —respondí en un tono neutral, obviando el esfuerzo que estaba haciendo mi cerebro por atar los cabos más surrealistas de mi vida.

—¿Hay algún lugar de esta ciudad con el que sientes algún tipo de conexión especial, buena o mala?

—Sí. Grassmarket me atrae y me provoca rechazo a partes iguales. Es como que me encanta estar ahí, pero al mismo tiempo me genera incomodidad. Sin embargo, el cementerio de Greyfriars me trae paz, me alivia —dije, a esas alturas, completamente dominada por la sobreestimulación de mis sentidos. William había conseguido que conectara con algo tan profundo que ni yo sabía que existía.

—Vale. —Titubeó unos segundos—. Tengo información suficiente como para sugerirte que te sometas a una sesión de regresión —declaró al mismo tiempo que se levantaba para coger su silla y acercarse más a mí.

—Lo he estado pensando desde que me lo dijiste, William y, no sé. No será hipnosis o algo así…

—No es hipnosis, tranquila, podrás volver a la consciencia en cualquier momento. Solo necesitas estar muy concentrada, pero tienes que confiar.

—Vale. Supongo… —acepté con cierta inseguridad—. Y la regresión esta, que no sé si estoy completamente segura de lo que es pero que voy a hacer porque me fío de ti, ¿me la haces tú o…?

—No, no, yo no sé guiarlas todavía, pero el profesor que da la asignatura en la universidad es uno de los mejores de Reino Unido.

De hecho, y perdóname porque me he adelantado antes de saber si accederías, ya he hablado con él y está deseando conocerte.

De repente me sentí como un mono de feria, aunque me lo tomé como algo que me beneficiaría a mí también. Me estaba dejando llevar, pero en ese momento sentía la necesidad de descansar de la conversación y, sin decir nada, me levanté para dirigirme a la barra a por otra ronda. Volví con otras dos copas y con más preguntas de las que me había llevado.

—Dudo que esta noche pueda conciliar el sueño, pero ¿y si me cuentas en qué consisten estas… sesiones?

—Temería que pensaras que estoy mal de la cabeza de no ser porque tú también pareces estarlo —exclamó riéndose y relajando la seriedad que habíamos creado entre los dos. Me reí secundando lo que acababa de decir y, por lo tanto, dándole luz verde para que pudiera explicarse sin cohibición.

—La terapia de regresión surge a raíz de la necesidad de dar respuestas a cosas que las sesiones de terapia convencionales no consiguen. Normalmente están asociadas a la búsqueda del origen de fobias, traumas o comportamientos cotidianos cuyo origen desconocemos.

—Se te está poniendo una cara de profesor de universidad… —dije alucinada con la rigurosa forma en la que contaba las cosas de repente—. Eso cayó en el último examen, ¿a que sí? —pregunté ocurrente, a lo que él reaccionó con la más adictiva de las risas.

—El caso es que hay determinados terapeutas formados en una práctica que, efectivamente, emplea hipnosis para desbloquear determinados recuerdos.

—¿Recuerdos?

—Sí, eso es. Recuerdos, normalmente episodios traumáticos que afectan a tu vida cotidiana y que mientras que tengan un origen desconocido para ti, jamás podrás superar. ¿Tienes alguna fobia que no puedas explicar?

—Me da pánico el mar y tragar pastillas muy grandes.

—Vamos, que te da pánico ahogarte —respondió convencido.

—Es posible, sí. —No lo había pensado nunca, pero no hay nada en el mundo que me dé más miedo que esas dos cosas y, efectivamente, ambas parecían tener en común el riesgo de ahogamiento. Cada vez estaba más interesada e intrigada por lo que William me contaba, así que inconscientemente me acerqué cada vez más a él.

—Vale, teniendo en cuenta que podrías ser un alma vieja, que no lo sabemos, esta terapia puede ayudarte a averiguar el porqué de estas fobias.

—¿Un alma vieja?

—Sí, un alma que ya ha estado en este mundo habitando otro u otros cuerpos.

Poco a poco, la conversación me atrapó de tal forma que lo único que quería era saber más y más. Muy a mi pesar, William decidió ponerle fin, pues, según él, de esa forma acudiría a la sesión con una opinión menos sesgada. El cierre brusco del diálogo me pilló con la guardia baja y, aunque querría pasarme hablando con él toda la vida, un silencio sepulcral se adueñó de nuestro momento. Fue entonces cuando, en un esfuerzo por reconectar con la única persona en meses que había conseguido que me olvidara de Pablo varias horas seguidas, intente iniciar otra conversación. Para cuando encontré las palabras, William ya había acortado la poca distancia que nos separaba. De pronto, su presencia volvió a invadir mis cinco sentidos y arrasó con todos ellos. Tal era su efecto en mi subconsciente que se me cerraron los ojos del gusto y, mientras esto sucedía, él aprovechó para inclinarse en mi dirección. Quise mirarle para comprobar que no estaba alucinando, pero opté por sentir lo que estaba a punto de ocurrir como mejor se perciben esas cosas: con los ojos cerrados y el corazón abierto de par en par.

Mentiría si dijera que fue como todas las primeras veces, algo predeciblemente convencional. Nada en ese beso fue normal, mi cuerpo entró en un estado de relajación y de paz difícil de explicar. Como si, de alguna forma, llevara siglos esperando ese momento. Por suerte, a pesar de la emoción de la situación, mi mente me

permitió sentir cada segundo de la forma más vívida. Tanto que, meses después, podría revivir la escena con placentera nitidez. En ese momento no podía pensar en nada que no implicara averiguar cómo se detiene el tiempo.

De camino a casa analicé la situación una y otra vez. Pensé en lo que otras relaciones me habían hecho sentir y en lo ridículas e insignificantes que eran de repente. Me di cuenta de que mis primeras sensaciones con William, de que ese flechazo casi desgarrador, no habían sido otra cosa que señales desesperadas por indicarme que ahí, con él, era donde tenía que estar. Y, de repente, mientras caminaba hipnotizada por el beso más bonito de mi vida, sentí la vibración de mi móvil en el bolso. Lo cogí para averiguar que el nombre de Pablo iluminaba la pantalla. Me estaba llamando y la sonrisa de tonta que había paseado por media ciudad se borró rápidamente.



IX



Semanas antes no le hubiera cogido el teléfono por puro orgullo, y esa noche no lo hice por indiferencia. No sabía qué quería, pero es que tampoco me importaba. Colgó, pero volvió a llamarme y esa vez, enfadada por la forma en que había interrumpido el pensamiento más feliz de mi vida, respondí.

—¿Sí? —dije bruscamente.

—Hola, Alba —escuché su voz al otro lado del teléfono y, contra todo pronóstico, no me hizo sentir absolutamente nada.

—Hola. ¿Qué te pasa? —pregunté, siendo de nuevo extremadamente fría con él.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú? —En realidad no me importaba su respuesta, pregunté por cortesía y porque es una frase hecha.

—Bien, pero me gustaría que, si tienes algún hueco esta semana, quedemos.

—Eso no va a ser posible —No esperé a que preguntara por qué —. No estoy en España.

—¿Dónde estás? —demandó con el mismo tono que, a lo largo de todos los años que fui su novia, empleaba para tener controlada mi vida. Más de una vez me llamó mientras tomaba algo con mis amigas para que le enviara mi ubicación en tiempo real.

—Lejos. En Reino Unido. —Tras mi respuesta, me di cuenta de que parecía despechada. Pero no, ya no estaba despechada, simplemente me era indiferente, así que cambié el tono a favor de la

felicidad que acababa de recuperar y me propuse ser más amable en la siguiente respuesta.

—¿De visita para ver a tu hermano?

—¡Qué va! Vivo aquí ahora.

Un silencio largo se adueñó de la tensa conversación.

—¿Tienes pensado volver a Madrid pronto o…?

—No —le interrumpí—. La verdad es que no creo que vuelva en un tiempo.

Otro silencio incómodo. Me moría de ganas por colgar para, entre otras cosas, seguir pensando en William toda la noche.

—Vale, bueno. Perdón, pero es que me has dejado sin palabras. No me habías contado que te mudabas a Edimburgo.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho, Pablo? —No contestó a eso.

—Bueno, ¿te puedo pedir un favor? Sé que no tengo derecho a hacerlo, pero te suplico que, si vuelves, aunque solo sea por unos días, me avises. Por favor.

—Vale —contesté sabiendo perfectamente que eso no iba a suceder.

Y entonces colgamos y no volví a saber de él en semanas.

Esa noche dormí tan plácidamente como la siguiente y la siguiente después de esa. La imagen de William ocupaba todos mis pensamientos, tanto que eliminó a Pablo repentina y drásticamente. Ni siquiera Agnes se atrevió a desviar mi atención hacia ella. Al menos no hasta pasadas unas semanas, cuando, de nuevo, sucedió algo. No tuve un episodio de parálisis del sueño, pero sí una pesadilla tan vívida que, todavía hoy, la recuerdo como si de verdad hubiera ocurrido. Soñé que estaba en Grassmarket, sola, con mucho frío y completamente calada por la lluvia. Llevaba un vestido blanco y estaba descalza. La plaza estaba desierta y no escuchaba más que algún que otro cuervo sobrevolándola. De repente, unos pasos fuertes y decididos me hicieron girarme, pero seguía sin ver a nadie. Mientras buscaba al dueño de las pisadas me percaté de otro sonido, el de una cuerda al tensarse. Miré de reojo hacia la izquierda y me

pareció intuir una estructura de madera, alta e imponente en el centro de Grassmarket. Me armé de valor y miré hacia donde, efectivamente, se encontraba lo que había sospechado ver: una horca. De ella colgaba una chica cuyo rostro no podía distinguir, el pelo lo ocultaba por completo. Tenía un vestido de color hueso y los pies cubiertos de sangre que se mecían bruscamente. Sentí un escalofrío demoledor justo antes de que el cuerpo sin vida de esa mujer cayera al suelo haciendo mucho ruido. Yo misma sentí la caída en mis propias carnes y, sin esperarlo, me di cuenta de que yo también estaba tirada en el suelo. Recuerdo también, aunque de forma muy borrosa, que tuve a Agnes más cerca que nunca. Me abrazaba y lloraba desconsolada mientras recitaba lo que me pareció una oración en latín.

Me desperté sobresaltada y completamente empapada en sudor. Abrí los ojos de par en par, asustada porque creía haber vivido algo muy real segundos antes. Busqué a Agnes por toda la habitación, en un desesperado intento por encontrar la paz que siempre me otorgaba. No la encontré, pero empecé a sentir mucho frío en los pies. Un frío húmedo que consiguió que encendiera la luz para averiguar qué estaba ocurriendo. Sangre, densa y oscura, recorría mis piernas hasta los pies. También las manos las tenía manchadas. No me dio tiempo a analizar la situación antes de dar un salto de la cama para dirigirme al baño. Cuando llegué, ya no había sangre, había desaparecido. Pensé que lo había soñado cuando, de repente, me miré en el espejo y tuve que cerrar los ojos y rezar por despertarme. Tenía una horrorosa quemadura horizontal que me rodeaba el cuello. Quería tocarla, así que acerqué mi mano lentamente, completamente aterrorizada. Escocía, escocía mucho. Para ese momento ya estaba en estado de *shock* y, aunque al principio no podía apartar la mirada de la escena que se reflejaba en mi espejo, conseguí volver a la cama con paso acelerado. Me arropé entera, cabeza incluida, y volví a cerrar los ojos con fuerza. Más tarde, en algún momento de esa agónica y surrealista experiencia,

me quedé dormida rezando unas oraciones que ni siquiera recordaba que sabía.

Lo cierto es que le pedí a Dios que la noche acabara pronto, pero no se me concedió. Es más, volví a tener una pesadilla. En esa ocasión ya no estaba en Grassmarket, sino en el cementerio de Greyfriars. Recuerdo que la herida en el cuello dolía mucho y yo caminaba descalza dejando gotas de sangre por el césped con cada paso. Miré al cielo e intuí que serían en torno a las seis de la mañana, pues empezaba a amanecer, pero la oscuridad todavía predominaba en el camposanto. Paré bajo un árbol cuyas hojas mojadas me empapaban el pelo; justo entonces un ruido me puso en alerta. A mi derecha, por el camino de tierra que llevaba a la iglesia de Greyfriars, vi a un grupo de mujeres tapadas de pies a cabeza, escondidas bajo capas negras. Delante de ellas, un grupo de cuatro personas con capuchas marrones transportaban un ataúd sobre sus hombros.

Era un cortejo fúnebre. Sentí escalofríos y solo quería despertarme, pero mis pies me empujaron a seguir la tenebrosa procesión. Caminaban despacio y con marcado ritmo, pero en absoluto silencio. Nadie parecía percatarse de mi presencia, era invisible. Les seguí hasta la iglesia. Una iglesia que todavía no había visitado y que, sin embargo, se presentó ante mí tal y como era en realidad. Una vez dentro los encapuchados anduvieron por el pasillo hasta detenerse en el centro de este, donde se agacharon lentamente para depositar el ataúd en el suelo. Yo me quedé en la entrada, completamente petrificada, observando cómo no había un solo hueco libre en todos esos bancos. Estaban ocupados por las mujeres vestidas de luto que había visto fuera, algunas hablaban bajito, otras sollozaban y se secaban las lágrimas con pañuelos negros. Alguien muy importante en la ciudad había fallecido, pues nadie parecía querer perderse su último adiós.

Estaba completamente aterrorizada, pero mi curiosidad era superior. Decidí acercarme al último banco para pedirle a alguna de esas mujeres que arrojara algo de luz a lo que estaba presenciando.

—Disculpe —susurré—, ¿quién se ha muerto?

La señora que ocupaba una de las esquinas del banco giró lentamente la cabeza en mi dirección y, tras mirarme de arriba abajo, cuando llegó a mi cara se tapó la boca con las manos temblorosas y emitió un grito de puro terror. Fue tan desgarrador que el resto de los asistentes se voltearon para observarnos. De repente, yo era el centro de atención. Todos, incluidos los encapuchados que velaban el ataúd, me miraban con los ojos abiertos como platos. La señora seguía gritando tan fuerte que tuve que taparme los oídos con las manos. Cerré los ojos con fuerza para intentar despertarme, pues sabía que estaba dormida y, de repente, el chillido cesó. Abrí los ojos lentamente, deseando encontrarme en mi habitación, pero seguía en el mismo sitio. La mujer a la que me había dirigido estaba frente a mí, de pie, mirándome, pero aún con el velo de encaje negro que difuminaba sus rasgos. Entonces, levantó la mano derecha, con la que sujetaba un rosario, y tras señalar mi cuello con el dedo índice, dijo solemnemente: «tú».

Desperté en ese preciso instante, de nuevo sudando y con las mejillas empapadas por las lágrimas y el corazón a mil por hora. Me incorporé levemente y abrí mucho los ojos, intentando descifrar lo que mi subconsciente acababa de mostrarme. Se me erizó la piel cuando una presencia pareció esconderse tras la puerta del baño. Era como si me hubiera estado observando todo ese tiempo y ahora buscara ocultarse. Sin saber muy bien cómo, encontré el valor suficiente para incorporarme con la decisión necesaria para dirigirme hacia el recoveco donde creía que estaba. La luz del día ya alumbraba parte de la habitación y supongo que eso fue lo que me hizo sentir segura, protegida. Crucé la habitación en dos segundos, pero cuando abrí la puerta de par en par, ya no había nadie. Quien quiera que estuviera ahí se había esfumado en mis narices, pues ni siquiera había apartado la vista. Me quedé paralizada, presa de la sugestión y con la creencia cada vez más firme de que me estaba volviendo loca.

Volver a la cama para intentar conciliar el sueño ya no era una opción, así que me vestí con lo primero que vi. Unos *leggings*, una sudadera y unos botines de borreguillo. Era un domingo a las siete de la mañana y la calle estaba vacía. Salí de la casa de mi hermano y me dirigí hacia la parada de autobús más cercana. Una vez en la Royal Mile, pedí un café para llevar y recorrí la arteria comercial sin rumbo. Bajé hasta el palacio de Holyrood y, cuando llegué, me senté en un banco del que no me moví hasta que la calle empezó a estar algo más concurrida. Cuando volví en mí después de la noche más espantosa de mi vida, quise apartarme del bullicio de turistas que ya saturaban la acera y mis pensamientos, así que entré en una cafetería. Mientras me proponía disfrutar del segundo café de esa mañana, sonó mi móvil. Tal y como el agente inmobiliario me había adelantado, la señora Garfrae se pondría en contacto conmigo sin previo aviso y así lo hizo. Solicitaba una videollamada que acepté tras unos segundos de puros nervios.

—Buenos días, señora Garfrae —contesté amable cuando Margaret apareció en mi pantalla. Era una señora muy atractiva, con el pelo canoso cuidadosamente recogido en una coleta baja, los ojos claros como el cristal, y vestía una blusa con chorreras en tonos rosa pastel que, personalmente, me encantó.

—Buenos días, Alba. Un gusto hablar contigo. ¿Tienes unos minutos? —preguntó en un precioso acento escocés.

—¡Claro que sí!

—Bien. Eres la última persona a la que voy a entrevistar esta semana. Sé que es domingo, espero no haberte molestado, pero me gustaría alquilar el estudio lo antes posible y eres de mis candidatas favoritas —siguió hablando sin que pudiera intervenir—. ¿A qué te dedicas, Alba?

—Soy profesora de inglés, pero ahora mismo no estoy ejerciendo.

—Ya veo… ¿Estás de paso, entonces?

—¡No, no! —exclamé con excesiva decisión, pues no quería que pensara que abandonaría su vivienda pronto—. Mi plan es quedarme en Edimburgo indefinidamente. Estoy buscando trabajo —mentí.

—Hmmm… —dijo pensativa, haciendo que me arrepintiera de no haber mentido sobre mi situación laboral. Entonces rectifiqué.

—Bueno, de hecho, seguramente me cojan en uno al que apliqué la semana pasada. Como también soy historiadora, voy a dejar la enseñanza y probar como guía para turistas. Mi hermano trabaja en una compañía de tours y tengo el puesto casi asegurado.

—Cualquier razón es buena para quedarte, ¿verdad? —Me caló enseguida.

—Sí —contesté aliviada y con una ligera risa.

—¿Y tienes pareja? ¿Convivirás con ella?

—No tengo pareja, viviré sola.

—Al menos de momento, ¿no? —añadió con humor. Es como si la señora Garfrae intuyera que, a esas alturas, ya me habría enamorado de algún escocés guapo.

—Al menos de momento —corroboré imitando su tono desenfadado.

—¿Alguna mascota?

—No. —Esa repuesta fue más fría, pues no pude evitar acordarme de Bowie. Su recuerdo siempre me ponía muy triste y hasta se me humedecieron los ojos, pero disimulé bien. Seguimos hablando un rato largo. Teníamos gustos en común y me sentí muy cómoda en la conversación. Claramente ella también, pues, a pesar de que la entrevista había empezado regulín, con un tono bastante alegre y una sonrisa solemne, afirmó:

—Si lo quieres, el piso es tuyo.

No me lo podía creer. Había conseguido el estudio de Cowgate con el que tantas noches había soñado. Por fin tendría mi propio espacio, por fin podría decorarlo a mi gusto, centrarme en buscar trabajo y empezar, de una vez por todas, de cero de verdad. Después de mi emotiva reacción, Margaret me aseguró que la inmobiliaria se pondría en contacto conmigo para la firma del contrato y la entrega de llaves. Me despedí de ella muy feliz y agradecida y, de repente,

todos los recuerdos oscuros que traía de casa se esfumaron. Estaba a punto de llamar a mi hermano para contarle la buena nueva cuando, entre el bullicio de personas que caminaban frente a la ventana de la cafetería, me pareció ver a William. Deseé con todas mis fuerzas estar alucinando, pues había salido con lo puesto y no era así como quería que me viera. No después de la noche tan bonita que habíamos vivido unos días antes. Cogí mi café y me cambié a una mesa al final del local, donde me senté dando la espalda a la puerta. Entonces la oí abrirse, pero no me giré, más bien me faltó esconderme. Entonces oí su voz, tan grave y dulce al mismo tiempo. *Que no me vea, que no me vea, que no me vea,* recé para mis adentros para que no se le ocurriera echar un vistazo por el local mientras esperaba su pedido. Después de un breve silencio, la puerta se volvió a abrir e intuí que se acababa de ir. No me cercioré de ello, simplemente cogí mi café para volver a sentarme frente la ventana y, justo cuando estaba a punto de emitir un suspiro de alivio, noté que alguien se acercaba por detrás.

—¡Joder! —exclamé, sin querer, en voz alta. O, al menos, lo suficiente para que la pareja que había en la mesa de al lado me mirara. Les pedí perdón con las manos.

—*Hey, lass!* —exclamó mientras se inclinaba para darme un beso en la mejilla.

—¡Hola! —fue lo único que pude responder.

—Te he llamado.

Entonces, sin articular palabra, le miré extrañada al mismo tiempo que buscaba mi móvil en mis bolsillos. No recordaba haber recibido ninguna llamada suya, pero al mirar el registro comprobé que había sido justo cuando hablaba con Margaret, por lo que no se lo había podido coger.

—¡Ay! Es que estaba hablando con la casera de mi nuevo piso. He encontrado un estudio en Cowgate, estoy contentísima —respondí, entusiasmada por ver su reacción.

—¡Eso es fantástico! No sabes cuánto me alegro. —Justo la respuesta que esperaba, que vino acompañada de su preciosa

sonrisa y de un abrazo en el que me fundí, como siempre hacía.

—Gracias —respondí sincera—. Pero bueno, ¿qué querías decirme? ¿Por qué me habías llamado?

—Ayer estuve hablando con el doctor Blackwood —me informó mientras ocupaba la silla de al lado.

—Perdona, ¿con el doctor quién?

—¡Blackwood! Mi profesor, el de las terapias de regresión —me explicó en un tono a medio camino entre la excitación y la incredulidad por el lamentable estado de mi memoria.

Mentiría si dijera que no me decepcionó saber que me buscaba por lo de las terapias de regresión y no por lo que había sucedido la última vez que nos vimos. De repente, mi estado de felicidad se vio contaminado por los recuerdos de la noche anterior. Creo que notó que no me había hecho ilusión su respuesta, así se inclinó hacia mí y me abrazó fuerte. Cuando su olor se volvió a apropiar de mí, destensé todo el cuerpo. Un pequeño nudo en la garganta se me fue formando poco a poco al notar cómo, cuando él estaba cerca, los demonios desaparecían. Quería contarle todo lo que me había ocurrido la noche anterior, pero no lo hice, sino que decidí recrearme en ese abrazo sin ninguna intención de interrumpirlo. Fue entonces cuando nuestras frentes se tocaron y me dio un beso muy suave. De esos en los que los labios de ambos se van despegado lentamente. Se me quitaron las ganas de llorar, pero las pesadillas que aún rondaban mi cabeza permanecieron.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando nos separamos, sujetando mis hombros con sus grandes y fuertes manos.

—Sí, claro. No he dormido mucho esta noche, eso es todo —mentí.

—¿Has tenido pesadillas otra vez?

—Voy a tener que buscar otro término para referirme a ellas, porque pesadilla se queda cortísimo en mi caso.

—Creo que ha llegado el momento de que conozcas al doctor Blackwood. ¿Me acompañas?

—Sí, sí —dije convencida, pues de repente supe que la ayuda había llegado en el momento perfecto.

Después de que ambos termináramos nuestros cafés tranquilamente, hablando de todo menos de la terapia de regresión a la que estaba a punto de someterme, salimos del local cogidos de la mano. Fue él quien dio el paso y yo, emocionada por la iniciativa, respondí sujetando su mano bien fuerte. Nos recorrimos la ciudad como una pareja, riéndonos, hablando sin parar y besándonos en prácticamente cada esquina. Todavía hoy me entusiasma el poder que siempre ha tenido para cargarse cualquier atisbo de pensamiento feo e intrusivo. Cuando estaba con él, todo parecía estar bien, aunque casi nada lo estuviera realmente. Los fantasmas desaparecían y, con ellos, el miedo a las pesadillas y a lo reales que se habían vuelto. Un rato después, tras cruzar el puente de Waverly hacia la New Town y recorrernos varias de las calles más señoriales de la ciudad, llegamos a la unidad de parapsicología de Koestler Institute.



X



El doctor Blackwood tenía un despacho en el Instituto Koestler, donde William acudía a recibir sus clases en parapsicología dos días a la semana. Se encontraba en el número 7 de George Square. Cuando llegamos a la entrada me detuve a observar el edificio, de estilo georgiano, no muy alto pero placenteramente simétrico. Sus ventanas de guillotina y la arenisca oscura situaban su origen en algún momento entre finales del siglo XVIII y principios del XIX. Me dio mucha envidia que William tuviera la suerte de acudir a clases en semejante espectáculo arquitectónico y, seguramente, verlo normal. Después me fijé en la portada, que tenía columnas incrustadas y la cara de una mujer esculpida en la parte central. Según pude leer en la placa, se trataba de un antiguo colegio para chicas, fundado en 1871 y cerrado en 1974, era entonces conocido como George Watson Ladies College. Los azulejos antiguos que decoraban las paredes de su interior eran capaces de trasladarte a esa época, así como los pomos, de latón envejecido, que lucían atornillados a los pasamanos de madera de las imponentes escaleras. Escaleras que subimos hasta el segundo piso, donde nos recibió un señor que, por la forma en que saludó a William, supe que tenía que ser el famoso Patrick Blackwood. William me presentó:

—Profesor, esta es Alba. —Me encantaba oírle pronunciar mi nombre.

—¡Encantada, doctor Blackwood! —respondí estrechándole la mano.

—¡Alba! —exclamó en un tono sorprendentemente cálido—. William me ha hablado mucho de ti. Estoy deseando que trabajemos juntos —me aseguró justo antes de invitarme para que fuera tras él.



Caminé por el largo pasillo hasta que me di cuenta de que William no nos acompañaba, por lo que pedí un segundo al doctor y volví a su lado para averiguar por qué.

—¿No vienes?

—¡No! —contestó riéndose—. Lo haría encantado, pero creo que tú y yo hemos atravesado los suficientes límites como para que la sesión no vaya como tiene que ir. Ve tranquila y luego, si quieres, me cuentas todo. —Entonces, sin dejarme responder, se acercó para darme un beso en los labios. Uno cortito, pero sentido y dulce como él—. Te espero abajo.

Me temblaba hasta el alma, así que agradecí, al menos, contar con una neurona apta para verbalizar un insulso «vale». Entonces, bajó las escaleras y yo me giré para encontrar el despacho en el que su profesor me estaba esperando. Era amplio, pero quedaba empequeñecido por la cantidad de librerías que ocupaban hasta el último centímetro de las paredes, del suelo al techo. Todas ellas cargadas de libros, diplomas y vitrinas con plumas antiguas que, intuí, coleccionaba. Entonces, su imponente y grave voz interrumpió mi expedición visual.

—Por favor —dijo invitándome a ocupar un sillón azul que se encontraba frente a su escritorio. Obedecí mientras él bajaba un estor que acabó con la poca luz que entraba por la ventana.

Entonces, encendió una lámpara de pie que emitía una luz cálida y muy acogedora. Él se sentó en su silla tras la enorme mesa y, tras varios minutos de silencio incómodo, comenzó a contarme lo que ya me había explicado William. Me explicó que estaba formado para conducir terapias de regresión, que por favor dejara fluir mis pensamientos y que le dijera todo cuanto se me pasara por la

cabeza por estúpido y surrealista que me pareciera. Me advirtió de que el éxito de la terapia no estaba asegurado, pero que era realmente útil para dar con algún que otro trauma latente en mi vida. Traumas que, en muchos casos, llevaban a sus pacientes a conocer vidas de cuya existencia no eran conscientes hasta ese momento. A mí todo eso me seguía pareciendo extremadamente surrealista, pero no tanto como lo que Edimburgo me estaba haciendo vivir desde el primer día. Tras firmar un hoja de consentimiento, cuyas cláusulas no me molesté en leer, me ayudó a relajarme con unos ejercicios de respiración. Pasados unos minutos todos los músculos de mi cuerpo estaban completamente relajados. Me pesaban los párpados y, aunque su voz empezó a sonar algo lejos, le escuchaba con claridad. Su voz era calmada y tranquilizadora, así que no fue difícil dejar que todos mis sentidos se rindieran a su favor.

En ese punto ya me encontraba plenamente relajada. Lo sé porque, a pesar de estar sentada, sentía que flotaba. Tenía la cabeza apoyada en la orejera del lado izquierdo, la boca entreabierta y las manos palma arriba sobre mis piernas. Ahora agradezco que William no estuviera ahí para ser testigo, una vez más en menos de dos horas, de semejante careto. Acto seguido, el doctor Blackwood me advirtió de que la sesión estaba a punto de empezar, que me mantuviera relajada, que no abriera los ojos bajo ningún concepto y que estuviera muy atenta a lo que tenía que decirme. Fue entonces cuando comenzó a decir años hacia atrás.

—1920, 1840, 1730, 1660, 1510, 1450…

Cuando llegó a un año antes de Cristo, que no recuerdo bien, me pidió que eligiera la fecha que mi cabeza había retenido. No me costó olvidar el resto para centrarme en un año muy concreto: 1843. Este sonó y resonó en mi cabeza, con una voz que no era la mía, el tiempo que duró el silencio en la sala. A continuación, pareció cambiar de tema al dibujar un paisaje imaginario que visualicé a la perfección gracias al detalle de sus descripciones. Consiguió que mi mente me trasladara al jardín de una casa lleno de flores y plantas

por todas partes, con una fuente en el centro, un banco de hierro blanco a un lado y un espejo gigante al final del camino. Este elemento fue lo que más llamó mi atención, pero el doctor Blackwood evitó que llegara hasta él tras invitarme a sentarme en el banco. Sentí el frío del metal en mi espalda perfectamente. Tras permitirme observar detenidamente todo lo que tenía a mi alrededor, me guio hacia el espejo.

—Acércate al espejo, Alba. Dime qué ves.

Sentí que estaba caminando, iba descalza y la arena del suelo picaba. Me acerqué hasta el espejo y miré con miedo, pero no veía nada. Ni siquiera mi reflejo, solo el jardín, la fuente y el banco que había dejado atrás. Le contesté que no había nadie y, tras pedirme que repitiera el año que rondaba mi cabeza una y otra vez, una silueta se dibujó ante mí. Era yo, pero tenía una ropa distinta a la que llevaba puesta ese día. Empecé a recorrer la figura de arriba abajo, lentamente. Tenía unos zapatos negros, con la punta redondeada, una tira de terciopelo de un lado a otro del empeine y tacón cuadrado. Llevaba un vestido con volumen, también negro, que caía unos centímetros por encima de mis tobillos. Seguí subiendo hasta que llegué a la cintura, claramente ceñida por un corsé con forma de uve. El cuello del vestido era alto, también apretado y sujeto por una lazada de color hueso. El diseño estaba cubierto de encajes con forma de flor, no muy llamativos al estar trabajados sobre un tejido tan oscuro. Sin embargo, yo me recreé en los detalles y observé cada milímetro del atuendo hasta que Blackwood me interrumpió.

—Dime qué ves.

Tras describir el vestuario de la chica que tenía delante, me armé de valor para mirarla a la cara. Tenía mi cara, pero estaba distinta. Era pelirroja, dos tirabuzones caían a ambos lados de mi rostro mientras que el resto del pelo estaba recogido en un moño alto y, de mis orejas, colgaban unos pendientes de plata con una piedra preciosa de color azul. Cuando levanté las manos para tocarme la cara, también observé que llevaba unos largos guantes que subían

hasta el codo. Sobre ellos, en el dedo anular, llevaba un anillo grueso con simbología celta tallada a lo largo de toda la circunferencia. Le conté todo lo que estaba viendo, no me dejé ni un detalle. De repente, la cara de la chica que estaba viendo, que al principio se parecía a mí, dejó de hacerlo y me asusté. Me asusté tanto que abrí los ojos sin permiso.

—Lo siento, lo siento, lo siento… —exclamé llorando.

—Tranquila, ha sido tu subconsciente el que ha decidido que ya era suficiente. ¿Estás bien? —preguntó acercándose a mí, pero respetando mi espacio.

—Deme un momento, por favor —le pedí al mismo tiempo que aceptaba un pañuelo para secarme las lágrimas.

Intenté relajarme cerrando los ojos y no fue buena idea, pues al hacerlo volvió a mi mente la imagen que había visto instantes antes. Era más borrosa, pero todavía podía verla. Entonces decidí mirar al Dr. Blackwood, que me observaba intrigado, pero con apariencia calmada. Tras varios minutos esforzándome por recuperar la compostura, bebí agua de una botella que el doctor había dejado a mi lado y conseguí verbalizar mi percepción de lo ocurrido.

—Estaba frente al espejo, doctor. Estoy segura de que era yo la que estaba frente a él. Pero, de repente, era otra persona. Tenía una ropa muy antigua, de la época victoriana.

—Es muy interesante lo que cuentas, Alba. Eres la primera paciente que ve las cosas con tanta nitidez en una sola sesión. Normalmente esto sucede la tercera o cuarta vez que nos vemos.

No sé si su intención era tranquilizarme, pero no lo consiguió.

—Estate tranquila que, si tú quieres, yo te voy a ayudar a llegar al fondo del asunto. Creo que tienes cosas que resolver y sé que estas sesiones van a arrojar luz sobre tus dudas muy pronto.

—Gracias —contesté sin saber muy bien qué tenía que decir.

—Es suficiente por hoy. Ve a descansar y no le des demasiadas vueltas a lo que has visto. Lo normal es que los pacientes salgan del estado de trance sin mucha información, pero tú has alcanzado

demasiados datos que recordar y temo que eso pueda afectar la terapia.

El doctor Blackwood no sabía con quién estaba hablando. Si alguien le daba vueltas a las cosas una y otra vez, esa era yo. Por mucho que me esforzara, todo lo que acababa de ver se adueñaría de mi mente a un nivel que ni yo misma podría controlar. A partir de ese día, Agnes tendría que compartir habitación con quien fuera que se había presentado ante mí en el espejo. Mientras que Blackwood hacía unas anotaciones en su cuaderno, temblorosa, le escribí a William que estábamos a punto de terminar y que necesitaba irme a casa.

Me contestó inmediatamente. Estaba abajo, en el *hall*. No se había movido de ahí en todo este tiempo. Tras despedirme del doctor Blackwood, el cual me animó a volver en unos días para continuar con la sesión, bajé las escaleras lentamente. No tenía prisa por encontrarme con William, pues necesitaba decidir qué contarle, qué no, de qué forma y hasta qué punto. Cuando llegué al último escalón, alcé la vista y me lo encontré enfrente. No dijo nada y, supongo que por el rastro que las lágrimas habían dejado en mi cara, se limitó a abrazarme. Pasados unos segundos intentó separarse para mirarme, pero no le dejé. Me aferré a él con tanta fuerza que él respondió abrazándome aún más fuerte. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero juro que eso era lo único que el cuerpo me pedía en ese momento.

Cuando salimos de la facultad, esperaba un interrogatorio por su parte, pero no. Me echó el brazo por encima, de nuevo aportándome el calor que necesitaba. No preguntó nada. Respetó el silencio que sabía que la situación precisaba y, tras cruzar la empedrada vía de George Square, solo abrió la boca para decirme que me acompañaba a casa.

—Si tienes miedo o sientes que necesitas compañía, por favor, me llamas —pronunció en un tono inquisitivo con el que me dejó bien claro que había llegado a mi vida para cuidarme.

Asentí con una sonrisa que terminó proyectada en el suelo.

—¡Ah! Y otra cosa, *lass*, perdóname por insistir en que te expongas a esto. Igual ha sido una idea precipitada… —Esta vez, pude notar como era él quien agachaba la cabeza.

Me dio un tímido beso en la mejilla, se dio la vuelta y desapareció por la esquina de Candlemaker Row en dirección a Grassmarket.

Un sentimiento de culpabilidad enorme se hizo con el control de mis emociones. Pensé que no tenía derecho a hacerle sentir mal por haberme intentado ayudar. Quise ir tras él, pero estaba saturada y apenas me quedaban fuerzas. Me sentí egoísta, pero decidí que lo mejor era intentar dormir. Mi hermano y Abby no estaban en casa, así que subí a mi habitación y caí en un sueño tan profundo que me desperté, sin querer, cuando ya era de noche. Cogí mi móvil para comprobar que eran las siete de la tarde. Llevaba seis horas durmiendo y seguramente tendría cientos de miles de mensajes de mi hermano, con el que llevaba un día entero sin hablar. Me sorprendió que no fuese el caso, por eso decidí escribirle yo misma para, como él siempre me pide, dar señales de vida. Y justo cuando me disponía a abrir su conversación, la pantalla se oscureció y unas letras blancas dibujaron el nombre de Pablo. Me estaba llamando. Otra vez.

Reconozco que quise cogerlo, pero me obligué a no hacerlo. Colgó pasados unos segundos y volvió a llamar. Yo seguía sin responder, pero él insistía. Llamó cuatro veces seguidas y se lo cogí a la quinta. No me dejó saludar, pues en seguida exclamó:

—Alba, estoy aquí.

—¿Que estás dónde? —Le había escuchado muy bien, pero prefería pensar que me lo había imaginado.

—En Edimburgo. En High Street, creo. ¿Te suena?

—Ay, Dios, Pablo… ¿Qué narices estás haciendo? —pregunté llevándome la mano a la frente.

—Tenía que verte, Alba.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero verte a ti? —Se produjo un tenso silencio que casi me hace colgar.

—Por favor, Alba. Solo quiero verte un momento. Prometo que, después de decirte todo lo que necesito decirte, te dejo en paz. Dime dónde vives y me acerco.

—No —respondí sonando claramente inflexible—. Quédate ahí, que ya voy yo.

No sé por qué cedí con tanta facilidad, pero si había venido hasta Escocia por mí, supongo que era lo menos que podía hacer.

Antes de salir de casa, me di una ducha, me maquillé sutilmente y me cambié de ropa. Llevaba todo el día con los *leggins* y la sudadera y, aunque no me apetecía arreglarme para él, el cuerpo me lo pidió. Elegí una falda de satén negro, un jersey de cuello alto que metí por dentro de la misma y un abrigo camel. Me puse los primeros botines que vi, me perfumé el cuello y las muñecas y bajé a la calle. Hacía frío, así que me arropé cruzándome el abrigo con las manos. El trayecto en autobús fue lo más parecido a un trance mental, tenía tantas cosas tan sustanciales en la cabeza que no sabía ni por dónde empezar a analizar la situación. Llegué a Victoria Street en pocos minutos, nerviosa, intrigada y algo enfadada. De camino a High Street pensé en William y recé por que, esta vez, no nos encontráramos. No quería, bajo ningún concepto, que me viera con él.

Así, abrumada por todo lo que se me pasaba por la cabeza, llegué hasta donde me había indicado que esperaba. Le encontré apoyado en una esquina y, al contrario que yo, no parecía muy nervioso. Tenía una pierna apoyada en la pared y miraba su móvil tranquilamente, como si no acabara de recorrerse más de dos mil kilómetros para buscar a su exnovia. Pero así era él, impulsivo y cabezota. Tras prepararme mentalmente para no parecer rencorosa, me detuve delante de él con una sonrisa forzada y sin decir palabra. Él respondió dándome un abrazo ante el cual me quedé completamente tiesa. Ni siquiera me apetecía corresponderle, así que no tardó en apartarse.

—¿Me llevas a algún sitio en el que podamos hablar? —solicitó levantándome la barbilla con la mano para que le mirara a los ojos.

Había imaginado ese momento durante meses y, ahora que por fin se estaba produciendo, sentí cierto asco. Bueno, no sé si asco es la palabra, pero rechazo seguro que sí. Asentí y decidí que nos alejáramos del caso antiguo lo máximo posible. Le llevé hasta Rose Street, en la New Town. Allí había muchos bares y restaurantes y, aunque seguramente no estaríamos solos, tampoco lo pretendía. Me pasé todo el camino escuchándole. Me estaba poniendo al día de su vida, aunque nadie le había preguntado. Me dijo que le habían ascendido en el trabajo, que se había mudado al barrio de Salamanca y que su hermana estaba embarazada. Me alegré mucho por esto último, pero apenas reaccioné al resto de las cosas. Pablo siguió con su monólogo hasta que llegamos a la terraza del pub en la que quería que nos sentáramos. Me dijo que prefería un lugar más tranquilo, pero yo respondí sentándome en una de las sillas, dejando claro que no pensaba moverme de ahí. Él me imitó y, tras pedir un par de copas a la camarera que salió a atendernos, comenzó un discurso, claramente estudiado, diciendo:

—Alba, vuelve a Madrid conmigo. Te lo suplico.



XI



El 25 de noviembre amanecí en Madrid. En una cama que Pablo y yo habíamos vuelto a compartir. Había vuelto a España hacía dos semanas, presa de una decisión claramente motivada por el caos de sentimientos que me impedían pensar con claridad. Tomé el camino fácil y hui. Hui de las pesadillas, de las apariciones fantasmales, de la terapia agresiva, de los sudores fríos, de las horcas imaginarias, de los escalofríos constantes, de la imagen que me enseñó el espejo del doctor Blackwood, y del amor tan fuerte que empezaba a sentir por una persona y de cuya reciprocidad no estaba segura al cien por cien. Hui de todas las cosas de las que, en realidad, nunca me quise alejar. Me despedí de William por teléfono, pues sabía que, si le veía antes de coger mis maletas, jamás me hubiera ido. Como siempre he odiado las despedidas, le mentí diciéndole que tenía que volver a España unas semanas para solucionar algunas gestiones. Y, de repente, ahí estaba, una vez más en el punto de partida. Pablo jamás supo de la existencia de William y a William nunca le conté que había vuelto con Pablo. No era feliz, pero, en mi cabeza, era la idea más coherente.

Tras frotarme los ojos y quedarme un rato mirando el techo de la habitación, cogí el móvil. Tenía mensajes de William, de mi hermano, de Abby y de la señora Garfrae, a quien también había dejado tirada días antes de la pactada entrega de llaves. Me esforcé mucho por no contestar ni un solo mensaje, pero se me encogía el corazón cada vez que leía el nombre de William en la pantalla. Le había cambiado el nombre para evitar conflictos con Pablo. Ahora aparecía como

Lad, que es chico en escocés, en alusión al apodo cariñoso con el que él me había bautizado a mí. Sabía que Pablo podía intuir que se trataba de un hombre y, en el fondo, deseaba que nos descubriera. Me levanté y miré por la ventana, fantaseando con ver algo que me emocionara la mitad que mi querida Edimburgo. En su lugar, solo encontré una fachada de gotelé blanco y una frutería de barrio. Me deprimí mucho, aunque no tanto como cuando vi que hacía sol y que el cielo estaba despejado, confirmando así que ya no estaba en mi lugar feliz. Corrí la cortina de nuevo y me quedé observando a Pablo, que dormía plácidamente, ajeno al mar de dudas en el que yo me ahogaba poco a poco. Le miraba y no sentía lo mismo. Había pasado de ser el amor de mi vida a un hombre cualquiera. Un hombre que, por desgracia para mí, todavía en ese momento representaba confort y estabilidad.

Me dirigí al vestidor. Elegí un vestido de punto blanco, unas bailarinas rosas con la puntera blanca y un abrigo camel. En Madrid no necesitaba las enormes bufandas de *cashmere* escocés, incluso esa pequeña referencia me encogía el corazón. Salí a la calle en busca de una cafetería en la que pasar gran parte de la mañana. Tras dos cafés acompañados de un sinfín de pensamientos agotadores, decidí escribir a Julia. Ni siquiera le había dicho que había vuelto, pero estaba claro que necesitaba su compañía. Ese día libraba en el trabajo, así que, en cuanto supo que estaba en Madrid, vino a verme.

—¡Alba, tía! ¿Qué haces aquí? —exclamó con los ojos muy abiertos mientras se abalanzaba a darme un fortísimo abrazo. Uno de esos que, cuando tienes un nudo en la garganta, lo acaba detonando. Y así fue, lloré en su hombro un buen rato mientras Julia me frotaba la espalda sin decir nada.

—Pues aquí estoy —contesté secándome las lágrimas y esforzándome por restar grados de importancia a la decisión más pésima que había tomado.

Julia no estaba al día. Sabía de la existencia de William, claro, y también que nos besamos. Le había contado que Edimburgo me

hacía feliz y que no tenía pensado volver a España; pero nunca que Pablo había venido a por mí y que, evidentemente, lo había conseguido. Cuando lo supo, se echó las manos a la cabeza, sorprendida a la par que disgustada. Quise darle sentido a mi estúpida decisión, pero ¿cómo hacerlo cuando ni yo misma estaba convencida? Me preguntó por William, claro, pero evadí el tema encogiendo los hombros, reteniendo de nuevo las lágrimas que casi brotaban solas. Tras varias preguntas que contesté con monosílabos, consideré que si alguien podía escucharme sin juzgar era ella, así que me armé de valor, pedimos otra ronda y le conté todo. Absolutamente todo.

No daba crédito. Me constaba que le estaba dando mucha información difícil de asimilar. Desde las sensaciones que Edimburgo provocaba en mí desde el principio, pasando por los sentimientos que en verdad tenía hacia William y hasta la inoportuna reaparición de Pablo que, por algún motivo que todavía hoy desconozco, había conseguido su objetivo. También le hablé de Agnes, de su presencia en mis sueños y, ahora también, en el mundo consciente. Sin ser demasiado rigurosa le conté lo de la terapia de regresión y de lo que vi ese día en el despacho del doctor Blackwood. Cualquier otra persona se hubiera echado a reír incrédula, pero ella no. Ella siempre me había creído y, precisamente por lo mucho que me conocía, le bastaba con mirarme a los ojos para saber que hablaba desde el corazón.

—Me parte el alma verte así, Alba. No tengo palabras para responder a lo que me acabas de contar, pero solo te voy a pedir una cosa. —Hizo una pausa—. Negaré habértelo pedido, porque te echo de menos, pero hazme el favor de volver a hacer las maletas. Sales esta tarde.

—¿Qué dices, tía? —pregunté bajo los efectos de la primera sonrisa que conseguí esbozar esa mañana, aún con los ojos completamente húmedos.

—Que te estoy diciendo que esta tarde vuelves a casa.

—Ya estoy en casa, Julia.

—No, Alba, esta ya no es tu casa.

En ese momento, Julia sacó el móvil del bolsillo y, tras varios minutos ocultándome la pantalla, sacó dos billetes. Uno para ella y otro para mí. El suyo era de ida y vuelta, el mío solo de ida. Me aseguró que quería acompañarme, que estaba convencida de que necesitaba un empujón para hacer lo que el corazón me pedía sin que mi cabeza interceptara. Después de enseñarme las tarjetas de embarque, para que comprobara que efectivamente no mentía, me pidió que volviera a casa a dar las explicaciones que considerara, o no, y a hacer las maletas. Le di un último abrazo y, aún con el rostro cubierto de lágrimas, me dirigí al piso donde Pablo seguía dormido. Procuré no hacer ruido y cogí lo justo y necesario, pues, en realidad, había dejado gran parte de mis pertenecías en casa de mi hermano. Pensé en despertar a mi ex para decirle adiós, pero preferí no hacerlo. En cambio, redacté una nota que dejé junto a la máquina de café.

Pablo, me voy porque nunca debí volver. Te pido, por favor, que no me llames. Que no vuelvas a buscarme. Perdóname, pero no quiero estar contigo. Que seas muy feliz.

Alba

Cerré la puerta despacio, manteniendo el silencio que evitaría que cruzáramos palabra. De camino al aeropuerto, en el trayecto del taxi, mi móvil empezó a sonar una y otra vez. Era Pablo, claro, y fue muy insistente. Llamó una, y otra, y otra vez hasta que se cansó. Conté un total de diecisiete llamadas que, finalmente, derivaron en un mensaje de audio que escuché por respeto a todos los años que me había hecho feliz.

Alba, no me lo puedo creer. ¿En serio te has ido? No me hagas esto. Por favor, vuelve y hablamos. Yo te quiero, Alba. ¿En serio te vas otra vez?

No contesté, y de nuevo llegó otro audio.

Alba, te lo suplico. Cógeme el teléfono o contéstame. ¿Vuelves a Edimburgo? Seguro que estás con alguien allí. Me lo podrías haber dicho, ¿no?

Cada audio era más agresivo que el anterior.

No, si en realidad me lo imaginaba. Lo que pasa es que nunca has tenido lo que hay que tener para decirme las cosas claras. Digo yo que, solo por haber ido a buscarte, me merezco una explicación final. Pero bueno, tú sabrás. Que te vaya bonito. Supongo.

Y siguió. Y, por algún motivo, yo también seguí escuchándole.

¿Cómo se llama? ¿Cómo le has conocido? ¿Sabe que todavía estás enamorada de mí? Espero que al menos con él seas sincera. Bueno, en realidad me da igual. Haz lo que te dé la puta gana. Pero ten clara una cosa: cuando quieras volver, ya no voy a estar.

Y me bloqueó.



XII



Llegamos a Edimburgo a las ocho de la tarde. Me hizo feliz reencontrarme con el aroma a levadura y cebada que se apodera de ti conforme pones un pie fuera de la terminal. De camino a casa de mi hermano, le enseñé a Julia los mensajes de Pablo, cuyo tono no nos hizo demasiada gracia. También le fui contando todo cuanto se me ocurría de los edificios por los que pasábamos, de lo contento que se pondría mi hermano al verla y de las ganas que tenía de que conociera a William. Cuando llegamos, comprobé que Adri y Abby no estaban, pero como conservaba las llaves, volví a sentirme en casa. Subimos a mi habitación y, mientras Julia se daba una ducha, yo me senté en la cama con una sonrisa. Observé la habitación con cariño, dándome cuenta de lo mucho que había echado de menos esas cuatro paredes. Mientras acariciaba el edredón con una nostalgia satisfecha por fin, vi algo por el rabillo del ojo. Había alguien tras las cortinas de una de las ventanas y, antes de que pudiera movilizar un solo músculo, se apagó la luz. Temí que Julia saliera en ese preciso instante, pues se asustaría mucho, pero no sucedió. La luz volvió a iluminar el dormitorio y en lugar de los zapatos que, estaba segura, pertenecían a Agnes, encontré un papel tirado en el suelo.

Seguía escuchando la ducha, así que me acerqué rápidamente hasta ese punto para recoger una hoja amarillenta y cuya tinta había traspasado a la cara opuesta. Era una carta escrita a mano, seguramente con algún tipo de pluma antigua. La caligrafía era sumamente bonita, pero no tanto como lo que sus palabras estaban a punto de contarme. Le di la vuelta delicadamente, procurando que

los bordes carcomidos por el paso del tiempo no se deshicieran en mis manos. Y, entonces, leí:

My beloved Grace,

There are no words capable of describing the deep pain you leave behind. I write this letter to God so that at least someone may bear witness to the fact that I will love you all my life and will seek you in the hundred lives to come. I swore it to you, don't you remember? To the cross, to the prison, to the grave, to the sky.

Yours for all eternity,[4]

Thomas Gilbert

A esas alturas ya no me quedaban dudas. No sabía cómo un manuscrito con tanto valor histórico había llegado a mí por arte de magia, pero sí sabía que se trataba de la señal más poderosa hasta la fecha. Todo tenía sentido, todos los cabos conectaban a la perfección. Y, lejos de sentir vértigo, mi corazón se aceleró y una felicidad plena invadió todas y cada una de mis células. Era como si la carta hubiera encontrado a su destinataria después de muerta. Era como si Grace por fin pudiera descansar en paz, casi ciento ochenta años después.

Cuando oí a Julia aproximarse, me sentí incapaz de reaccionar, así que me encontró sentada, sujetando la carta con las manos temblorosas y mirándola con un gesto de incredulidad. Fue entonces cuando se sentó a mi lado y, sin pedir permiso, cogió el manuscrito con la misma delicadeza con la que yo lo había hecho segundos antes. La leyó en voz alta, haciendo que cada palabra fuera más real y confirmando así que no acababa de alucinar. Se tapó la boca con la mano izquierda y me miró con los ojos humedecidos.

—¿De dónde ha salido esto? —demandó saber con voz entrecortada.

No pude articular palabra, así que me limité a señalar el punto en el que alguien la había dejado para que la encontrara. Justo después, como si lo más sorprendente de nuestras vidas no acabara de suceder, me ordenó que me duchara y me vistiera. Obedecí y me dirigí al baño casi por inercia, donde me quedé un rato mirándome al espejo en un ya más que habitual estado de *shock*. El agua caliente había empañado gran parte de este, así que cuando logré ejercer el más mínimo movimiento, me deshice del vaho con la manga de mi vestido. Me quedé mirando mi rostro pálido y, de repente, sentí el tacto de algo sobre mi hombro. El espejo no mostraba a nadie tras de mí, pero cuando giré la cabeza en esa dirección, vi la mano de una anciana. Me dio miedo darme la vuelta, así que volví a fijarme en el espejo buscando el reflejo de Agnes y, aunque no la veía, sentí algo así como su bendición. Asentí sonriendo, siendo plenamente consciente de que nunca debí de alejarme de William.

Me vestí a conciencia, con una falda de piel negra, un jersey de punto con los hombros descubiertos, unas medias bien tupidas y un abrigo de pelo abrigado, elegante y favorecedor. También me desmaquillé para volver a maquillarme, pues si podía encontrarme a William esa noche, quería hacerlo sintiéndome la persona más guapa sobre la faz de la tierra. Llegamos a The Last Drop a las diez y media, y a esas alturas de la noche ya no servían cenas, solo copas. Un grupo de escoceses con vasos de whiskey *on the rocks* brindaban y cantaban «Auld Lang Syne», un poema del escritor Robert Burns convertido en canción tradicional. Recordé que la conocía gracias a William, quien me había contado que se canta siempre en fin de año, en la noche de Burns cada 25 de enero y en despedidas de viajes, de trabajo o de soltero. Me sabía la letra, cuyo título significa «Hace mucho tiempo»,[5] de memoria. Por eso la canté con ellos en mi cabeza.

Mientras tarareaba esa poderosa estrofa y Julia pedía dos copas de vino en la barra, yo recorría el pub con los ojos, buscando algún rastro de la persona cuya existencia daba respuesta a todo. No le

encontraba y eso me puso nerviosa, así que decidí que lo más sensato era escribirle. Saqué mi móvil del bolso y, tras contárselo a mi amiga, procedí a ello: «William, he vuelto». No solo no tardó en responder, sino que me llamó en cuestión de segundos.

—¡Alba! Joder, estaba preocupado. Llevas días sin contestarme, ¿estás bien? ¿Dónde estás? ¡Que voy! —exclamó acelerado sin siquiera dejarme hablar.

—William, lo sé, perdóname. Te debo más de una explicación, lo siento muchísimo. Estoy en nuestro pub.

—Llego en cinco.

Un calor insoportablemente bochornoso me hizo resoplar nerviosa. Julia aplaudió alegre y, tras darme un beso en la mejilla, hizo el ademán de irse. La cogí del brazo y le pregunté que a dónde creía que iba. Me dijo que había quedado con mi hermano, pues sabía que tendría que dejarme sola en algún momento de la noche. Sonreí ante la forma en que siempre tiene todo controlado. Me hacía ilusión que viera a William, pero luego entendí que ya encontraríamos otra ocasión. Que ese momento nos pertenecía a nosotros dos y a nadie más. Ambos se cruzaron a la salida y, aunque William no sabía quién era Julia, ella, por las fotos que le había enseñado, sí supo que se trataba de mi escocés. Sin que se diera cuenta, pues él ya se estaba acercando hasta donde yo estaba, me hizo un gesto de aprobación desde la puerta. El gesto fue, concretamente, agitar la mano derecha como si tuviera calor. Me hizo reír, pero intenté ponerme seria conforme William llegaba.

Yo estaba sentada en un taburete, así que cuando se puso frente a mí, levanté la cabeza para mirarle a los ojos. Ambos nos observamos mutuamente, callados. Yo le miraba con lo que parecía una sonrisa arrepentida y él con un más que justificado gesto mezcla de preocupación y enfado a partes iguales. Estaba a punto de comenzar con las explicaciones oportunas, pero no me dejó. Se inclinó para darme un beso que supo a todo lo que me gusta de Edimburgo. Supo a reencuentro, a despreocupación, a alivio, a amor y a casa. El resto de los clientes desaparecieron a nuestro alrededor

pues, en ese mágico momento, solo parecíamos quedar nosotros. No fueron necesarias las palabras, solo dos miradas que, desde el primer día en que se cruzaron, compartían una poderosa conexión. Sin siquiera preguntarme, pagó a su compañero y salimos del pub.

—Te mereces una explicación. —No me respondió, se quedó callado esperándola—. Me asusté mucho y tuve que huir. La sesión con Blackwood fue tenebrosamente reveladora, empezaba a ver fantasmas por todas partes y, joder, estoy segura de lo que siento por ti, pero no sé si es recíproco.

Me miró incrédulo, parándose en seco para que le imitara. Me detuve frente a él, agachando la cabeza, completamente presa de la vergüenza por lo que acababa de confesar. Me cogió la barbilla y, con mucho miedo por su reacción, alcé la vista hacia sus ojos. Unos ojos que se habían convertido en mi criptonita, en mi punto más débil y en mi razón de ser.

—*Lass*… No entiendo cómo puedes dudar de lo que tenemos. Creo, sinceramente, que te he demostrado que yo también siento cosas que todavía no puedo explicar. ¿No crees que, al menos, me merecía una despedida en condiciones?

—Te mereces mucho más que eso —respondí con un nudo en la garganta mientras volvía a agachar la cabeza.

—¿Y qué? ¿Te volverás a ir?

—No me pienso ir a ningún sitio.

Entonces, volvió a sujetarme la barbilla suavemente, me dio un beso en la frente y me cogió la mano con fuerza. Emprendimos la marcha de nuevo y, aunque no sabía dónde íbamos, no me importó. Le seguí por las calles de Edimburgo, congeladas y oscuras, pero más bonitas que nunca. Al cabo de pocos minutos, llegamos al portal de una fachada en St. Mary’s Street, casi al final de la Royal Mile. Entendí que era su casa justo antes de que lo confirmara al sacar unas llaves de su bolsillo. Allí, entre las cuatro paredes de una casa que llevaba tres meses queriendo pisar, pasamos la primera noche juntos.

He escrito mis memorias con todo lujo de detalles y, a pesar de ello, todavía hoy sigo sin encontrar las palabras mínimamente fieles a la realidad de esa noche del 25 de noviembre de 2023. Lo único compatible con lo que sentí es que, si la perfección existe, la rozamos con las manos. La forma en que conseguimos conectar, también en ese momento, la asocio a quien lleva años y años amando a la misma persona. Tuvimos un encuentro tan sumamente celestial que, insisto, no hay adjetivos fieles a lo que sucedió. Fue eso, perfecto. De principio a fin. No solo unimos nuestros cuerpos, sino también nuestras almas. Cada caricia, cada beso, cada suspiro, cada sonrisa, cada palabra… Todos y cada uno de nuestros gestos parecían guiados por la canción más bonita jamás compuesta. Lo siento, es lo único que puedo contar.



XIII



Una semana después, retomé la terapia de regresión con el doctor Blackwood, quien, tras nuestro reencuentro, me pidió permiso para grabar las sesiones. Acepté sin pensar y, mientras encendía una grabadora negra y claramente antigua, confesó:

—He de decir que no esperaba que volvieras.

—He de decir que yo tampoco —reconocí con una sonrisa de terror, justo antes de cerrar los ojos para iniciar los ejercicios de respiración.

Tuvimos varias sesiones a lo largo de los meses hasta que, una fría mañana de febrero, tras el que sería nuestro último encuentro en ese bohemio despacho, confesó que ya habíamos terminado. Me sorprendió mucho, pero no tanto como no ser consciente de lo que había dicho en voz alta todos esos meses. Recordaba la primera regresión con especial nitidez y, sin embargo, mis recuerdos del resto de sesiones estaban borrosos. Sé que lloré, que me agité, que hablé mucho y que el doctor Blackwood siempre me miraba con incredulidad antes de despedirnos. Pero no supe nada más. No hasta que, antes de decirnos adiós, le pedí una copia de las grabaciones que había estado guardando.

—¿Estás segura, Alba?

—Estoy segura, doctor —confirmé sin estarlo realmente.

Esa mañana me llevé a casa un *pendrive* cargado de audios con mi voz. Unos audios que, por mucho que me imponían, me había propuesto escuchar con la tranquilidad de quien sabe que ya nada le puede asustar. Aun así, y aunque la tentación de darle a *play* nada

más salir de Koestler Institute era enorme, fui cauta. Pensé que lo más sensato sería hacerlo en casa, tranquila, concentrada y con la mente muy abierta. Para entonces, William y yo ya convivíamos en el piso de Cowgate de la señora Garfrae. Habíamos dado el paso unas semanas antes, plenamente convencidos de ello, pero sin pensarlo demasiado. Aproveché que él tenía clase, y que la distracción era nula, para sentarme cómodamente en el sofá con un té bien calentito. Lo cambié por una copa de vino cuando sentí que la ocasión lo merecía. Cogí mis cascos, los conecté al ordenador y, tras titubear un rato mientras me mordía las uñas, por fin abrí la carpeta cuyo contenido cambiaría mi vida para siempre.

Había un total de diecisiete archivos de voz. Diecisiete archivos de unos veinte minutos dominados por mi voz, no muy alta, pero sí clara y decidida. Empecé a escuchar:

—Lunes, 2 de diciembre de 2023. Segunda sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. Alba, concéntrate en esta fecha. En la fecha que tú misma retuviste con claridad en nuestra primera sesión. 1843. ¿Qué te hace sentir? ¿Dónde te encuentras?

Tras la introducción del doctor y un silencio de unos diez segundos que se me hicieron eternos, empecé a oír mi voz que, con un susurro adormecido, dijo:

—Estoy en una casa grande, con los techos muy altos. Las paredes están forradas con un papel muy bonito. Me gusta mucho porque mi padre dice que lo eligió mi madre. Ella murió cuando yo tenía dos años. La mataron unos irlandeses, creo. Pero no pasa nada porque a uno de ellos lo colgaron en Grassmarket y el otro tuvo que irse del país. La mataron para que el doctor Knox investigara con su cuerpo. Eso me ha contado Agnes.

—¿Quién es Agnes, Alba? —preguntó el doctor Blackwood.

—Agnes es la criada de la familia, pero es lo más parecido a una madre que he tenido nunca. Mi padre apenas habla con ella. La trata mal. Es un señor muy estricto. No quiere que me case con cualquiera. Quiere que me comprometa con un hombre de clase alta, como él. Él es un hombre muy importante, ¿sabe? Trabaja en el banco.

—¿Tienes alguna relación con Agnes o con tu padre en esta vida? ¿Los relacionas con alguien de tu entorno?

—No —respondí tajante tras dudarlo unos segundos.



—Lunes, 9 de diciembre de 2023. Tercera sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. ¿Estás con Agnes, Alba? Háblame más de ella —ordenó.

—No me llamo Alba. Me llamo Grace y sí, Agnes está aquí. Siempre está conmigo. Ahora estamos en mi habitación. Me ha ayudado a vestirme y ahora me cepilla el pelo. Lo tengo largo y pelirrojo y me gusta mucho. Le estoy contando que estoy enamorada, pero que mi padre no lo puede saber. Él quiere que me case con Donald Campbell, pero yo no le quiero. Es un señor muy desagradable y serio, como mi padre. Además, le huele el aliento a whiskey. Donald se dedica a la banca también, quizás por eso le gusta tanto a mi padre. Pero yo no le quiero, yo quiero a Thomas.

—Háblame de Thomas, Grace. ¿Qué aspecto tiene? ¿Le reconoces? —me interrumpió.

—Sí, se parece mucho a William. Tiene otra cara, pero es él. Le quiero mucho, pero mi padre nunca aceptaría nuestra relación. Es hijo de pescadores y vive en la Old Town. Allí está todo muy sucio y hay muchas enfermedades. Mi padre no quiere que vaya sola por allí. Tampoco sabe que Thomas existe, solo se lo he contado a Agnes.

—¿Cómo os conocisteis Thomas y tú, Grace?

—Agnes me lo presentó. Ella le conoce desde que es un bebé. Era vecina de su familia antes de que empezara a trabajar para la mía. Vivía en el mismo edificio, en Canongate, pero yo conocí a Thomas en Grassmarket. Fui con Agnes a comprar una mañana, tapándome con un velo para que nadie pudiera verme allí. Mi padre dice que una señorita como yo no puede pisar el barrio pobre. No le hice caso. En realidad, nunca lo hago.

—¿Cómo fue ese primer encuentro con Thomas?

—Estaba ayudando a sus padres a despachar el pescado del día. Nos bastó cruzar una mirada para enamorarnos, doctor. —Y ya no aporté ningún dato más hasta la siguiente sesión.



—Miércoles, 18 de diciembre de 2023. Cuarta sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. Alba, ¿dime qué pasa con Thomas? ¿Sigue siendo William o ha cambiado su aspecto?

—No es William todavía. Se llama Thomas y ha venido a buscarme. Dice que nos tenemos que ir de Edimburgo, que aquí no podemos casarnos. Quiere que huyamos juntos y no quiere que nadie lo sepa. Pero yo ya se lo he contado a Agnes. Siente miedo por mí, está preocupada, lo veo en sus ojos. Ahora está llorando. Dice que si nos pillan van a matar a Thomas. A mí no me preocupa, confío en él y solo queremos estar juntos. No quiero abandonar Edimburgo, pero Thomas dice que debemos hacerlo. Le sigo por la calle. Es de noche y no hay nadie. Hace mucho frío, pero el calor de sus manos me tranquiliza. Le ha dado unos peniques a un señor que nos va a llevar en su carruaje hasta Kelso. Los caballos hacen mucho ruido y temo que alguien nos escuche.



—Viernes, 27 de diciembre de 2023. Quinta sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. ¿Habéis llegado a Kelso?

—Estamos en Kelso, sí. Eso creo. No conozco este lugar. No se parece a Edimburgo, pero es bonito. Estamos cerca de la frontera con Inglaterra. Me gusta mucho pasear cerca del río. Tweed. Así se llama el río. Thomas y yo pasamos muchas horas a sus orillas cuando no estamos trabajando. Ahora ayudamos en una posada cerca de la plaza. La dueña es muy agradable. Me recuerda a Agnes, pero no es ella. La echo de menos. Me pregunto si estará bien. Somos felices porque nadie nos conoce. Nos hemos casado en secreto. Hasta la cruz, hasta la cárcel, hasta la tumba, hasta el cielo. Esos han sido nuestros votos. Me ha dado un anillo de plata muy bonito.



—Martes, 31 de diciembre de 2023. Sexta sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. ¿Seguís en Kelso? ¿Qué pasa allí, Grace? ¿Hay algo importante que quieras contar?

—Sí. Estoy embarazada. Lo sé porque llevo muchos meses sin sangrar. Mi barriga crece y me encuentro cansada. Thomas me cuida. Estoy en una habitación de la posada en la que trabajamos. Hace frío y está todo muy sucio. Hay arañas en las paredes y anoche Thomas mató a una rata que había detrás de las cortinas.

—¿Qué haces en la habitación? —preguntó Blackwood.

—Estoy postrada a la cama y vomito. Vomito mucho. Ahora he empezado a sangrar. Tengo los dedos manchados de sangre y me preocupa que el bebé no esté bien. Me duele mucho y hay mucha sangre. Thomas no está. Se ha ido a por algo de comer y estoy sola. Nadie sabe que estoy encinta. No puedo pedir ayuda, pero me tengo que levantar. ¿Dónde está Thomas? ¿Por qué no está? Le he escrito una carta. Le he dicho que creo que algo no va bien. Que estoy sangrando mucho y que creo que viene el bebé. Me

levanto con mucho esfuerzo. Me duele la barriga. Me duele muchísimo y tengo el camisón manchado, pero me he tapado con una manta que había en la cama. Es la manta con la que Thomas me trajo a Kelso esa noche.

—Levántate, Grace. Ve a pedir ayuda. —Me indicó el doctor, claramente fascinado por la historia que mis palabras creaban.

—He tenido un bebé. Es una niña, pero está muerta.



—Jueves, 2 de enero de 2024. Séptima sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. Grace, en la sesión anterior me contabas que habías tenido al bebé, pero que ha nacido muerto. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy al lado del río Tweed. Tengo a mi bebé en brazos. Es preciosa, pero está muerta. La he llamado Aileen, como mi madre. Es muy bonita, como ella. Lloro mucho. Rezo porque Thomas lea mi carta, pero tarda mucho y no sé cuánto tiempo más podré aguantar con el cadáver de Aileen en mis brazos.

—Mira a tu alrededor, Grace. ¿No hay nadie? ¿Estáis solas Aileen y tú? —demandó saber.

—No hay nadie. Solo el cadáver de mi hija y yo. Hace mucho frío. Aileen está muerta, pero la estoy arropando con la manta. Creo que voy a dejarla en el río. Nadie puede saber que he tenido un bebé.

Justo cuando terminé esa frase, empecé a emitir unos sonidos parecidos a un llanto. Al principio eran débiles, pero luego adquirieron la fuerza necesaria como para que incluso me costara respirar.

—Un señor me ha visto. Me ha cogido de las muñecas y me hace daño. Me está llamando asesina. ¿Por qué me llama asesina? Aileen ha nacido muerta. No la he matado yo, se lo

prometo. No me cree. Dice que me van a colgar por esto. Le pido clemencia, se lo quiero explicar. No me deja hablar. Me ha dado una paliza y me lleva del pelo por el frío césped. Tengo a Aileen en brazos. Me ha obligado a cogerla. Dice que todo el mundo tiene que ver que soy una asesina.

—¿A dónde te lleva, Grace?

—Estamos en la plaza del pueblo. Todo el mundo nos mira y nos señala. Tengo a Aileen en brazos y lloro mucho. Busco a Thomas por todas partes. No lo encuentro.

La séptima sesión con Blackwood terminó de una forma muy drástica. Salí del trance con las mejillas empapadas y con un ataque de ansiedad que, poco después, se convirtió en una fuerte bajada de tensión. No recordaba lo que le había contado al doctor, pero sabía que fuera lo que fuera me había hecho sentir muy mal.



—Lunes, 6 de enero de 2024. Octava sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. Alba, ¿has encontrado a Thomas? —El doctor siempre comenzaba la sesión con preguntas acerca de lo que yo le había contado en la anterior.

—No me llamo Alba. Me llamo Grace —le corregí en un tono muy serio.

—Perdóname, Grace. Decía que dónde está Thomas. ¿Te ha encontrado? —corrigió antes de seguir indagando.

—Sé que ha leído mi carta y que viene a buscarme. Me va a encontrar, lo sé.

—¿Dónde te encuentras tú ahora? —insistió en saber.

—Me han obligado a subirme a un carruaje. Me llevan a Edimburgo para ser juzgada por asesinato. El señor que viene conmigo me ha escupido. No para de llamarme asesina. Se ríe porque dice que me van a colgar. Pero yo no he matado a Aileen,

doctor. Ha nacido muerta. Lo he jurado muchas veces y nadie me cree —exclamé llorando.

—No es tu culpa, Grace. No podías hacer nada. —Me tranquilizó.

Un silencio que duró cinco minutos, según pude observar en el archivo que contenía la grabación, interrumpió la conversación. El doctor Blackwood lo rompió preguntando:

—¿Estás en Edimburgo otra vez? Dime qué ves.

—Estoy en Mercat Cross, al lado de St. Giles. Todo el mundo me mira. Ya no tengo a Aileen, me la han quitado, pero sigo teniendo el vestido manchado con su sangre. Se la han llevado y no hemos podido darle sepultura. Lloro por eso. La gente me llama asesina y me mira con asco, pero yo no siento nada. El dolor es tan fuerte que nada de lo que me puedan decir me afecta. Solo quiero que me devuelvan a mi hija, que la quiero enterrar.

—¿Y ahora dónde estás? ¿Sigues en la Royal Mile? —preguntó Blackwood.

—Estamos entrando a un edificio aquí, en la Royal Mile. Tengo las manos atadas y la cuerda me hace daño. Busco a mi padre entre la multitud, pero no le veo. Estoy en una sala con muchos hombres. Todos me miran con desagrado. Me están juzgando por matar a Aileen.



—Martes, 14 de enero de 2024. Novena sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. ¿Te han condenado por matar a tu hija?

—Sí. Me acusan de asesina, doctor. Les suplico piedad, pero no me escuchan. Nadie me escucha. Nadie me cree. Quieren saber quién es el padre, pero no se lo digo. Le harían mucho daño a

Thomas si así sucediera. A mí me van a matar, pero si no he podido salvar a Aileen, al menos salvaré a Thomas.

De nuevo, un silencio sepulcral dominó la grabación. El doctor Blackwood parecía estar respetándolo, pues no articuló palabra hasta que yo lo rompí diciendo:

—Me han condenado a morir en la horca, doctor —aseguré con un tono de voz muy calmado, carente de emociones.

—¿No ves a Thomas todavía?

—¡Agnes! ¡He visto a Agnes! Se ha acercado a mí y han dejado que hable con ella. Le he pedido que encuentre a Thomas y que le diga que tiene que esconderse. Nadie puede saber que el bebé era de los dos o también lo van a colgar. Agnes llora mucho. No parece escuchar mi petición. Insisto en que proteja a Thomas. Quiero que le diga que se esconda o que huya lejos. Le pido que le diga que le quiero. Las dos lloramos y nos han dejado abrazarnos —le conté como pude a través de un llanto que, conforme avanzaba en mis palabras, iba haciéndose más tenue—. *Yo ya estoy muerta, Agnes. No puedes hacer nada por mí, pero puedes salvar a Thomas. Dile que Aileen y yo le esperamos en el cielo. Allí podremos ser felices.*



—Miércoles, 22 de enero de 2024. Décima sesión de terapia de regresión con la paciente Alba Ferrer. ¿Sigues viva, Grace? Dime qué pasó después.

—Estoy en Grassmarket. Hay mucha gente. Me llaman asesina, furcia y me escupen. Me están tirando cosas a la cabeza y yo voy de camino a la horca. Me van a ejecutar allí y todo el mundo está esperando a que suceda. Estoy descalza y tengo frío en los pies. El empedrado de Grassmarket me hace mucho daño. La horca está cerca, me empujan hacia ella.

—Busca a tu padre, Grace. Seguro que está allí —se aventuró a afirmar.

—Sí. Quiere acercarse, pero no le dejan. Le han dado una paliza y no he podido hablar con él. Se lo llevan para que no me vea morir. Veo a Agnes. Lleva un velo negro que le tapa el rostro y está oculta entre la multitud. Le intento decir que se vaya, pero no me escucha. Agnes, vete. Voy a estar bien, va a ser rápido. Creo que no me quiere dejar sola, pero me angustia saber que lo va a ver todo. Quiero que se la lleven, pero pasa desapercibida. Nadie sabe que es como mi madre.

—¿Dónde estás ahora? —interrumpió el doctor.

—Estoy subiendo al estrado. Los escalones de madera crujen y la gente sigue gritando. Pero yo ya no lloro. Estoy tranquila porque le he pedido a Dios que sea rápido y que no duela. Que se me parta el cuello tan rápido que ni siquiera sienta que me ahogo. Me están colocando la soga en el cuello y estoy buscando a Agnes. Le he sonreído y le he vuelto a pedir que se vaya. Creo que me ha entendido porque se está alejando. Menos mal. Ahora miro al cielo y rezo en voz alta. La gente se ha callado para escucharme y algunos se ríen.

Después de esta frase, pensé que se había acabado la grabación, pero no. Era un silencio largo, de varios minutos, que el doctor volvió a respetar dada la delicadeza del relato.

—Siento unas manos grandes en mi espalda. Me van a empujar y, cuando caiga, me voy a morir. Me han dejado que diga unas últimas palabras, pero no puedo, solo me sale rezar. Estoy completamente muda, pero creo que aparento tranquilidad. Sé que Agnes va a asegurarse de que Thomas reciba mi mensaje. Se va a salvar, lo sé. Nos vamos a ver en el cielo dentro de unos años.

Otro silencio, esta vez más corto que el anterior, se adueñó de la última grabación que quedaba. Esta vez, el doctor lo rompió antes:

—¿Y ahora qué? ¿Ya estás en el cielo?

—Sí. Ha sido rápido y no ha dolido. Ya estoy en el cielo con Aileen. A ella también la voy ver en otra vida. Se lo he prometido.

Después de escuchar los audios de todas nuestras sesiones, encontré uno más. Esta vez no hablaba yo, sino el doctor Blackwood. Intuí que me había dejado oír ese por error, pues su voz parecía hacer anotaciones de lo ocurrido en nuestras sesiones con un tono claramente académico. Era como una especie de conclusión de todo lo que le había contado. Un análisis con términos psiquiátricos que, en algunos casos, no entendía bien. Se trataba de un archivo de unos diez minutos. Diez minutos de información de cuyo contenido extraje datos que alterarían irreversiblemente el curso de mi vida.

El doctor, que en un primer momento reconoció que su escepticismo fluctuaba, después dijo que yo tenía claras aptitudes psíquicas. Estaba convencido de que había vivido, al menos, dos veces en el estado físico. Que tenía recuerdos conscientes de mi vida pasada y que aportaba datos de conocimiento trascendental. Después mencionó a William, a quien yo misma había identificado en la cara de otra persona e incidió en este hecho. Afirmó que hay almas que tienden a reencarnarse juntas para elaborar karmas y saldar deudas, y citó al doctor Bryan Weiss. También dijo que había encontrado el origen de mis traumas. Que tenía miedo a nadar en el mar y también a tragar pastillas enteras porque, en realidad, mi miedo real se basaba en ahogarme. Otra vez.



XIV



Por extraño que le pueda parecer a cualquiera, nunca le he hablado del contenido de estas cintas a William. Algún día se lo contaré, pero todavía no es el momento. Él tampoco preguntó, pues no sabe que su profesor me ha dado acceso a todas y cada una de las sesiones. Algo que, intuí, era tan poco frecuente como profesional. Se conformó con saber que ya nada me perturbaba. Ya no tenía pesadillas, ni sueños lúcidos, ni episodios de parálisis del sueño. Todo parecía haberse resuelto a favor de una tranquilidad que llevaba años buscando. Había encontrado mi sitio en la tierra y mi paz mental en el lugar que nunca debí abandonar.

Hacía pocos meses que vivíamos juntos en el estudio de Cowgate de la señora Garfrae. Lo habíamos decorado a nuestro gusto y eso me hacía sentir muy feliz. Pusimos unas cortinas de lino blanco que nunca tapaban las ventanas, pues nos gustaba que entrara la luz del sol el máximo número de horas posible. También añadimos calidez al salón con una alfombra de pelo de color *beige* y varios cojines de tartán en tonos verdes y burdeos. La cocina olía a café recién molido todo el día y nos encantaba pasar horas sentados en sus taburetes, bebiendo vino mientras esperábamos a que la comida estuviera lista.

Una noche, mientras esperaba a que William volviera de la facultad, recogía la colada mientras escuchaba mi pódcast favorito. Me disponía a colocar su ropa en el armario cuando un trozo de papel que sobresalía del bolsillo de uno de sus vaqueros llamó mi atención. Negaré haber hurgado en sus cosas así como así, pero la curiosidad que sentí me impulsó a averiguar de qué se trataba. Me

quedé de piedra cuando extraje lo que parecía una carta antigua, muy parecida a la que yo misma había encontrado tras las cortinas de mi habitación meses antes. Deshice la doblez con sumo cuidado y leí:

My Dearest Thomas,

Something is amiss. I am bleeding profusely, and I believe the bairn is coming. No one must know of this, and so I shall conceal myself near the river. Seek me when you read this, I beg of you. I am bleeding and I am afraid.

Yours ever,
Grace[6]

Mientras recordaba la grabación en la que yo misma hablaba de esa carta, me senté en la cama con la mano derecha tapando mi boca. Miré a Skye, el perrito que habíamos adoptado hacía dos meses, que me devolvió la mirada como lo había hecho Bowie. Se me humedecieron los ojos porque, por primera vez en mucho tiempo, volví a sentirle cerca. Y entonces lo supe. Quizás el cielo no está tan alto. Quizás el cielo huele a levadura y a cebada, suena la gaita en cada esquina y llueve cada dos por tres.

Quizás el cielo, mi cielo, siempre ha sido este lugar: Edimburgo.



Agradecimientos



Esta pequeña novela ha sido un viaje de ida y vuelta continuo a la que es, para mí, la ciudad más mágica del mundo. Llegué a Edimburgo por casualidad en 2015. Solo era una estudiante Erasmus ajena a que había llegado a su lugar en la tierra. Desde ese momento, la conexión ha ido creciendo a una velocidad vertiginosa y los vuelos continuos a la capital escocesa han sido siempre más una necesidad que un capricho. Con el paso de los años, he tenido la suerte de poder transmitir mi amor por su historia, su gente, su cultura, su gastronomía y su arquitectura a las personas más importantes de mi vida, a las que también debo la historia que mezcla dos de mis pasiones: la historia y la moda.

A mi marido, que, sin sentir lo que siento yo por Edimburgo, me ha acompañado más veces de las que ambos podemos contar. Del amor que nos define ha nacido, precisamente, la magia de la relación que comparten los protagonistas.

A mis padres, que han leído y repasado cada página conmigo y cuyas opiniones y críticas han sido tan determinantes como las de mi editora. A ellos, que, aun habiendo leído a los mejores escritores del mundo, se han proclamado mis mayores admiradores, aunque todavía me cueste creerlo.

A mi hermana, que es mi persona favorita y en la que me he basado para dar forma a Adri y a Julia, dos de las personas sin las que Alba jamás podría vivir.

A mi otra persona, Coco, que ha llorado de emoción conmigo con cada mensaje de la editorial y que, aun manteniéndose reacia a

saber algo de *Funeral en Greyfriars* hasta que lo ha tenido en sus manos, ha amado cada página desde el primer momento.

A Carmen, mi persona vitamina y mi compañera de asiento constante en los vuelos que tantas veces nos han llevado a nuestro lugar feliz.

A Rodri, mi conexión constante con la capital escocesa y una de las mayores sorpresas que me ha dado la vida.

Y, por supuesto, a Edimburgo, por enseñarme que el cielo está más cerca de lo que parece. Concretamente, a tres horas en avión.

Notas

[1] Hasta la cruz. Hasta la cárcel. Hasta la tumba. Hasta el cielo.

[2] Bobby de Greyfriars. Murió el 14 de enero de 1872 a los 16 años. Que su lealtad y su devoción sean una lección para todos nosotros.

[3] En memoria de la familia Cunningham. Se han ido pero no serán olvidados.

[4] Mi amada Grace. No quedan palabras capaces de describir el dolor tan profundo que dejas. Escribo esta carta a Dios para que al menos alguien sea testigo de que te amaré toda la vida y que te buscaré en las cien siguientes. Te lo juré, ¿recuerdas? Hasta la cruz, hasta la cárcel, hasta la tumba, hasta el cielo. Tuyo para toda la eternidad, Thomas Gilbert.

[5] *The seas between us roared and swelled since the days of Auld Lang Syne.*

[6] Mi querido Thomas, algo no va bien. Estoy sangrando mucho y creo que ya viene el bebé. Nadie puede saber esto, así que voy a esconderme cerca del río. Búscame cuando leas esto, te lo suplico. Estoy sangrando y tengo miedo. Tuya siempre, Grace.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Carmen Santaella Arco, 2025
C/O Tikers Content Factory
© La Esfera de los Libros, S.L., 2025
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2025
ISBN: 978-84-1094-076-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.